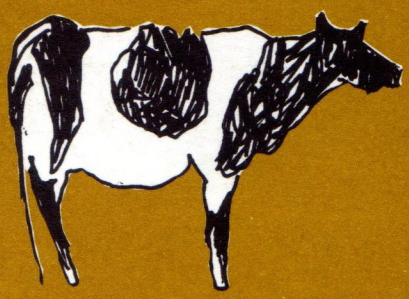


Argentina 2001:

ciudad, memoria, política intelectuales: expertos, profetas y moralistas

Ya nada será igual

PUNTO DE VISTA

70 Revista de cultura
8 $
Agosto 2001

Borges • Actualidad de la sociología
Debate sobre historia argentina

Escriben: Sarlo • Vezzetti • Gorelik • Dupuy • Giordano • Blanco • Sabato / Ilustra: Aizenberg

Las ilustraciones de este número son obras de Diana Aizenberg (Buenos Aires, 1958)

PUNTO DE VISTA

70

Revista de cultura
Año XXIV • Número 70
Buenos Aires, Agosto de 2001

Sumario

1 BazarAmericano, *el sitio de* Punto de Vista

2 Beatriz Sarlo, *Ya nada será igual*

12 Hugo Vezzetti, *Lecciones de la memoria. A los 25 años de la implantación del terrorismo de estado*

19 Adrián Gorelik, *Buenos Aires: para una agenda política de reformas urbanas*

26 Jean-Pierre Dupuy, *El experto, el político, el profeta y el moralista*

29 Alberto Giordano, *Borges: la ética y la forma del ensayo*

35 Alejandro Blanco, *Del intelectual al intérprete: las transformaciones de la sociología*

41 Hilda Sabato, *La historia en fragmentos: fragmentos para una historia*

Consejo de dirección:
Carlos Altamirano
José Aricó (1931-1991)
Adrián Gorelik
María Teresa Gramuglio
Hilda Sabato
Beatriz Sarlo
Hugo Vezzetti

Consejo asesor:
Raúl Beceyro
Jorge Dotti
Rafael Filippelli
Federico Monjeau
Oscar Terán

Directora:
Beatriz Sarlo

Diseño:
Estudio Vesc y Josefina Darriba

Difusión y representación comercial:
Darío Brenman

Distribución: Siglo XXI Argentina

Composición, armado e impresión:
Nuevo Offset, Viel 1444, Buenos Aires.

Este número se ha editado con el apoyo del "Plan de Promoción a la Edición de Revistas Culturales", de la Secretaría de Cultura y Medios de Comunicación, Presidencia de la Nación.

Suscripciones
Exterior: 60 U$S (seis números)
Argentina: 24 $ (tres números)

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, Argentina.

Teléfono: 4381-7229
Internet: BazarAmericano.com
E-mail: info@BazarAmericano.com

BazarAmericano, el sitio de *Punto de Vista*

BazarAmericano.com

En estos días *Punto de Vista* abrió su BazarAmericano, la página de la revista en Internet. Junto con este número 70, al mismo tiempo salimos sobre papel, con nueva distribución a cargo de Siglo XXI, y en la web. Tenemos muchas expectativas sobre BazarAmericano y también sabemos que lo que sucede en Internet resulta de una suma de casualidades, errancia, difusión y trabajo. La red es una rueda de la suerte, del encuentro fortuito tanto como de la destreza para encontrar. Mucho más que una revista de papel, el nuevo sitio será inverificable, salvo que sus visitantes decidan intervenir en él y ayudar a hacerlo.

En efecto, BazarAmericano confía su futuro a un espacio donde los lectores, reales y virtuales, discutan con la revista y entre ellos. "Los lectores opinan" es la sección todavía desocupada de BazarAmericano en la que tenemos más expectativas: lo que se escriba quedará allí, directamente, sin edición, a la espera de otros interlocutores, entre los que estaremos quienes hacemos *Punto de Vista*. Cualquier material de la revista, de otras revistas, de la actualidad política o del arte puede entrar en este espacio abierto de discusión. Nosotros, los que atendemos BazarAmericano, probablemente queramos, cada dos o tres semanas, poner allí alguna intervención: la opinión del Bazar. Pero ella sólo tendrá el sentido que buscamos si suscita una réplica. La opinión del Bazar y la opinión de los lectores tejerán una trama que no siempre puede desplegarse en las páginas limitadas de una revista sobre papel.

BazarAmericano no es sólo un espacio de diálogo y controversia. También es un bazar, donde se encuentran artículos que no han salido en esta revista, que pasaron con la fugacidad de la intervención periodística o de la comunicación oral. Muchos de quienes leen *Punto de Vista* son también escritores, intelectuales, y ellos quizás quieran enviarnos textos que se expondrán en el Bazar; imaginamos un espacio abigarrado, lleno de cosas, desordenado y dispar. Todo el mundo sabe que estos son rasgos de la red y, al entrar a formar parte de ella, no queremos perderlos.

Como sitio de *Punto de Vista*, BazarAmericano ofrece lo que muchas veces buscan nuestros lectores y quienes no lo son habitualmente: números agotados (esos viejos números con tapa blanca y negra, que hicimos durante la dictadura militar, y también los números más leídos de los últimos años, que nunca quisimos reeditar pero que, de a poco, estarán completos en el Bazar). Hoy, los visitantes encontrarán el número 1, aparecido en marzo de 1978 cuando todo parecía imposible, y el número 20, que publicamos en el comienzo de la transición democrática. Colgados en la red, con sus ilustraciones, su misma tipografía, su diseño. De los últimos diez números, los que van entre el 60 y éste, hay resúmenes, fragmentos de notas, ilustraciones. En el BazarAmericano se puede consultar también el *Indice*, de artículos, autores, temas, ilustradores, de los primeros veinte años de *Punto de Vista*. Y está la galería del Bazar: los dibujos que nos confiaron los artistas.

¿Qué más? Lo sabremos con el paso del tiempo porque no depende sólo de nosotros sino también de ustedes. *Punto de Vista* comenzó, hace veintitrés años, en condiciones severas de soledad, podría decirse de secreto. Al principio fuimos casi completamente invisibles, apenas un grupo muy pequeño de gente que firmaba con seudónimo, hablaba en clave, traducía lo que estaba leyendo y trataba de que los años terribles de la dictadura no fueran una completa victoria de los militares. La transición democrática nos trajo todas sus contradicciones y sus vaivenes. Costó adaptarse a esa nueva época cuya lógica no parecía tan nítida como la de los años de dictadura. Posiblemente nos hayamos equivocado más veces de las que acertamos, algo que, en verdad, compartimos con una mayoría. La Argentina sigue siendo un problema tan intrincado como el que sugieren algunos artículos de este número.

Pero en este número 70 también se escribe sobre Borges, sobre teoría social, sobre historia, sobre memoria y ciudad, los temas de *Punto de Vista*, justamente aquellos temas que, con la música y el cine, definen el perfil de la revista: esta continuidad empalma con lo nuevo que hoy iniciamos, nuestro BazarAmericano, apuesta en el campo cultural, ideológico, estético, sostenida una vez más en la fórmula ya clásica: pesimismo de la inteligencia y optimismo de la voluntad.

¿Por qué justamente ahora, cuando todo parece ensombrecido? Precisamente por eso.

Punto de Vista

Ya nada será igual

Beatriz Sarlo

La crisis argetina parece no tener salida. Sobre los caminos que condujeron a ella se pueden intentar muchas hipótesis que la velocidad implacable de los hechos se encarga, casi siempre, de debilitar. La gravedad de la situación, que se impone como una lápida, no debería eximirnos de seguir buscando las razones que se proyectan hacia atrás, hacia los últimos cincuenta años, ni tampoco de examinar aquellas ideas e instrumentos políticos en los que se confió no hace tanto tiempo, como lo fue la Alianza y, sobre todo, el Frepaso. En mayo de 2001 se reunió el Consejo de Dirección y el Consejo Asesor de Punto de Vista, *precisamente para explorar las interpretaciones que surgieran de una discusión colectiva. La situación que parecía gravísima, todavía no anunciaba este momento de máxima cerrazón. Mucho de lo que se dijo en la reunión de mayo es retomado en el artículo de Beatriz Sarlo, como debate o como eco; algunas de las intervenciones de Oscar Terán acompañan, en contracanto, este artículo.*

Menem fue preso. Chacho Alvarez se desvaneció: dos protagonistas de los últimos diez años no están en juego. Menem construyó un poder para imponer cambios cuya profundidad resultó tan inesperada como irreversible. Alvarez prometió nuevas formas de "hacer política" para lograr cambios que no invirtieran sino que (corrigiéndola) partieran de la línea que trazaron los producidos por Menem. Alvarez dejó el peronismo y rompió con una nitidez nunca vista con los mitos del movimiento; nadie, antes que él, se fue del peronismo denunciando que ese partido ya no tenía ni en su tradición ni en su presente elementos que le permitieran renovar su histórico programa de ampliación de derechos, y que también carecía de la vocación republicana que le permitiera encabezar una renovación institucional y cultural de la política. Menem transformó al peronismo en el pivote de una alianza electoral que ese partido no había conocido antes; forzó caudillos, reemplazó direcciones y armó nuevos pactos en las provincias y en el aparato partidario. Ambos se sintieron llamados a dirigir una renovación. Hoy, después de doce años, Menem trata de volver a un lugar que no acepta haber perdido; y Alvarez se retiró de todos los espacios que había ganado, incluso del frágil instrumento político que inventó en los noventa.

Estos dos hombres despertaron verdaderas pasiones políticas: Menem fue odiado, admirado, envidiado, despreciado y halagado; su popularidad fue tan fuerte como su decisión; y sus decisiones se criticaron tanto como el estilo sobre el que sostenía su imagen. Fue el presidente de las decisiones in-

creíbles, las decisiones del "nunca se atreverá a tanto", que rápidamente se convertían en hechos. Alvarez protagonizó el último sueño del progresismo reformista, el contra-estilo de Menem; sus visiones se conectaron con el electorado de Buenos Aires. Él también trajo algo inesperado: el agrupamiento del progresismo alrededor de una idea renovadora de la política logró peso electoral y pareció capaz de transformar el clásico bipartidismo. A diferencia de Menem que enseguida dejó de prometer lo que no podía (ni quería hacer), Alvarez fue una promesa en sentido fuerte. Sus visiones encajaron perfectamente en lo que esperaba un sector de las clases medias urbanas, disgustado con la impudicia del menemismo, tocado moralmente por los cambios que se realizaban y, cada vez más, herido por esos mismos cambios. Desde ese territorio familiar de capas medias, Alvarez llegó más lejos de lo que había llegado ningún político que se pensara y se manifestara progresista fuera de los dos grandes partidos nacionales. Llegó muy lejos, lo cual no significó al fin y al cabo que llegara a ninguna parte. Pero esto se sabe hoy, sin que este saber implique un juicio inexorable sobre el futuro, aunque el pronóstico no lo favorezca. Tanto como Menem, Alvarez fue un político repentista y confiado en sus intuiciones (que los críticos podrán llamar impulsos destinados a agotarse muy rápido). Conjeturar cómo seguirá la biografía de ambos no es mi propósito.

La novedad

Hace sólo seis o siete años, el deseo de una opción política progresista y las posibilidades de lograrla no estaban completamente separados. No creímos entonces que apostábamos a una ilusión ni que una acción política apoyada desde el campo intelectual estaba condenada a imaginar cosas que jamás podrían realizarse. En la segunda etapa del largo gobierno de Menem, después de algunas victorias electorales de líderes como Chacho Alvarez y Graciela Fernández Meijide, el espacio de la "centro-izquierda" parecía finalmente abierto. No se sabía muy bien, en primer lugar, qué políticas debían provenir de ese espacio; tampoco se sabía si las estrategias encaradas para construirlo iban a ser eficaces; algunos pensaban (es el caso de Carlos Altamirano) que ese espacio era muy difícil de producir en un país donde los cortes políticos no pasaban por líneas ideológicas netas que separaran un campo de izquierda y uno de derecha. Pero ese no saber, finalmente, era parte de la novedad de lo que estaba sucediendo: por un momento, las cosas estuvieron en suspenso, pasibles de un reordenamiento original.

Los primeros años del largo gobierno menemista estuvieron dominados por la sorpresa. Si tuviera que señalar el rasgo que hizo posible una de las transformaciones más rápidas y radicales de la Argentina, no podría renunciar a un conjunto de imágenes que evocan algo así como un asalto (un putsch, se hubiera dicho en un viejo léxico político). Y no me refiero al asalto que llevó al núcleo menemista a controlar, de modo corrupto e inmoral, recursos del estado. Aunque también ese fue un asalto.

Después de los episodios horrendos de la hiperinflación (que también tocaron al gobierno de Menem), cuando la necesidad de supervivencia se imponía por sobre todo otro proyecto y la idea de la que la Argentina podía fundirse no sólo en un sentido económico, sino licuarse, perder estado, moneda, capacidad de accción pública, fuerza para revertir cualquier proceso; cuando el vértigo de los precios arrastraba, como un magnetismo incontrolable, toda posibilidad de proyectar en términos de un tiempo culturalmente verosímil, de pronto eso que parecía no tener ni límite ni obstáculo, se detuvo. La salida de la hiperinflación fue un momento de gravedad cero, de vacío. Todo estaba suspendido, excepto el miedo de que algo así pudiera recomenzar.

Ese miedo no puede ser ignorado por una mirada cultural sobre los primeros años del largo gobierno. La era Menem comenzaba en un paisaje en ruinas. No me refiero simplemente a ruinas materiales, sino a la experiencia colectiva de haber estado cerca de algo inabordable, de un límite donde la acción política era imposible y donde las acciones individuales parecían inútiles. Desde el 89, durante larguísimos meses, vimos las fotos, las imágenes de noticiero, escuchamos el jadeo de los informes sobre tiroteos entre saqueadores y pequeños comerciantes, una guerra de pobres contra muy pobres, reacciones desesperadas, que, sin embargo, no fueron tantas ni mucho menos sistemáticas. Pero fueron sorprendentes porque a esos cuadros nocturnos ninguna predicción sobre la crisis los había adelantado.

Sobre todo, la experiencia de la hiperinflación minaba las bases de un tiempo cotidiano que pudiera pensarse y vivirse en los términos conocidos hasta entonces: era el desquicio, algo que se ha salido de su eje, que transformaba los pliegues más privados de la vida, volvía irrisorias todas las decisiones porque anulaba la idea misma de proyecto, es decir de continuidad personal y social. Por primera vez, argentinos de mi generación supieron de un miedo que no tenía que ver con la violencia y la represión de dictaduras militares. Cuando todo esto pareció terminar, ese miedo (que hoy tiene expresiones bien concretas: más de la mitad de la gente teme perder su trabajo y no conseguir otro nunca más) originó una certidumbre: cualquier cosa menos aquello que ya había pasado.

Sobre el estupor que tiene toda salida de una situación límite, sobre esa debilidad ingrávida de la convalescencia, se impone la escena social en la que todavía vivimos. Comienzan, con algún retardo, los años noventa hegemonizados por Menem y Cavallo. Bajo protesta, sin resignar la crítica y, en algunos casos, diagnosticando las consecuencias casi seguras, lo que estaba sucediendo era inevitable en el siguiente doble sentido: nadie tenía crédito ni poder político para torcer las cosas; nadie (excepto quienes más lejos estaban de alcanzar el lugar de cualquier decisión significativa) estaba demasiado confiado en qué dirección había que torcerlas. Por la positiva, las dos negaciones se expresaron en la triunfal acumulación de poder de Menem y la victoria cultural de un programa eco-

nómico al que se creyó encontrar un nombre cuando, sobre todo en palabras del periodismo, se lo llamó "discurso único".

Es bien sabido que esta victoria cultural significó básicamente dos cosas: aceptar las consecuencias de las privatizaciones y la reforma del estado en términos de puestos de trabajo y salarios perdidos para siempre, por un lado; por el otro, aceptar la paridad cambiaria como una garantía (no importa si real o imaginaria) de la estabilidad de los precios. Sobre esos dos puntos se articuló el sentido común y no hubo ninguna alternativa que lo moviera de esos presupuestos. No se trataba de un efecto discursivo, que hubiera podido debilitarse con otros discursos, sino de la forma vivida de un balance de experiencias sociales que provocó una opción buscada por nadie seguramente, pero aceptada como si se pagara un rescate. Los pueblos fantasma del interior, derrumbándose sobre la infraestructura que gigantescas empresas nacionales habían construido durante setenta años, o agonizantes sobre las ya inútiles vías de ferrocarriles, la telaraña de caseríos alrededor de cualquier centro urbano donde la sede de poder político hiciera imaginar una donación o un reparto, son un paisaje que, a diferencia de los paisajes del trabajo que trazó la Argentina en su pasado, presenta la obra de la desocupación y el abandono. Se tardó en creer del todo que esto sucedía, pese a las denuncias. Hoy nadie ignora este paisaje, aunque sólo sea por los efectos que tiene sobre aquellos que viven encerrados en sus celdas de bienestar. La inseguridad, que preocupa tanto a los que se salvaron como a los que, muy abajo, padecen sus peores efectos, pone los relieves de este paisaje ante los ojos de todo el mundo.

La clausura

El nuevo paisaje trazó un círculo de hierro alrededor de la imaginación política reformista de los años noventa. Desde afuera de los límites argentinos, otros cambios, llamados globalización, hicieron valer, de un modo desconocido hasta entonces, el peso de las condiciones internacionales sobre las decisiones nacionales. No me refiero únicamente a sus límites materiales, es decir lo que verdaderamente podía hacerse si se quería hacer algo distinto de lo que se estaba haciendo y se conseguía el poder político necesario. Me refiero también a la disponibilidad para considerar (y quizás aceptar) el riesgo de un cambio. Desde adentro y hasta hace muy pocos meses, cualquier cambio parecía amenazar el equilibrio emblematizado por la fórmula de la paridad peso-dólar. Desde adentro y desde afuera, los "mercados" (una mezcla en que se juntan los bancos, los acreedores, los futuros acreedores, los potenciales inversionistas, los que trafican en títulos argentinos, los especuladores, etc., etc.) y las instituciones internacionales vigilan la economía local dibujando el perímetro de cualquier acción. Clausura: una palabra que se usó demasiado en estos años.

Pero ¿qué significa "demasiado"? Lo obvio, un verdadero lugar común, sería afirmar que la palabra clausura perdió su potencial semántico. Quizás haya sucedido exactamente a la inversa y su repetición sea especialmente reveladora de un estado de la imaginación política y de una crisis de la que no se percibe ninguna salida.

En un sentido positivo, la transición democrática pudo ser juzgada como la clausura del ciclo de las dictaduras militares. Designaba lo que no debía repetirse y, por eso, se vinculó expresivamente con la consigna "nunca más". Modificaba el presente porque bloqueaba la repetición de lo que había sucedido en el pasado y dejaba prever un futuro distinto: condiciones abiertas. Hoy, la repetición de "clausura" habla de una insistencia de la lengua, de un tartamudeo, de una oclusión. Se ha cerrado algo para siempre: una etapa de la Argentina, un horizonte donde se inscribían los proyectos, se ha levantado un cerco material. "Clausura" describe una situación en términos de imposibilidad de acción (y de repetición de acciones pasadas), vivida como inmodificable.

Si la palabra "clausura" se repite es porque se trata de señalar, aunque sólo sea con la imperfección con que la lengua expresa el peso de una referencia social, que no hay condiciones para que la acción y el sentido fuguen hacia algo distinto: un deseo político, una ilusión, todas aquellas formas más o menos nebulosas que se abren hacia lo que no está asegurado, lo que desborda las fuerzas que dominan el presente. Sin esa fuga no hay nueva política.

"Clausura" designa un cierre bien diferente al del ciclo de las dictaduras. Nadie pensó que una y otra clausura estaría tan próximas ni tan implicadas. La "clausura" a la que me refiero modela el presente con la imposibilidad de idear un futuro y, por eso, describe no sólo una situación sino también un forma de la temporalidad en la que el presente clausurado no

Oscar Terán: Hay algo que es paradójico. Cuando decimos recuperación o restauración de la democracia, pensamos en relación con la última dictadura. Ahora bien, podríamos pensar democracia en términos más amplios, incluyendo el respeto a las minorías. Esa recuperación de la democracia en sentido restringido es la de aquella que se debe haber vivido en la Argentina desde 1922 a 1928, durante la presidencia de Alvear, porque en el resto de casi todos los períodos constitucionales imperó desde el partido o movimiento de gobierno una fuerte búsqueda del unanimismo y de deslegitimación de la oposición. Desde 1983 en adelante vivimos lo más parecido que este país ha conocido a una efectiva democracia, con todas sus imperfecciones. Y es llamativo que en el seno de esta democracia tentativa, este país se esté hundiendo por otras razones y se asome al abismo. Trataría de eludir la búsqueda de orígenes, porque uno lee a Agustín Alvarez y encuentra todos los temas (empleomanía, estado prebendario, clientelismo político...), pero esos temas no tienen la incidencia que tienen hoy porque se trataba de un país al que le iba económicamente bien.

admite el horizonte de un proyecto; el presente es tiempo de necesidad, de lo que se impone a los sujetos como cerco a la imaginación y a la política, que necesitan plazos, duración y un juego relativo respecto de la necesidad.

El campo semántico de "clausura" incluye, por supuesto, a la historia: no sólo se dio por afortunadamente terminado el ciclo de intervenciones y golpes militares; no sólo el "nunca más" fue el ideograma de una negativa radical a la repetición de la violencia homicida de las fuerzas armadas; no sólo la transición democrática y el paso de un gobierno de un signo político a otro de distinta bandera se afirmaron sobre la convicción de que se había cerrado una etapa. Junto con ella (y éstas posiblemente sean las ironías de la historia, ese principio de desilusión que acompaña al principio de esperanza), lo clausurado es una imagen de la Argentina que fue decisiva para la implantación cultural de cualquier política. Se clausuraron algunas condiciones culturales de la política, que ofrecen, imponen y trasmiten lo que habitualmente se llama identidad, esa autoimagen que, por extenderse en el tiempo, funda un espacio simbólico de pertenencia.

Ser argentino

Es imposible pensar el problema fuera de la dimensión cultural donde juegan los factores activos de la identidad. Allí, justamente, algo se ha quebrado. ¿Qué significaba ser argentino en los primeros sesenta años del siglo XX? ¿Cuál era la base relativamente universal que garantizaba un mínimo de identificación nacional? O, para decirlo de otro modo, considerando a la identidad como principio de diferencia, ¿cuáles eran las diferencias percibidas y vividas como experiencia inmediata y no sólo como discurso que indicara lo argentino?, ¿respecto de qué cualidades o posibilidades o valores, ser argentino se señalaba como una posesión material o simbólica distinguida de la ausencia de ese atributo, ausencia real o imaginaria, en otras nacionalidades?

Ser argentino designaba tres cualidades vinculadas con derechos, capacidades, disposiciones y posibilidades (cuyo peso relativo fue cambiando, y en cuya relación el primer peronismo introdujo nuevas articulaciones relevantes): ser alfabetizado, ser ciudadano y tener trabajo asegurado. Eso formaba lo que podemos llamar una identidad nacional; su manifestación discursiva podía incurrir en el orgullo de pertenencia y también en el desprecio y el sentimiento de superioridad respecto de América Latina, región de la que, por racismo y autosuficiencia, los argentinos nunca se sintieron una parte, a excepción de la lealtad que despertó Cuba.

Ser alfabetizado: la escuela pública universal, que fue más universal que el principio mismo de ciudadanía durante casi medio siglo, estableció bases diferenciadoras respecto de los pueblos no completa o tardíamente escolarizados de muchos países de América Latina. Los argentinos fueron los mayores consumidores de diarios, de libros, de medios de comunicación, y poseían una serie de destrezas culturales que caracterizaban positivamente a la fuerza de trabajo. Ser ciudadano nos distinguía, como lo mostró un clásico artículo de Guillermo O'Donnell, de sociedades fuertemente estratificadas como la chilena y la brasileña, donde se estigmatizaba cualquier amague de igualitarismo plebeyo, y de las repúblicas gobernadas por elites sociales exclusivistas. El acceso y la movilidad en el trabajo diferenciaba a la Argentina de las sociedades donde la organización del mercado de trabajo era o más precaria, o más arcaica o menos permeable a instituciones modernas como el sindicato.

Sería insensato afirmar que las tres cualidades se organizaban armoniosamente tanto en la esfera pública, como en el mercado y la política. A ninguna nación podría atribuirse ese equilibrio universal de derechos y oportunidades. Sin embargo, durante la primera mitad del siglo XX, los episodios de injusticia y exclusión, las pérdidas identitarias de la masa inmigratoria, la represión de diferencias culturales, la violación de derechos y la desigualdad de oportunidades fueron menos decisivos, en la constitución de una identidad, que los procesos de alfabetización, la extensión de derechos sociales y económicos y la generalización de los derechos políticos. No es necesario tener una visión optimista del pasado argentino para reconocer que una identidad sostenida en las diferencias respecto de América Latina no era simplemente una ilusión de los sectores populares o el efecto de la ideología de los dominantes. La prueba de estos elementos identitarios puede buscarse, quizás, en sus expresiones más repudiables pero elocuentes, en los episodios de racismo respecto de las migraciones internas o latinoamericanas (a las que se consideraba analfabetas, inútiles para un mercado de trabajo moderno e inclinadas a entregar su soberanía política a un líder carismático), y en las crisis de soberbia nacionalista donde emergen los rasgos más repugnantes: no tanto en el nacionalismo deportivo, que probaría de modo grotesco la existencia de un rasgo común en todo Occidente y gran parte del resto del planeta; sino en los accesos omnipotentes de nacionalismo territorial que sucedieron durante la última dictadura, primero respecto de Chile y luego durante la aventura militar en Malvinas.

Ser alfabetizado, ser cuidadano, tener trabajo: el triángulo de la identidad se quebró. Alguien podría preguntarse cómo duró tantas décadas marcadas por la inestabilidad institucional, la dramática diferencia de estilos políticos y la radicalización ideológica. Probablemente una de las claves sean aquellas instituciones que, pese a todas las rupturas, hasta la década del sesenta le dieron continuidad a un estado. La escuela tuvo esa continuidad, pese al cambio estratégico de dirección cultural que trajo el golpe del treinta en lo que concierne al poder de la Iglesia sobre decisiones de contenidos educativos y de los avances o retrocesos en el destino de los recursos. Hasta los años setenta la escuela no estuvo ni vacía de prestigio, ni quebrada, ni estallada en centros de decisión locales. Hasta la dictadura militar de 1976, otras instituciones (las de un "estado benefactor a la criolla" fundado por el peronismo) persistieron en el armado de tramas no sólo de contención sino de ejercicio de derechos, que le daban un significado concreto a la política, incluso cuando las intervenciones militares llegaban con proyectos fundacionales finalmente refutados. Había también un sistema productivo, horadado por todas las deformaciones del capitalismo prebendario, con burgueses cuya iniciativa dependía estrechamente del resultado de sus presiones sobre el estado, que se reprodujo de manera caótica y pudo, con crecientes dificultades pero durante mucho tiempo, incorporar fuerza de trabajo; posiblemente por su debilidad relativa y por la dependencia del estado, a partir de los años cuarenta, sus dirigentes debieron aceptar un programa de reivindicaciones, un "pacto social a la criolla".

El callejón en el que entró el sistema político a partir del protagonismo militar y de la proscripción que abrió la "cuestión peronista" desde 1955, el llamado "empate" de fuerzas y la radicalización política de los sesenta y setenta dibujan el borrador de lo que parecerá una situación sin salida. Sin embargo, el triángulo que sugerí como hipótesis para pensar una identidad se sostuvo, precario, cada vez más frágil, en esos años de enfrentamientos. Los militares que llegaron en marzo de 1976, y provocaron lo inaceptable y lo inaudito de la represión, le dieron su golpe final. Pero, irónicamente una vez más, el triángulo termina de desmoronarse en los años de la transición democrática.

Oscar Terán: Es fácil acordar sobre estos elementos que fueron asimilados como un modo de ser argentino, una representación que contaba con la expectativa de que iba a realizarse: la de una sociedad inclusiva, que crecía incorporando, de manera más o menos igualitaria. Pensando en aquel período mítico de incorporación de esa masa extraordinaria de inmigrantes (masa que se contrasta con la que hoy llega a los países europeos, que están preocupados por la incidencia de un uno por ciento de extranjeros), lo sucedido se hizo sobre la base de un extraordinario crecimiento económico. Yo hoy me preguntaría si no existen situaciones en las que los lazos identitarios se generan sobre la base de la penuria económica, de la penuria política, de las derrotas en una guerra. En la Argentina, cuando cedió el respaldo económico, cuando se vio desmentida la creencia en el ascenso social, el lazo se aflojó, mostrando hasta qué punto había estado sostenido por una economía expansiva. La creencia ya no tiene posibilidad de persuasión, por razones materiales, y no se sabe a qué apelar para refundar un lazo social en situación de penuria.

Para hombres y mujeres menores de cuarenta años, ser argentino no presupone esos derechos políticos y sociales inscriptos en el triángulo identitario, que hoy dependen de la trayectoria social y no de una base nacional universal e inclusiva. Se ha depreciado el ejercicio de la ciudadanía política; el espacio de derechos y obligaciones está completamente desquiciado, por injusticia y por inmoralidad; la cultura, en sentido amplio, está atravesada por clivajes de acceso y de disfrute y por procesos que invierten tendencias históricas, como el descenso en lectores de diarios que no acompaña la tendencia inversa de todo Occidente y que, en consecuencia, no puede atribuirse a la competencia con nuevos medios de comunicación; nada hay que agregar a lo que se dice todos los días (y está bien que se repita con insistencia) sobre la exclusión en el mundo del trabajo y la destructora humillación del desempleo. Se ha quebrado aquel triángulo que sostenía la identidad, considerando a la identidad como la suma de motivos, expectativas y cualidades que hacen que alguien se reconozca fuertemente en una sociedad, y no como un principio cualquiera de agrupamiento de temporalidades cortas, tribal, de fusión y disolución rápida. Esas identidades fusionales (así las llama Michel Maffesoli) son las que hoy proliferan como estilos culturales, incluso en los sectores más castigados o precisamente allí donde más han perdido, así como muy arriba donde la tranquilidad del disfrute permite la experimentación identitaria. El estallido postmoderno por otros medios: una ironía.

En condiciones extremas de necesidad no hay ciudadanía; tampoco hay espacio para la afirmación de derechos en el mundo del trabajo, porque la escasez es un disuasivo novedoso en la historia sindical argentina que fue eficazmente reivindicativa en los momentos de expansión, y también porque, como lo ha escrito Emilio Tenti en esta revista, los estallidos de la desocupación son inarticulados y difícilmente articulables en términos políticos.

Se ha producido un cisma cultural que reduplica el cisma económico; en el horizonte de las víctimas, se esfumaron las razones de pertenencia a una sociedad nacional; en todas partes, se ha debilitado la idea de responsabilidad que, aun precariamente, teje la trama de muchos hilos que sostiene una comunidad. No se trata de salvar a los políticos de la responsabilidad sobre este paisaje, porque ellos se encargaron de que se profundizaran sus rasgos. Pero quienes forman parte de la cúpula de la pirámide social, los muy ricos pero también nosotros, por razones diferentes, hemos observado la ca-

tástrofe, unos en la persecución de beneficios inmediatos, otros sorprendidos por lo impensado (incluso quienes lo anunciaron quizás estén sorprendidos por el fulminante cumplimiento de sus predicciones).

¿Hay un lugar para la política?

Preguntaría qué queda de la identidad que permita la política como una práctica que no sólo incluya a los profesionales de esa clase cuyo desprestigio ha acompañado en estricto paralelo al proceso de su constitución como fracción con intereses diferenciados que defiende corporativamente. ¿Qué principios para identificarse?

Imposible pasar por alto el hecho político más trascendente de las últimas dos décadas: el juicio y condena a las Juntas Militares, que es, en verdad, un compuesto de hechos, prácticas y discursos originados primero por las organizaciones de derechos humanos, que sostuvieron una consigna ("aparición con vida") inasimilable por la dictadura y, en ese marco, enteramente justa; sucedido, sobre todo después de Malvinas, por una revelación progresiva que se difunde por todas partes, tanto en los medios de comunicación que se habían resistido por cobardía y estrategia de conservación como en una sociedad sobre la que todavía sabemos bastante poco durante la dictadura, ni de su resistencia ni de su abandono de todo mandato solidario; atravesado por posiciones diferentes respecto del camino institucional seguido por el gobierno de Alfonsín; reforzado como producción de conocimiento por la Conadep y, hasta hoy, por los juicios sobre verdad que reconocen, en sede judicial, el derecho a continuar produciendo un saber. Frente a esto, ¿por qué no pensar este saber y esta persistencia como un punto de articulación decisivo en el cual la Argentina encuentra su diferencia en términos de derechos humanos y justicia?

Esto se dijo en estos años y sería suicida pasar por alto el principio de esperanza autorizado por el hecho de que se lograron cosas que parecían imposibles después de las leyes de punto final y del indulto. Sin embargo, mucho de lo sucedido durante el largo gobierno de Menem tuvo el efecto de desprestigiar precisamente a la Justicia. Los hechos que mencioné al comienzo de estas notas (la prisión de Menem y la retirada de Alvarez), cada uno a su modo y en sentidos contrarios si se quiere, reafirmaron una sospecha sobre la voluntad de los jueces de seguir un camino institucional recto. Se desconfía del juez que encarceló a Menem; se repudia al juez que no procesó a los senadores corruptos. Para decirlo brevemente: el estigma de la servilleta de Corach cae como una marca infamante sobre los jueces federales. Nada puede ser más grave en un país donde la injusticia (en todos los sentidos de la palabra) tiene la solidez de una materia indisoluble.

La promesa de justicia no puede sino ser traducida en los términos de sus límites actuales, por una parte. Y no puede sino ser objeto de una petición más vasta, económica y social, por la otra. Así son las cosas: no existe hoy un escenario cultural como el de los primeros años ochenta, donde la petición de justicia respecto de los militares tuvo una centralidad sorprendente.

La crisis social y económica refuerza, más que nunca, un país de particularismos. Las reivindicaciones de un grupo se enfrentan ruidosamente con las de otro y las posibilidades de mediación institucional son débiles (la guerra de vecinos contra travestis en la ciudad de Buenos Aires es una miniatura patética, un verdadero laboratorio). Las necesidades inmediatas de millones de hombres y mujeres obturan su disposición a pensar en términos de un plazo político o judicial: la necesidad no tiene esos tiempos. Con toda razón, el reclamo es sobre lo inmediato. Un desocupado que lleva años fuera del mercado de trabajo, que vive de un auxilio estatal malbaratado por la corrupción y otorgado por clientelismo, es eso: un hombre en estado de necesidad. Sabemos lo que significa.

Sin embargo, otros millones de ciudadanos, que no padecen ese estado de miseria hostil a la política, entre ellos muchos intelectuales reformistas, confiaron, tal como pareció mostrarlo el resultado electoral desde 1994, en la posibilidad de una alternativa. Juan Carlos Portantiero escribió ese año, y muchos podían coincidir con lo escrito: "Se dibuja ya un nuevo cuadro de expectativas que el populismo conservador y el liberalismo de mercado tendrán muchas dificultades para satisfacer". No se equivocaba, si se toman los años que van hasta 1999.

Las desventuras del Frepaso

Entonces hay que pensar en el caso Alvarez y el destino de los instrumentos políticos que armó con Carlos Auyero y Graciela Fernández Meijide. Incluso los más escépticos, dentro de la franja reformista, sintieron la atracción de lo nuevo que hoy no sólo ha dejado de serlo sino que ya casi no existe.

Oscar Terán: Ahora, ¿cuál era la especificidad del caso argentino? Creo que todas las cosas que pasan acá también pasan en otras partes. Cómo se puede entender esto en países que crecen, que han resuelto problemas que nosotros no hemos resuelto... La caída de la política, el desencanto de la política son fenómenos que se debaten en todas partes. Berlusconi ganó las elecciones italianas. En España la ETA recluta un importante porcentaje de adhesiones. Hace unos años Castoriadis decía que el rasgo más conspicuo de la política actual es su "insignificancia". Seguro que tiene que haber elementos diferenciales, pero cualitativamente ¿qué ocurre de distinto aquí? ¿O cómo es vivido lo que aquí ocurre que no es vivido del mismo modo en otras partes...? Me temo que tengamos una mirada demasiado local.

Primero una aclaración que no presento como exculpación del Frepaso ni de Alvarez, sino como referencia al medio histórico donde le tocó avanzar sus promesas. La ausencia, en la Argentina, de un protagonista progresista en el marco de la llamada "crisis de la política" si tiene puntos en común con descripciones que se han hecho de escenarios europeos, expone de la manera más cruda e hiperbólica la dificultad de los países periféricos para construir una mediación entre los deseos de los factores de poder económico y las decisiones políticas. A pesar de que el tema sea también europeo, de todos modos la política se plantea allí tareas que no están directamente moldeadas por los "mercados" que, por otra parte, no se comportan en los países centrales con la prepotencia que ejercen en la periferia. Esto hace una diferencia evidente. Además, sería poco verosímil olvidar que partidos socialdemócratas o coaliciones de centro-izquierda han gobernado y gobiernan en buena parte de Europa, aunque sus programas se hayan adaptado a una nueva realidad económica, en la que, de todos modos, operan como agentes de reformas. Dicho esto, más vale olvidar el caso europeo que no está cercado por el cepo que inmoviliza a la Argentina.

¿Cuánto se sabía del límite en 1994? Mucho más que cuando Alfonsín llegó a la presidencia y seguramente mucho menos que hoy, cuando Cavallo no logra el aval de quienes lo habían apoyado con fanatismo, ni recibe la confianza de quienes fueron su capital político y su fuerza. Retar a los banqueros todas las semanas porque los mercados financieros no son comprensivos y encargarle a la burguesía local que salga a defender sus medidas, lo prueba con elocuencia.

Sin embargo, no se hace política pensando que la política es imposible. Alvarez, en su auge, dijo precisamente lo contrario: donde otra política que la del consenso de los poderosos parece imposible, demostraremos que ella es no sólo posible sino que puede establecer una nueva relación de confianza. Las bases de esta convicción eran de renovación republicana. Se habló de mejorar la calidad institucional, las formas de la representación, los sistemas electorales, la relación entre partido y ciudadanía, el financiamiento de la política, para dar una batalla contra el clientelismo y la corrupción. No es para nada casual que las fuerzas dirigidas por Alvarez tuvieran una participación de primera línea en la Convención Nacional Constituyente y presidieran la que redactó la Constitución del estado de Buenos Aires. Tampoco es una casualidad que Alvarez (que abandonó el peronismo repudiando el indulto a los comandantes) dirigiera con eficacia la oposición al pacto de Olivos.

Sobre estas intervenciones exitosas, un haz de fuerzas muy heterogéneas dio la impresión de compactarse en un programa de renovación institucional que, a mediados de los años noventa, fue confundido (muchos de nosotros quisimos dejar en suspenso las diferencias) con un programa reformista de centro izquierda que incluyera también las dimensiones social y económica. Se trataba, en cambio, de una propuesta de renovación institucional y cultural de la política que pegaba justo en el centro de lo que las capas medias urbanas consideraban un terreno sobre el que ya no era posible admitir otro abuso: la acumulación de poder en el ejecutivo y la corrupción, juzgados como dos rasgos del menemismo.

Este programa republicano, sin embargo, tenía otros ecos. Una línea se abría hacia la cuestión de la representación política pensada no sólo en términos de tecnología electoral o transparencia de las instituciones, no sólo de balance institucional y de control entre poderes, sino en términos de una nueva cultura de la política abierta hacia lo que comenzó a llamarse "la gente" o "la sociedad". Se pensó en una reforma cultural aplicada a la esfera política como remedio de la "crisis" que el estilo menemista había acentuado (o provocado). El adjetivo "nuevo" se adosó a todas las fórmulas que se fueron poniendo en circulación: nueva relación, partido de nuevo tipo, nuevas formas de representación, nuevos actores.

La novedad, en verdad, estaba en el liderazgo de Alvarez tanto como en su discurso modelado por la politología. ¿Sólo eso? Naturalmente, había mucho más en la promesa. Cuando me acerqué a Alvarez y al Frepaso, creí, como muchos otros, que se podía desatar el nudo que había apresado a las fuerzas reformistas (a la izquierda reformista) en el campo de la insignificancia electoral y la ausencia de dirigentes fuertemente populares.

Alvarez fue el primer político argentino que ganó su popularidad en los medios de comunicación, desde sus artículos en *Página 12* a comienzos de la década, hasta su presencia estelar en los programas de televisión donde se manejaba con la eficacia de un baqueano. Alvarez, que había hecho política de partido durante veinte años y había editado una revista de perfil intelectual en los ochenta, parecía nacido en un estudio de televisión. Tenía la medida justa del quantum de ideas que podía pasar a través de los micrófonos y sabía detenerse en el punto preciso que separa la repetición de la banalidad. Su carisma mediático lo habilitaba para decir cosas un poco más complicadas de las que se admiten en la argumentación televisiva, pe-

ro su intuición (ejercitada en la invalorable experiencia populista del peronismo) le mostraba claramente cuándo era necesario repetir, volver a remachar, usar una fórmula que quedara en el recuerdo fugaz de lo que se ve y se escucha. La destreza mediática de Alvarez no fue un capital menor en la construcción de la fuerza heterogénea que dirigía con una autoridad sin contemplaciones. Por el contrario, esa fuerza fue "Alvarez en la televisión" (y también Fernández Meijide que conquistó la veneración de Mariano Grondona, cuyo programa muchos observadores definían como el centro de la llamada "esfera pública mediatizada").

El carisma mediático hoy es indispensable y cualquier discusión sobre el arraigo de una fuerza no podría pasarlo por alto, ni siquiera considerarlo una cualidad entre otras. Pero tanto Alvarez como quienes lo seguían confiaron en que el ejercicio de ese don garantizaba lo necesario para constituirse en una alternativa al sistema bipartidista. Nadie afirmaba esto explícitamente, pero, en los hechos, la confianza en una cualidad que había traído algunas victorias relegó a un plano subordinado, del que nadie se ocupó con seriedad y constancia, las tareas grises de una construcción territorial que, además, caía bajo el desprestigio de las críticas a las prácticas de radicales y peronistas, sostenidas en redes de punteros, compromisos personales y subordinación de las bases que necesitaban a los caudillos locales para remediar las contingencias de la crisis económica.

La vieja política estaba desprestigiada y, aunque se hablara todo el tiempo de la invención de "nuevas formas", en los hechos la fuerza dirigida por Alvarez era un dispositivo de cúpula, en la que él predominaba por su inteligencia, por su popularidad y por su escasa propensión a discutir con otros las grandes líneas de lo que debía hacerse. Este fue el estilo que se impuso, pese a los buenos propósitos, el resentimiento y la resistencia de dirigentes locales a los que se consideró más vinculados con viejas mañas de política territorial y viejas ideas arrastradas desde el pasado peronista, abandonadas a regañadientes, mientras que Alvarez había hecho un corte limpio que sus seguidores debían imitar aunque nadie les entregara los instrumentos para hacerlo.

No es sorprendente, entonces, que el nuevo espacio dependiera de Alvarez (y de algún otro dirigente como Fernández Meijide en sus años de apogeo). Y que Alvarez no encontrara la circunstancia para dedicarse a construir, en dimensiones prácticas y territoriales, lo que afirmaba que era necesario. Oscilaba entre diversas ideas de organización, más o menos recibidas de sus informantes politológicos que, sin exagerar responsabilidades, encontraron en Alvarez una escucha que nunca habían obtenido, ni siquiera en los años en que Alfonsín se rodeó de algunos intelectuales. No quisiera eximirme de la responsabilidad que me toca en esta descripción, como intelectual (aunque completamente ajena a la teoría política). La cuestión no era si Alvarez debía o no atender a las fórmulas circulantes sobre las nuevas modalidades de la política, sino cómo podía convertirlas en argumento de organización práctica. Nadie podría decir que Alvarez escuchó poco; podría incluso afirmarse que escuchó demasiado porque lo que se decía a su alrededor coincidía con su escasa vocación para el día a día organizativo, con su atracción por las propuestas generales y su alta capacidad de comunicar ideas en los medios.

Hacia la figura de Alvarez van las pistas de lo que sucedió con el Frepaso, donde su liderazgo fue indiscutido. Trasladó sus aciertos y sus equivocaciones a la organización que dirigía. Y el camino que tomó esa organización, en cada uno de los momentos en que se jugaron decisiones, fue el que eligió Alvarez: desde la ubicación de Fernández Meijide a la cabeza de todas las boletas electorales hasta la constitución de la Alianza, precedida por la fórmula que integró con Bordón, apoyada a su vez en el espacio que quiso construir transversalemente a los grandes partidos en la reunión de El Molino.

¿Hubiera sido posible explorar otros caminos, más afines con la idea de un espacio de centro-izquierda? Responder a esto tiene la facilidad de una reflexión hipotética sobre el pasado, y no quisiera abusar de esa ventaja.

Por un lado, a mediados de los noventa, las fuerzas conducidas por Alvarez tuvieron la posibilidad, a partir de una base sólida en Buenos Aires y en Rosario, de iniciar un camino de experiencias locales en el gobierno o las legislaturas. Concentrarse en los gobiernos locales de ciudades de enorme importancia política y repercusión en la opinión pública, hubiera sido un camino que tampoco garantizaba la implantación nacional, pero que consolidaba una identidad y demostraba en la práctica si verdaderamente se traía un nuevo modelo de hacer política. La implantación cultural de Alvarez en Buenos Aires, una plaza donde su estilo fue poco menos que perfecto, quizás hubiera abierto, con tiempo, posibilidades mayores. Nadie podría afirmar esto con ninguna seguridad. Tampoco a Alvarez pareció interesarle mínimamente.

Por otro lado, los hombres y mujeres que rodearon a Alvarez en el núcleo ideológico del Frepaso no le ofrecieron ideas que le permitieran ir más allá de las promesas de renovación política e institucional, que él conocía a la perfección; no se exploraron experimentos posibles que tocaran el centro de los problemas cuyo abordaje era indispensable si una fuerza de moralización republicana quería convertirse, al mismo tiempo, en un instrumento de reformas económicas y sociales progresistas. Los técnicos que se acercaron no pudieron despertar ni la confianza ni el entusiasmo; esto pudo ser injusto respecto de las ideas que exponían pero ellas nunca alcanzaron la cota de "imaginación" y "creatividad" que parecía una norma de la "nueva" política, o, en todo caso, Alvarez tenía la mirada puesta en otros técnicos que no se le acercaban sino eventualmente. Todas las explicaciones parecen anecdóticas. Lo cierto es que Alvarez carecía de soluciones socio-económicas; hay que admitir francamente que no era él quien debía diseñarlas sino ponerlas a consideración y eventualmente encabezarlas en un camino cortado por obstáculos que no iban a desvanecerse sólo ante el carisma o

los votos. La “nueva fuerza” política se apoyaba en su programa institucional y moralizador, que era suficiente para ser la mejor oposición al menemismo, pero insuficiente para pensar un gobierno.

Este rasgo se fue acentuando a medida que se acercaban las últimas elecciones presidenciales donde Alvarez decidió (y en esto no se diferenciaba mucho ni de sus votantes de capas medias ni de quienes lo rodeaban) que la derrota del peronismo era el item central del orden del día. A medida que se hacía más evidente el descuido hacia un programa posible para un gobierno de la Alianza (que terminó sintetizado en un documento sin relevancia, la “Carta a los Argentinos”), Alvarez profundizaba su creencia de que aquello nuevo que había representado se jugaba en una dimensión ética, cuya reparación respondería a lo que pedía “la gente”. Mirando las cámaras de la televisión, dijo: Menem va a ir preso; y marcó con una analogía el objetivo moral en el que se reconocieron muchos: se necesita una Conadep de la corrupción. Ambas afirmaciones fueron luego corregidas. Sin embargo, cuando se las pronunció encontraron el reconocimiento de lo que se quiere escuchar. Se estaba acabando el jolgorio menemista y había que castigar a los responsables.

La renuncia de Alvarez a la vicepresidencia se ubica precisamente en esta dimensión; fue recibida con el entusiasmo de quienes reconocieron en ella la renovación de una promesa electoral y quedó desactivada en cuanto los problemas para los que el Frepaso no tenía iniciativas volvieron a ocupar el primer plano. Alvarez no hizo nada para convertir su renuncia en el impulso de una acción política coherente, aunque sólo fuera en términos morales y, en realidad, mucho más en términos morales cuanto que pensaba que la corrupción delataba una forma de funcionamiento del estado que impedía hacerse cargo de la desprotección de millones.

Las fuerzas dirigidas por Alvarez fueron una constelación en cuyo paradójico centro había más hospitalidad y flexibilidad con los intelectuales que con los militantes y los cuadros de segunda línea. Afirmar esto implica mucho o poco, según se lo mire. Pero, de todos modos, es parte de un pasado. Sin embargo, la fuerza cultural y política que Alvarez implantó y disolvió tiene referencias sociales que todavía persisten. Los temas culturales o, si se quiere, más ideológicos que políticos, de un imaginario reformista, siguen teniendo una pregnancia poderosa en los sectores medios que todavía no han sido expulsados de su espacio. No existe, en cambio, como en los noventa, una fuerza que los exprese (aunque lo haga con todos los límites y las disimetrías de cualquier expresión).

La crisis del reformismo toca no sólo a Alvarez o a lo queda de su fuerza política. Los intelectuales que estuvimos cerca de ella estamos tan tocados por la disolución de una posibilidad como por la obligación de anotarla en una lista de malentendidos y desencuentros. No hay ninguna obligación, en cambio, que nos lleve a inscribir esta experiencia como prueba de la inutilidad de una relación intensa con la política, aunque sólo sea porque los intelectuales pertenecen a una fracción sobre la que la necesidad económica no opera con la misma fijeza que sobre millones de argentinos, aunque sólo sea porque el trabajo intelectual tiene condiciones excepcionales en términos de tiempo y de privilegios culturales.

Condiciones excepcionales respecto del resto de la sociedad plantean también responsabilidades ciudadanas más intensas y continuadas. Naturalmente, el discurso que se emite en nombre de esa responsabilidad debe aceptar todas las críticas sobre sus efectos. No se puede decir que esas críticas no hayan sido escuchadas en las últimas décadas, donde la historia de los intelectuales se ha reescrito con una severidad que pone en su lugar cualquier soberbia. Lugares comunes de la crítica a los intelectuales, todos ellos sostenidos con razones diversas y argumentables: pedagogismo autoritario, ausencia de perspectivas pluralistas, improvisación e ignorancia de los hechos, vanguardismo estético, político o moral. Sin embargo, las repúblicas de ciudadanos requieren un tipo de figura que no se asimile inmediatamente ni a la del profesional de las industrias de la comunicación, cuyo discurso prolifera con la insistencia y volubilidad de lo mediático, ni al experto de estado o de academia.

Podría explorarse una perspectiva que, aceptando esas condiciones, focalizara el conflicto que emerge de ellas. Esta perspectiva debería articular varias distancias: la del intelectual con la sociedad y la de la sociedad con el intelectual (no siempre percibidas como equivalentes, sino por el contrario: una fuente de malos entendidos); la del intelectual con lo que cree que es su práctica (la ilusión del desinterés, por ejemplo, que ha sido

Oscar Terán: Y entonces se podría juzgar lo que hizo Chacho Alvarez con sus renuncias no en términos de estructura psicológica sino en términos de alguien que de pronto toca ciertos límites, que enfrenta un ejercicio de la política al que piensa que es posible modificar y finalmente no puede hacer nada. Cuando la hipótesis de las corporaciones explicaba las deficiencias de funcionamiento de la política, se armaba un sentido, un relato que podía ser comprendido y permitía interpretar. Pero hoy son los políticos los que se han convertido en una corporación, en un factor de poder: la clase política juega en función de las reglas de un juego corporativo.

Lo que es novedoso es este actor fantasmático que se llaman “los mercados”, que no tiene la lógica de los sectores de la burguesía en el pasado, y que Zygmunt Bauman ha comparado con el tradicional sector de terratenientes ausentistas, con la diferencia de que éstos tenían sus bienes geográficamente localizados, mientras que ahora el capital financiero parece atópico, parece habitar en un no lugar. ¿Qué es ese sector de las finanzas? ¿Tiene este mismo poder en todas partes?

definitivamente criticada por Pierre Bourdieu); la de esa práctica vista desde fuera de las creencias que la impulsan; la del intelectual respecto de las instituciones y respecto de los medios.

No existe una distancia justa: la práctica intelectual se caracteriza por el desajuste del lugar que se cree ocupar con el discurso y la autoridad atribuida al discurso. Los efectos del discurso intelectual son pragmáticamente incontrolables; y están abiertos al conflicto donde se juzgan pesos y responsabilidades de modo muchas veces completamente fantasioso. Y, sin embargo, no hay remedio porque el discurso intelectual (a diferencia del académico) está sostenido por la actualidad de la presencia.

Los intelectuales hablan o escriben en un tiempo presente. Quiero decir: si sus discursos no funcionan en el presente, una circulación diferida al futuro acentúa el profetismo, del que se los acusa, o la completa obsolescencia porque sólo excepcionalmente funcionan desentendidos de sus contextos. Por el tipo de intervención no hay diferimiento para el discurso de los intelectuales. Su práctica arraiga en un imaginario intervencionista (que también refleja expectativas de otros sectores), sobre el que habrá que decir si ya es completamente inadecuado, si esa práctica es innecesaria porque sólo tendría un lugar legitimo el discurso explicativo en términos de lo ya sucedido.

Oscar Terán: ¿Nación para qué? ¿Qué es "nacional"? ¿Quiénes están dispuestos a juntarse para defender valores? ¿Y qué valores? ¿Quiénes serían los protagonistas? ¿Dónde están los agentes, los sujetos capaces de operar una profunda recomposición política, social y económica, y de recuperar ámbitos de soberanía nacional?

En la Argentina, los días de enfrentamiento siguen a los días de hambre y cerrazón. El estallido de cólera es la última forma de la acción, el límite que sólo compromete a una minoría de aquellos que viven en la inercia de la desarticulación social. A muchos (no importa cuántos miles porque siempre serán más de los tolerables), la miseria no les da revancha y ya no esperan nada. Se trata de reconocer la obligación que tenemos respecto de ellos y negarse a aceptar simplemente que permanecerán para siempre afuera. Pero la política nunca se ha mostrado más lejos de aquellos que la necesitan de modo inexorable aunque, en la desesperación y el descreimiento, abominen de todo lo político. Por otra parte, no hay un instrumento político y está fracturado el horizonte cultural donde podría inscribirse. El cerco se ha cerrado y la Argentina no encuentra ninguna salida. La rabia y la desesperanza presagian días quizás violentos y seguramente llenos de penurias. La cara más brutal del capitalismo es la que se refleja en el espejo de esta crisis.

Hay situaciones que son moralmente inaceptables. Las diferencias económicas y culturales fundan dos naciones que ya tienen poco en común. ¿Qué pasó y cómo nos pasó a nosotros? Hay cosas que no se entienden y gente que todavía reclama un sentido aunque sea insuficiente.

Lecciones de la memoria. A los 25 años de la implantación del terrorismo de estado

Hugo Vezzetti

La conmemoración del último aniversario de la dictadura, convocada por organizaciones de derechos humanos y por un extenso conjunto de entidades sociales, políticas, gremiales y de la cultura, puede ser tomada como signo de cierto estado de la memoria pública sobre una etapa y una experiencia que han marcado profundamente a la sociedad. La significación política y moral del terrorismo de estado excede la demanda de justicia en la medida en que revela algo de la formación y la calidad del estado que pudo volcarse con relativa facilidad a una empresa criminal y, desde luego, revela también algo de la sociedad, de sus dirigencias e instituciones, de sus tradiciones y su cultura política. Hay que reconocer que si la dictadura en un sentido fue una irrupción que no tenía antecedentes por la radicalidad brutal de la degradación que traía a la república, a la vez fue también un desenlace, a partir de una larga crisis política, incluso de una guerra civil larvada, de acuerdo con la proposición acuñada por Tulio Halperín Donghi. De algún modo, entonces, ese carácter revelador, que retorna sobre las condiciones que hicieron posible y relativamente fácil ese episodio de barbarie, debería ser pensado como un acontecimiento y una experiencia límites que, si en su momento pusieron a prueba al estado, a la clase política y a la sociedad (y hay que decir que casi nadie pasó la prueba), sigue cumpliendo un papel igualmente fundamental en el presente, frente a las responsabilidades de una memoria pública, política y moral, capaz de responder a los desafíos y los conflictos del nuevo ciclo histórico abierto en la Argentina en 1983.

En efecto, asociada a la memoria y la historia de la dictadura se abre simultáneamente una *memoria de las memorias* construidas para rescatar, conjurar y, propiamente, reparar ese pasado. Y es claro que atender a las modalidades y las vicisitudes de ese trabajo, que en verdad se apropia del pasado y lo rehace en el presente, es una cuestión de la mayor importancia si se trata de analizar cómo se fija y se transmite una experiencia. Es sabido que la memoria construye relatos, representaciones y ficciones, y en esa formación del pasado necesariamente lo estiliza y lo simplifica. Tanto como que la empresa, siempre necesaria, de *justificación* de esas formaciones, aun en el nivel de la memoria (es decir, aun antes de las cuestiones específicamente metodológicas de la disciplina histórica) depende, antes que de la evidencia de los “hechos”, de que las significaciones del pasado ingresen al espacio de la deliberación y el debate públicos. Las evidencias de la memoria no son ajenas a los poderes y las responsabilidades de la argumentación. De modo que si cabe hablar de las

"lecciones" del pasado y de la historia, es porque en su proyección sobre el presente ciertos signos, ficciones o escenas pugnan por adquirir un valor *ejemplar* en la dimensión pública de la memoria.[1] Finalmente, la consigna misma que llama a no olvidar para no repetir el pasado alude a esa dimensión ejemplar y reclama una elaboración que haga a ese pasado comparable y juzgable en relación a los acontecimientos del presente en los que podría retornar.

Pongo un ejemplo referido a las significaciones del Holocausto, un tópico de la memoria social contemporánea que si es parte de las grandes formaciones de la conciencia de Occidente, a la vez ha sido particularmente elaborado y reescrito en relación con valores, escenas y mitos muy diferentes, en contextos nacionales o a partir de tradiciones intelectuales e ideológicas enfrentadas. Es claro que esas memorias diversas, siempre conflictivas, promueven diferentes "lecciones" del pasado; y hasta es posible que se deriven en consecuencias opuestas. Por ejemplo, mientras la retórica nacionalista de Menahen Begin acudía a la memoria del Holocausto para justificar la invasión al Líbano en 1982 ("o la guerra o Treblinka"), quienes defendían un camino opuesto a la guerra sacaban otras lecciones, universales, incluyendo las de un sobreviviente de los campos que evocaba la barbarie nazi en la propia acción militar israelí y afirmaba: "Veo Beirut y recuerdo Varsovia".[2]

El preámbulo anterior trata de servir como un marco posible para la discusión de la reciente conmemoración del 24 de marzo. ¿Hace falta decir que en la Argentina, hoy, el espacio público de discusión en torno de las significaciones de ese pasado está sumamente limitado y casi estereotipado? Más aun, la idea misma de que las "lecciones" del terrorismo de estado pueden y deben abrirse a una discusión pública parece ajena a una modalidad simplificada de certezas que presupone que no hay nada que discutir.

Vuelvo a la movilización del pasado aniversario. Como es sabido, hubo varias, pero me voy a referir a la más numerosa, convocada y presidida por la casi totalidad de los organismos de derechos humanos y por centenares de organizaciones y grupos sociales, culturales, gremiales y políticos. La convocatoria se hizo con la siguiente consigna: El *poder económico y los gobiernos de turno garantizan que el genocidio impune de ayer continúe con el genocidio de hoy. Basta de hambre, entrega, desocupación y represión. Basta de impunidad*. Seguramente, no se sintetiza en ella el conjunto de experiencias y expectativas, de juicios y valores, en fin, de conciencia que reúne pasado y presente, de los miles de participantes. En una manifestación en la que predominaban los autoconvocados y la gente suelta (al lado de una extensa profusión de pancartas y carteles rodeados por grupos muy reducidos), probablemente muchos de los participantes simplememte respondían a la decisión de manifestar su repudio al pasado dictatorial y relegaban la consigna central. Y sin embargo, esa figura compacta de la continuidad de la explotación y la impunidad, no puede dejar de tomarse como un indicador serio de una significación bastante extendida: un relato ejemplar que pone en línea el pasado con el presente y reúne sin mayores miramientos la memoria del terrorismo de estado con la denuncia y condena de las decisiones en el área económica, concentradas en la figura del ministro Cavallo, reiteradamente aludido en la movilización.

Ahora bien, lo primero que hay que reconocer es que la grave incertidumbre y las consecuencias de una crisis social y política que pende como una amenaza de disolución de la trama social, estimulan esa representación aplanada que reúne la barbarie de ayer con los padecimientos de hoy. Finalmente, y esto es lo más importante, es el juicio (y la memoria) sobre el propio ciclo democrático abierto en 1983 lo que termina puesto en cuestión. Cuando, con el recambio de gobierno y el triunfo de la Alianza, se da por terminada, al menos en el plano de las formas institucionales, la "transición" a la democracia, ¿qué queda de las promesas de un cambio que con la recuperación ética del estado y la implantación de la justicia anunciaba, así fuera en un proceso largo, el avance hacia una república de ciudadanos socialmente integrada? Sin duda, es importante señalar y refutar esa idea simplificada de la continuidad de una dominación. Pero al mismo tiempo vale la pena hacer de esa figura incluida en esa convocatoria, y de la extensión desafortunada de las significaciones del "genocidio", un objeto de indagación.

La convocatoria y los derechos humanos

Comienzo por lo más notorio: una mayoría muy amplia de la sociedad (por razones diversas, con distintos grados de compromiso, con niveles muy diferentes de conciencia de las propias responsabilidades) condena hoy la dictadura. En esa mayoría se incluyen la mayor parte del espectro político, en la Alianza y en la oposición justicialista, la dirigencia sindical y profesional e incluso una buena parte de las fuerzas armadas. No estoy diciendo que la coincidencia alcance las interpretaciones sobre el ciclo dictatorial, o la política seguida por los sucesivos gobiernos ni los modos de intervenir sobre las consecuencias de ese pasado. Digo simplemente que una gran mayoría admitiría que ese episodio ominoso de la vida nacional *no debió haber sucedido*. Demos rienda suelta a las ilusiones: podría haberse esperado una manifestación acorde con ese extenso consenso, un pronunciamiento semejante al que reúne a las izquierdas con el centro y aun con buena parte de la derecha conservadora en la conmemoración de la barbarie nazi en Europa, por ejemplo. Esa manifestación soñada podría haberse nucleado en torno a una consigna clara, simple e inclusiva (como lo fue "Nunca más", ahora casi desaparecida de los pronun-

1. Sobre la "memoria ejemplar" ver Tzvetan Todorov, *Les abus de la mémoire*, Paris, Arléa, 1998.
2. Sobre los diferentes relatos del Holocausto en Alemania, Polonia, Israel y los Estados Unidos, ver James E. Young, *The Texture of Memory*, New Haven y London, Yale University Press, 1993. Sobre el episodio del Líbano: Tim Cole, *Selling the Holocaust*, New York, Routledge, 2000, pp.138-139.

ciamientos públicos en materia de derechos humanos) y admitido a todos los que estuvieran dispuestos a marchar, sin importar otras opiniones o afiliaciones. Obviamente un alineamiento tal supondría dejar para el día siguiente las discusiones y enfrentamientos sobre las cuestiones candentes de la agenda política, incluida la política económica. Un pronunciamiento colectivo de tal naturaleza supondría destacar, consagrar, si se me permite, en un sentido laico y republicano, una memoria de las víctimas, de la enormidad de los crímenes y de los valores fundamentales agraviados, condición de una comunidad moral. Obviamente la extensa unidad en torno de ese pronunciamiento, que se constituiría en símbolo de una identidad renovada, de un "nosotros" sostenido en el estado de derecho, no borraría las extensas diferencias, que pueden ser muy profundas y aun irreconciliables, sobre otros puntos de la agenda política y social; incluso podría ser compatible con diferencias sustantivas respecto de los propios medios de producir memoria y construir un futuro diferente.

Lo anterior pone en juego esa correlación entre acontecimiento y valores que es el núcleo de la memoria ejemplar. Finalmente, ¿qué hay que recordar? ¿Qué es lo que queda del terrorismo de estado en este relato, que reduce ese pasado a una visión conspirativa achatada sobre el "poder económico" de ayer, de hoy y de siempre? Ante todo, se dirá, la motivación económica de la masacre perpetrada por la dictadura y continuada por los "gobiernos de turno". Seguidamente, la continuidad de un mismo proceso de explotación y miseria que sería la clave última de una dominación política que algunos se empeñan en llevar hasta la visión de una subjetividad que seguiría hoy controlada y sojuzgada por el terror. El argumento se cierra con una explicación simple y definitiva de la razón última de la dictadura: fue necesario matar a decenas de miles para imponer exactamente este rumbo económico. Es claro que en esa representación de los 25 años que nos separan del comienzo de la dictadura hay también un relato sobre los 18 años de la democracia; y es difícil presentar un cuadro más acabado de derrota de las aspiraciones de cambio depositadas en la recuperación política, jurídica y moral iniciada en 1983.

Veamos una visión bien distinta de ese pasado. Aldo Rico, ex-militar reconvertido en dirigente peronista, a quien no puede negarse cierta representatividad que excede la opinión carapintada, lo plantea en los términos siguientes: "En definitiva, *perdimos la guerra contra la subversión.* Sólo conseguimos la victoria militar, la destrucción del enemigo armado. Pero la guerra es un fenómeno no sólo militar sino fundamentalmente político y cultural. *Y nosotros perdimos aquella guerra, pues fuimos derrotados en lo político y lo cultural.* La prueba de que fuimos derrotados está en el juicio a los Comandantes y en la propia subida al poder del doctor Alfonsín".[3] En esa visión que reduce la política a la guerra e identifica a la democracia con la subversión, ¿habrá que admitir que una mente bastante tosca como la del ex-coronel carapintada es más capaz de reconocer la naturaleza de lo que estuvo en juego en el terrorismo de estado y, al mismo tiempo, la apuesta central en las responsabilidades de una memoria construida a la luz de las luchas democráticas? En efecto, es la dimensión propiamente *política* la que queda fuera de juego en esa visión conspirativa focalizada sobre el "poder económico": la naturaleza política de los conflictos en la escena de los 70 (que casi todos, en la izquierda y la derecha, concebían en términos de una "guerra"), la del desemboque brutal en la criminalización militar del estado y, finalmente, la del impacto de lo que se constituyó en un primer núcleo de consenso sobre la significación de ese pasado en el *Nunca más* y el Juicio a las Juntas.

El pasado

En principio, dado que la noción misma de "genocidio" proviene de los crímenes masivos del siglo XX, caracterizados después de la segunda guerra mundial como crímenes de estado contra la humanidad, su aplicación al plan de detenciones ilegales y de exterminio perpetrado por la dictadura argentina encontraría un punto de comparación en el carácter de premeditación, en el plan sistemático y la organización "técnica" de la masacre. Es bien claro que, no sólo en la Argentina sino en el mundo entero, la dictadura ha quedado asociada, probablemente para siempre, a la barbarie nazi. De cualquier manera, aun admitiendo el sentido de esa correlación ejemplar con los grandes crímenes del siglo, hay que precaverse de las analogías fáciles. Las víctimas del genocido nazi lo fueron simplemente por ser lo que eran, sin relación alguna con lo que hacían o pensaban (o lo que se creía que habían hecho o pensado) y sin relación con lo que podían hacer en el futuro. Prácticamente no había nada que pudiera ahorrarles la muerte si eran capturados por la maquinaria de exterminio; no hubo prácticamente prisioneros liberados por sus captores y la colaboración, real o fingida, sólo postergaba el atroz destino final.[4] Aun admitiendo que la existencia del plan premeditado y, sobre todo, la racionalidad técnica de los medios instrumentales empleados son rasgos característicos y propios de las formas novedosas de los genocidios del siglo XX, en principio, en nuestro país las víctimas no formaban un grupo cultural o políticamente homogéneo, aunque quedaran unificadas bajo la figura desmedida de la "subversión". Además, las víctimas fueron, mayormente, las buscadas, y lo fueron por lo que hacían o por lo que se creía que hacían, por lo que habían hecho o podían hacer; por lo que pensaban o se creía que pensaban. Y si bien hubo miles de asesinatos también hubo muchos que no fueron exterminados, incluyendo los que pudieron salvarse mediante una colaboración real o fingida.

Aunque el derecho penal internacional no es un terreno decisivo para

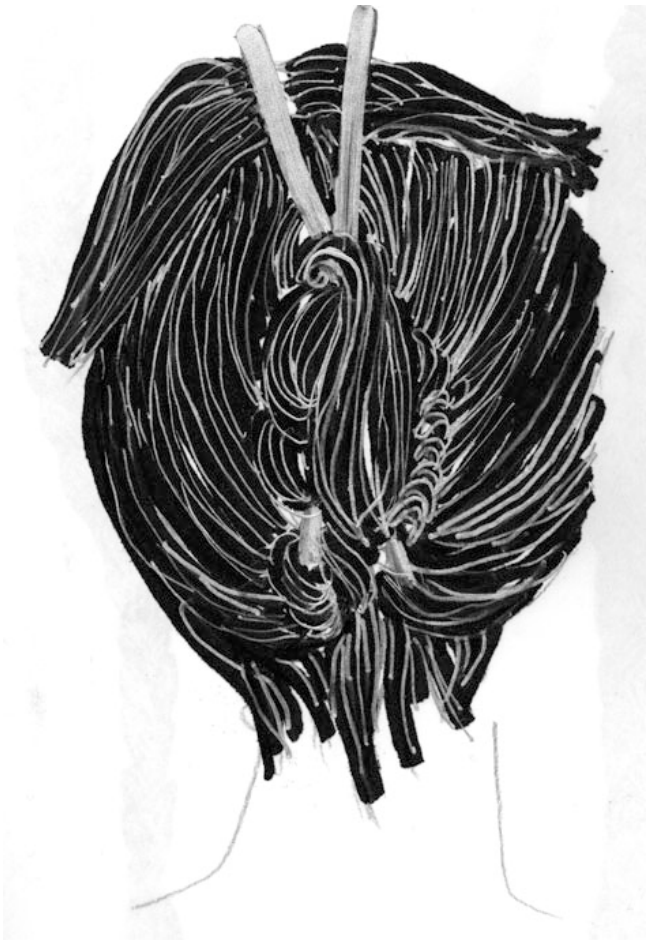
3. En Prudencio García, *El dilema de la autonomía militar. Argentina bajo las Juntas Militares*, Madrid, Alianza, 1995, p. 217, bastardillas del autor citado; corresponde a una entrevista del 4 de abril de 1990.

4. Christian Delacampagne, *La banalización del mal. Acerca de la indiferencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

el análisis que propongo, vale la pena recordar que el uso de la categoría de "genocidio" no es determinante para la calificación de los crímenes de la dictadura. En efecto, dice el juez Gabriel Cavallo en su reciente fallo, en lo que respecta a las nociones de "crímenes contra la humanidad" y "genocidio": "Aunque no siempre los contornos de esas figuras aparecen claramente determinados en los diversos instrumentos en las que han sido incluidas, está claro desde la Segunda Guerra Mundial que el asesinato, el secuestro, la tortura, los tratos crueles e inhumanos, perpetrados a gran escala y de acuerdo a un plan sistemático o preconcebido y llevado a cabo por funcionarios estatales y/o con aquiescencia estatal son 'crímenes contra la humanidad', esto es, 'crímenes de derecho internacional'." Más adelante: afirma que "La efectiva verificación de estar frente a hechos que constituyen 'crímenes contra la humanidad' (y por lo tanto, 'crímenes contra el derecho de gentes') resta valor práctico, en el presente caso, a la discusión que podría plantearse respecto del alcance del concepto de 'genocidio' en punto a si abarca hechos que, como el presente caso, aparecen cometidos por motivos 'políticos'." En efecto, en el momento de firmarse la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio (1948), se decidió excluir expresamente a los "grupos políticos" de los que podrían ser objeto de este tipo de delitos. A partir de esta limitación se instaló un desacuerdo doctrinario: algunos consideran a los crímenes masivos perpetrados por motivos políticos, lisa y llanamente, "crímenes contra la humanidad"; otros interpretan que los "grupos políticos" están comprendidos en la expresión "grupo nacional", contemplada en la Convención, y aplican consiguientemente la calificación de "genocidio". Esta es la interpretación aplicada por los tribunales españoles. El dictamen del juez Cavallo, por su parte, es muy claro y considera que la aplicación del concepto de genocidio "no es determinante en el caso desde el momento en que está claro que las conductas en examen son 'crímenes contra la humanidad' y, por lo tanto, 'crímenes contra el derecho de gentes'."[5]

Por mi parte creo preferible, para el caso argentino, emplear el término *masacre* o hablar de plan de exterminio y destacar el carácter político de un acontecimiento situado en un marco de conflictos que no puede ser razonablemente abordado si no se consideran las condiciones que lo produjeron, incluso lo hicieron demasiado fácil. Y entre las *responsabilidades criminales* que han quedado, en general, debidamente establecidas en la justicia y las *responsabilidades morales*, que caen sobre una gran parte de la sociedad que brindó su consentimiento, hay que situar las responsabilidades políticas que involucran no sólo los apoyos, complicidades y adhesiones entusiastas de los fundamentalistas del orden y la restauración conservadora, sino también a una izquierda insurgente que saludaba la irrupción dictatorial como un paso hacia la confrontación final en el asalto al poder. Y que había contribuido a ella mediante una campaña de provocación terrorista contra oficiales de las fuerzas armadas, que finalmente no hizo más que favorecer una revancha corporativa brutal y desmesurada. En verdad, casi en lo único en que las fuerzas armadas estuvieron de acuerdo y actuaron como una maquinaria relativamente organizada fue en la llamada "guerra contra la subversión".

No voy a avanzar más en un terreno que evidentemente pone en juego problemas que deberán quedar abiertos por mucho tiempo. Es claro que la provocación terrorista de izquierda no aporta una explicación última del golpe que requirió de una doctrina y una metodología preparadas desde mucho antes. Sólo quiero destacar que la significación compacta del "genocidio" económico simplifica ese pasado y obtura una recuperación capaz de reconocer las condiciones y la naturaleza



5. *Página/12, El fallo que anuló la obediencia debida y el punto final*, Suplemento especial , 12/03/01, pp. 12 y 15).

del terrorismo de estado. Todas las evidencias señalan que no había ningún "plan económico" que unificara a las diversas armas, facciones y grupos dentro del conglomerado militar; y los diversos planes políticos, aun la aventura de las Malvinas, mostraban fracturas internas que, como es sabido, a menudo se dirimían mediante acciones terroristas. Por supuesto que hubo consecuencias perdurables en el terreno de la economía, incluyendo un proceso de aguda reestructuración y de concentración que impuso nuevos vencedores y el problema de la deuda. Lo que no se justifica es proponer que la masacre política fue una condición necesaria y orientada, en última instancia, a ese fin. Con ello se arrasa con la dimensión propiamente política del programa dictatorial, que partía, en todo caso, de una visión desquiciada de los conflictos en la sociedad argentina y en el mundo y revestía esa revancha social y corporativa con la aureola de una cruzada por los valores de Occidente en una guerra mundial contra el comunismo.

Es claro que la dictadura no fue "neutra" en materia de política económica e incorporó una buena parte del *establishment* conservador neoliberal y de la dirigencia económica; tanto como que los tecnócratas y el poder económico al cual servían operaban dominados por la búsqueda de beneficios más tangibles que esa guerra por la fe. Pero modelos económicos similares han sido implantados en otros países de América Latina y el mundo sin un costo equivalente en vidas y en la degradación política y moral del estado y la sociedad. Finalmente, el argumento que pone la masacre como condición necesaria de los cambios en la economía presupone en verdad la idea de una excepcionalidad argentina y parece admitir que la intensidad y la violencia de la oposición social y política, incluyendo los grupos de la guerrilla urbana, eran de tal magnitud que requerían de la intervención militar y la masacre para ser derrotadas. Pero esa era justamente la visión de la "guerra" y la inminencia del asalto al poder, en fin, el fantasma de la "situación revolucionaria", que de algún modo compartían sectores de la izquierda radicalizada con el núcleo más recalcitrante de los exponentes y ejecutores de la empresa "contrarrevolucionaria". Trato, entonces, de destacar la significación política de la tragedia de los "desaparecidos", algo que puede perderse con la figura del "genocidio", en la que la suerte de las víctimas aparece simplemente sometida a los designios criminales de los poderosos y al margen de los graves conflictos de la sociedad. En todo caso, querría proponer una posición más precavida, distanciada frente a una visión que concibe el ciclo del terrorismo de estado como un mal ajeno y externo, como un accidente recaído sobre una sociedad y un campo político (que, obviamente, incluye a la izquierda) básicamente ajenos a la escalada de violencia e ilegalidad que arrasaba instituciones y tradiciones.

El presente

La aplicación del término "genocidio" a los crímenes de la dictadura admite alguna justificación si, como dije, se destaca el carácter estatal, sistemático del plan de exterminio. En cambio, sin duda, carece de sustento el uso que se refiere a las consecuencias presentes de la política económica. La aplicación indistinta e indiscriminada del "genocidio" a los efectos de pobreza, marginación y violencia estructural conduce a una trivialización de la masacre y del entero proceso de criminalización del estado perpetrados por la dictadura militar. Es fácil advertir que una extensión tal del término no sirve ni para pensar ese pasado (sobre todo el carácter único, en un sentido, de la tragedia de los desaparecidos), ni obviamente sirve para entender la naturaleza de la crisis actual, que también tiene, probablemente, un carácter único pero que ni puede simplemente igualarse con esa imagen de continuidad ni, mucho menos, puede atribuirse directamente a las consecuencias y efectos de la dictadura de 1976.

Ahora bien, si se admite el carácter significativo, "sintomático", de esa visión aplanada del pasado sobre el presente, no alcanza con señalar que es errónea. Igualmente importante es interrogarla para descubrir su sentido y dar cuenta de las condiciones que la hacen posible.

Primero. Hay que admitir que en esa imagen de continuidad se exponen *los fracasos de la democracia*. Es el proyecto mismo nacido en 1983, de creciente igualdad política y social y de expansión de las libertades y los derechos el que aparece seriamente comprometido. Esa promesa de grandes cambios tuvo una expresión política clave en la significación de los derechos humanos como realización de la justicia. Si se podía, con las conocidas dificultades pero con el apoyo de la sociedad, intervenir contra las fuerzas otrora todopoderosas del terror ¿cómo no se podrían reformar otros poderes fácticos? Y más allá de las circunstancias desfavorables para esas esperanzas, todavía era posible volver sobre ellas para reactivarlas; en particular volver sobre ese verdadero mito fundador de la democracia que fue el Juicio a las Juntas, recuperado cada vez que un juez, en la Argentina o en el exterior, se impone con la sola fuerza de la ley. En el terreno político, no hace falta decir que para muchos las expectativas despertadas por la Alianza y, en particular, por el acceso del Frepaso a responsabilidades de gobierno, revivían las promesas de ese nuevo punto de partida en la justicia y la igualdad.

Pero frente a la brecha que se amplía entre la economía y la política, frente al crecimento de la desigualdad y la disgregación social, en fin, frente a la ceguera y la negligencia irresponsable (cuando no las complicidades) que han defraudado una y otra vez las expectativas de cambio, no puede extrañar que el desencanto y la incertidumbre en el presente y futuro operen diluyendo ese corte que se situaba en el nacimiento de la democracia. Lo que no hace sino confirmar que los sentidos del pasado se abren desde las expectativas hacia el futuro. Y en este punto hay que reconocer la cuota de responsabilidad de las dirigencias políticas, en particular de las formaciones progresistas, en un fracaso que parece arrojado hacia atrás, como un manto negro, sobre el lapso entero de la "transición". En todo caso, en el

consiguiente borramiento de la problemática de los derechos civiles y las libertades públicas hay que anotar la vergonzante posición del gobierno (más preocupado por los signos del malestar en las fuerzas armadas) y la ausencia de la oposición justicialista, es decir, la impotencia o la imposibilidad de un pronunciamiento sobre la significación del aniversario frente a la crisis presente, en fin, la incapacidad de reavivar alguna inspiración democrática frente a la hecatombe de los mercados y el paisaje extendido de la miseria.

Es claro, como lo expone Beatriz Sarlo en estas mismas páginas, que en las condiciones extremas de necesidad que afectan a millones de argentinos no hay ciudadanía y consiguientemente, no hay espacio para una política que, simplemente, ponga a los derechos y las libertades en el puesto de mando. Más aun, si alguien mira el pasado desde la sola óptica del estado de extrema necesidad puede fácilmente concluir que la dictadura, que no produjo desocupación, proporcionaba, frente a las incertidumbres inmediatas, para muchos, un medio social más seguro y confiable. Y en esa dirección, no se puede dejar de ver que la dualización y la fragmentación del tejido social amenazan con acentuar y consolidar algo que, en verdad, estuvo siempre presente: la preocupación por los derechos humanos como un rasgo propio de las capas medias ilustradas. ¿Hay que concluir que se trata de un ciclo cerrado y liquidado?

Y sin embargo, varias de las entidades de los derechos humanos, notoriamente el CELS y las Abuelas, han sido capaces de operar con eficacia en ese terreno que reúne a la política con las garantías del estado de derecho. Veamos un ejemplo. Es claro que tanto el oficialismo como la oposición justicialista (que antes fue oficialismo) dan sustento, en general, a la política económica que el slogan hace equiparable a los crímenes de la dictadura. Ahora bien, ¿cómo se puede llevar adelante la campaña por la derogación de las leyes de obediencia debida y punto final, a partir del importantísimo dictamen del juez Gabriel Cavallo, tal como lo propone el CELS, si al mismo tiempo se califica en bloque a los legisladores que podrían hacerse eco de esa iniciativa de ser responsables de la continuidad de un "genocidio"? ¿Hay que concluir en una suerte de disociación entre una consigna para las masas (para las que, según una visión muy arraigada, se requieren imágenes fuertes y fórmulas simples) y análisis más matizados y elaborados de quienes gestionan y producen inicitivas en el ámbito político y judicial?

En fin, aun admitiendo el peso de la desesperanza y el cierre de las expectativas de cambio político y social, no hay justificación para que una dirigencia que ha construido los derechos humanos como una dimensión fundamental de la agenda pública democrática, consienta en esa reduccción simplificadora y aplanada sobre el mapa social de la miseria. Y no deja de ser una incógnita esa visión que parece renegar de la propia tradición que ha cimentado el prestigio y el capital político y moral de los organismos. Para ser claro: una cosa es proponer que la causa de los derechos humanos debe incluir en su horizonte los efectos sociales de la exclusión y la desigualdad, otra muy distinta es medir la eficacia del movimiento de derechos humanos por su capacidad para liderar la lucha contra los poderes económicos y derrotar la miseria y la exclusión; porque esto último es lo mismo que poner una lápida sobre lo que ha sido capaz de producir a lo largo de tres décadas. En último término, es la perspectiva misma de una p*olítica de derechos humanos* la que queda afectada en esa visión que reemplaza el pensamiento y el programa por la radicalidad de las consignas, tanto más intransigentes y estridentes cuanto más impermeables al análisis de la experiencia.

Segundo. Al mismo tiempo, es imposible desconocer que cualquier análisis de la cuestión se topa con el problema del paisaje ideológico de la izquierda en la Argentina. En principio, hay que señalar que el sentido común izquierdista (o sea, infantil) que se expresa en la épica del combate permanente contra el poder económico no es, obviamente, una respuesa reciente a la crisis social y los fracasos del reformismo, aun cuando pueda encontrar en esa crisis y en esos fracasos condiciones más favorables para extenderse. Un izquierdismo esclerosado y políticamente marginal, que se mostró incapaz de advertir lo que cambiaba en la Argentina y en el mundo en los últimos veinte o treinta años y que padece de una ceguera incurable frente a su propio pasado, tenía ya, en 1983, la idea de la continuidad de un mismo combate, idea enteramente análoga a la que podían exponer los personeros de la dictadura cuando consideraban que el Juicio era la continuidad de la guerra. Es claro que esa radicalización ideológica no estuvo en los comienzos del pensamiento y la acción del movimiento de derechos humanos. Tanto como que un núcleo central de la fractura ocurrida en las Madres de Plaza de Mayo radicó justamente en la cuestión de la posición frente a las instituciones de la democracia. Y el sector liderado por Hebe de Bonafini, que extiende su influencia más allá de las Madres y congrega un conjunto de intelectuales y de pequeños grupos radicalizados, ha sido el exponente mayor de un izquierdismo limitado, reiterativo y marginal frente a las iniciativas judiciales y políticas relativamente más consensuales del movimiento.

Sin embargo, si volvemos al 24 de marzo pasado, la radicalidad sin mediaciones del grupo autoexcluido parece haber dominado en el discurso que justificaba la convocatoria mayor. Que el prestigio y el capital moral y político de las luchadoras por los derechos humanos no se transfiere sin más por la afiliación a una izquierda políticamente insignificante es algo que quedó demostrado en el pasado con la inclusión de Catalina Guagnini en las listas del Partido Obrero: el grupo de izquierda no incrementó sus votos y seguramente para mucha gente que no estaba dispuesta a votarla, ella mantenía una amplia estima y reconocimiento por su labor en el movimiento. No quiero abundar sobre esto: sólo destacar que si la causa de los derechos humanos es política de cabo a rabo lo es en una relación necesaria a la dimensión de las libertades civiles y políticas y la consolidación del esta-

do de derecho, algo que no se compagina bien ni se integra fácilmente con el imaginario de la épica política del conglomerado izquierdista que confunde la creciente radicalidad en la escalada de las consignas con alguna forma activa y eficaz de intervención en la escena política pública.

Ahora bien, ¿por qué un movimiento que ha sido tan importante en la derrota política y moral de la dictadura y en la recuperación de un fundamento esencial del proyecto democrático, puede aparecer sujeto al corset ideológico de grupos minúsculos, aislados de la sociedad y condenados a una dinámica de secta? Y si es posible dar por descontado que son muchos los que no comparten esa reducción de la memoria pública (que finalmente socava el sentido mismo de una tradición democrática y pluralista de defensa de derechos y libertades), tanto entre los dirigentes como entre intelectuales que han acompañado al movimiento ¿por qué casi nadie ha salido a exponer un punto de vista diferente? Para ser justos, los rituales de la movilización refleja y autosuficiente han sido puestos en cuestión por una intervención pública proveniente de la izquierda intelectual. Me refiero a la nota publicada en *Página/12* por Blas de Santos en la que se planteaba si no había llegado el momento de faltar a una cita meramente rutinaria con la Plaza.[6] Y es claro que el cuestionamiento a una gimnasia de movilización dominada por el "automatismo masivo" y las certezas autorreferenciales se refiere, necesariamente, a la cuestión más general de la izquierda y a su papel profundamente *conservador* en la casi única escena (si se omiten las acciones en algunos recintos universitarios que tienen un sentido casi únicamente corporativo) en la que mantienen una capacidad de presencia pública.

Ante todo, la intervención de Blas de Santos tiene el mérito de buscar un debate allí donde para cierto consenso instalado en un amplio espectro, de la izquierda al "progresismo", sólo cabe la unanimidad de los rituales y del reconocimiento recíproco. Que la iniciativa, dirigida a ese mismo espacio ideológico y cultural, estaba destinada al fracaso es algo que queda en evidencia por la única respuesta que obtuvo: una "apología de la Plaza", en la que se reunía una buena parte del *establishment* permanente de la izquierda mediática para decir, simplemente, que allí no habia nada que discutir ni sobre las formas de la celebración ni, lo que es más grave, sobre la significación de ese pasado y el modo en que la experiencia de la izquierda podría ser revisada e interrogada.[7] Pero lo más importante de aquella incitación se refiere a los problemas de una *política de la memoria* que no renuncie a algo que de Santos enuncia con un término freudiano, la "verdad histórica", y que puede ser entendido, a mi juicio, como el correlato de una práctica intelectual que incluya una flexión ética y sea a la vez capaz de incluir la propia experiencia de la izquierda en el balance de la catástrofe nacional llevada al paroxismo en 1976.

A partir de lo expuesto, hay dos núcleos de problemas muy diversos para una política pública de la memoria, que en la Argentina ha encontrado un espacio fundamental en la resistencia y el testimonio, la voluntad de verdad y la búsqueda de justicia frente al abismo de degradación política y moral desencadenado por el terrorismo de estado. Por una parte, desde los días finales de la dictadura, a partir del papel cumplido por la cuestión de los derechos humanos en la reconstrucción de la esfera pública, la liquidación del discurso de la guerra y el recambio institucional, es evidente que esa causa ha quedado inevitablemente atada al proyecto posible de una generalización de los valores republicanos y las formas institucionales de la democracia. Y en la medida en que el paisaje de la miseria y la exclusión social golpea y socava ese ideal de equidad y expansión de derechos y obligaciones en una comunidad de ciudadanos, en la medida en que se profundiza la brecha que separa y condena a un vasto sector de la sociedad a condiciones de emergencia vital y social, es claro que la cuestión de los derechos humanos amenaza con quedar debilitada, afectada básicamente por una división social que parece convertirla en una cuestión sólo importante para una minoría ideológica o cultural. Y frente al riesgo de un aislamiento, que llevaría a la insignificancia antes que a la desaparición de la escena pública, emerge el otro núcleo de problemas ya señalado: la impregnación por un sectarismo propio de la radicalización izquierdista, encerrada en sus propias certezas y en sus propios combates, en los que el fundamento mítico no deja de coexistir con un papel nefasto que promueve la agudización de los conflictos sin ninguna búsqueda de un cauce institucional y que puede llegar al desatino irresponsable de saludar en la escena desesperada de los piqueteros no sé qué vanguardia de la acción insurreccional.

Un análisis, entonces, de cierto estado de la memoria y la deliberación públicas a propósito del aniversario de la dictadura (necesariamente unilateral en la medida en que deja fuera otros pronunciamientos públicos en los medios) ofrece un cuadro de dificultades que no da lugar a las apreciaciones triunfalistas que traducen la masividad de la convocatoria en términos de vigencia y eficacia de una acción y un discurso públicos capaces de enfrentar los graves desafíos del presente. Una cosa es segura: la causa misma de los derechos humanos en la Argentina, su fuerza y su permanencia, ha quedado indisolublemente unida a la profundidad y la radicalidad de la conmoción colectiva producida por el terrorismo de estado; hay, en ese sentido, un antes y un después. Y en ese carácter inevitablemente reactivo, defensivo si se quiere, frente a la enormidad de los crímenes y la deuda moral con las víctimas, radica la vigencia del pacto que se implantó en la sociedad, en el nacimiento de la democracia, plasmado en la consigna *Nunca más*. Nada está escrito, no hay garantías para el futuro. Pero, en todo caso, si hay un futuro para el proyecto de una república orientada a la realización de la igualdad y la justicia, hay una memoria fundamental de ese origen que no debe ser relegada o confundida.

Junio de 2001

6. Blas de Santos, "Nos habíamos amado tanto...nos seguimos amando demasiado", *Página/12*, marzo 23, 2001.
7. Horacio González, León Rozitchner, Eduardo Grüner y Osvaldo Bayer, "Apología de la Plaza", *Página/12*, marzo 30, 2001.

Buenos Aires: para una agenda política de reformas urbanas

Adrián Gorelik

La Alianza gobierna en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires desde 2000 sin conflictos internos aparentes. No recibió el gobierno de manos opositoras que lo dejaran exhausto con fines inconfesables, sino de su fracción más importante, el radicalismo, que en los últimos tiempos de su gestión ya había incorporado a su gabinete a políticos de la coalición y que presentaba como su principal logro el saneamiento de las cuentas fiscales. Por añadidura, aquel jefe de gobierno es hoy presidente de la nación, y el actual es la única figura expectable que quedó de la otra fracción principal de la coalición, el Frepaso. Y gobierna con una Constitución que fue forjada a imagen y semejanza de la Alianza, en una Asamblea que estuvo completamente dominada por sus dos (en aquel tiempo futuros) socios. Pues bien, ¿está llevando adelante un proceso de reformas que permita renovar la esperanza de quienes la apoyaron y asentar una esperanza mayor? Para intentar cualquier balance es importante colocar esta pregunta junto con aquellos datos tan obvios, porque la crisis política y económica general puede hacernos olvidar que Buenos Aires debe ser juzgada de modo diferente.

Desde ya que no es difícil ser sensible a cuestiones muy evidentes en la comparación con el gobierno nacional, como el hecho de que no le conozcamos los hijos al jefe de gobierno de la ciudad, no se rodee de publicistas ni de dinosaurios y se pronuncie por lo general en términos progresistas y sensatos. Su paso por Italia para atestiguar en la causa por los derechos humanos, su insistencia en algunas medidas imprescindibles pero de fuerte resistencia en los medios y en franjas importantes de la sociedad, como las multas de tránsito, el apoyo a la consolidación de la Villa de Retiro o a los aspectos más avanzados del Código de Convivencia, y su énfasis en la necesidad de un giro de las políticas públicas hacia la zona más necesitada de la ciudad, el sur, son todos aspectos que marcan una diferencia importante. Sin embargo, aquí es donde de nuevo deben establecerse reparos en función de las peculiaridades del distrito: no hay que olvidarse de que Buenos Aires es la ciudad donde nació la necesidad de construir un proyecto alternativo al menemismo y donde nació la fuerza que por unos años mejor lo encarnó, el Frepaso; donde más energías sociales y culturales se canalizaron hacia las promesas de cambio y donde la situación económico-social no padece la asfixia que, en el resto del país, opera como chantaje objetivo ante cualquier idea de reforma. Esto genera una paradoja, ya que el hecho de que Buenos Aires sea todavía este ámbito relativamente privilegiado produce dos situaciones simultáneas: no es difícil mostrar un

buen gobierno (es decir, administrar la ciudad sin afectar demasiado la vida cotidiana de sus habitantes: y también conviene recordar, aunque ya parezca mentira, que el propio De la Rúa consiguió en esta ciudad, para una parte considerable de la sociedad, la imagen de buen gobernante), pero, por eso mismo, no aparece la necesidad, ni para el gobierno ni para la sociedad, de una política de reformas para la que, sin embargo, la ciudad estaría en tan buena posición.

La misma situación paradójica explica que incluso nosotros, a la hora de escribir estas notas, no podamos dejar de preguntarnos si no será secundario ocuparse de los problemas de esta ciudad en el marco de la crisis social, económica y política nacional. Lo que demuestra que esa paradoja tiende a derivar no sólo en la postergación de toda política de reformas, sino de la misma reflexión que debería conducir a ella. Conviene, por ello, recordar algo que en los días de la Convención Estatuyente de la ciudad estuvo presente en las representaciones sociales y políticas, pero que desde entonces se fue desvaneciendo: la ciudad, de acuerdo a lo que muestra la experiencia internacional de las últimas décadas, es el ámbito ideal para la construcción y el fortalecimiento de alternativas políticas y de gestión socialmente incluyentes e innovadoras; y esta ciudad en particular, justamente por su situación privilegiada y por su peso simbólico en el escenario nacional, es un territorio ideal para realizar ensayos reformistas con capacidad de expandirse como alternativas a la crisis en el resto del país. El propio desvanecimiento de esa certidumbre debería ser motivo de reflexión, ya que no creo que sea posible atribuirlo sencillamente a la declinación general de la situación y de las expectativas. La proverbial negativa del Frepaso a consolidar en la ciudad un polo de experiencia y fortalecimiento de propuestas políticas y de gestión, prefiriendo la más rápida proyección nacional que permitía la misma escena de la ciudad (especialmente, los medios de comunicación), podría verse como uno de los factores activos en ese desvanecimiento, y debería considerarse como momento fundamental en la frustración de las promesas que portó como movimiento político renovador (todavía hoy, cualquier referencia positiva a Aníbal Ibarra parece vincularse al hecho de si logra o no proyectarse en la escena nacional). Y debería ser una nota de advertencia (una más) para toda nueva propuesta de construcción de alternativas reformistas que puedan formularse en Buenos Aires.

En función de ello, propongo el análisis de cuatro cuestiones para el bosquejo de un diagnóstico: la cuestión de la infraestructura de servicios, la cuestión del sur, la cuestión metropolitana y la cuestión de las ideas urbanísticas. Son cuestiones propiamente "urbanas", que no agotan la problemática de la ciudad: no incluyen aspectos muy centrales de un gobierno ciudadano, como las políticas educativas y culturales, las políticas sanitarias o sociales, etc., etc. Pero creo que, con sus limitaciones, son indispensables para la constitución de una agenda política para Buenos Aires, porque son el basamento más propiamente urbano sobre el cual apoyar cualquier proyecto global para la ciudad. También la experiencia internacional demuestra que los gobiernos ciudadanos renovadores son los que han sabido articular políticamente las cuestiones urbanas, mientras que en Buenos Aires siguen apareciendo como cuestiones "técnicas"; así como la educación o la salud son componentes habituales de los discursos de la política, todavía no ha surgido el núcleo de dirigentes locales que pueda construir horizontes políticos con la materia que ofrece la propia ciudad.

Así se configura un escenario en el que no sorprende que la gestión aliancista haya mantenido la visión administrativista del gobierno, con todos los límites del viejo gobierno municipal, carente de una visión política global de los problemas urbanos. La estructura del gobierno mantiene en lo esencial el tradicional esquema de secretarías parceladas de acuerdo con los diferentes intereses sectoriales y partidarios que contiene en su interior, lo que reproduce la proverbial competencia entre políticas que deberían pensarse como acciones unitarias, y que devuelve como en espejo una visión parcelaria de la sociedad urbana como agregado simple de intereses en competencia (y a este efecto va a contribuir también el proceso de descentralización, entendido como la puja por las fracciones territoriales del poder urbano).

Un esquema parcelado que explica, a su vez, la continuidad del equipo de la Secretaría de Planeamiento del gobierno anterior, cuando su principal y reconocido éxito había sido ampliar el sistema de negocios urbanos —que tradicionalmente se restringía a la Secretaría de Obras Públicas— e incorporar a través de ellos a las principales entidades profesionales y académicas (básicamente, la Sociedad Central de Arquitectos y la Facultad de Arquitectura de la UBA) como agentes activos de la propaganda oficial, con lo que ha logrado un segundo éxito: disolver en su propio nacimiento todo atisbo de debate público-profesional, imprescindible para la construcción de los temas urbanos como temas políticos. Uno de los efectos del cuadro resultante es que se llame con gran despliegue publicitario a concurso público de ideas arquitectónicas para realizar un gran parque sobre las vías del Ferrocarril Sarmiento en Caballito, cuando las áreas del mismo gobierno involucradas en los complejísimos aspectos institucionales y estructurales que supondría esa transformación del ferrocarril (privado, por añadidura, y cuyos terrenos residuales están en la órbita del gobierno nacional) no tienen definidos sus planes. Por lo que, en realidad, todos saben que del conjunto del proyecto concursado sólo se van a poder realizar algunos pequeños fragmentos de espacios verdes (cosa que, en sí, no estaría nada mal, aunque no necesitaría tanto despliegue), con lo cual todo el concurso se convierte en un gran juego de autoengaños e hipocresías.

Pero, especialmente, esta desarticulación entre ciudad y política creo que es una de las explicaciones del discurso triunfalista de la gestión, que se empecina en presentar a Buenos Aires como una ciudad (exitosa) del primer mundo, obstáculo principal para la emergencia del nuevo escenario po-

lítico porque se impide la formulación de un diagnóstico certero sobre la situación de la ciudad y, por lo tanto, la construcción de consensos para decisiones complejas de larga duración. Se trata de un principio de negación que vamos a ver funcionando en todas las dimensiones que analizaremos, pero en general opera presentando como alteraciones pasajeras de la normalidad, facetas de la ciudad cada vez más constantes y cotidianas, desde las inundaciones hasta la crisis habitacional. Por supuesto que no es ésta la posición de los funcionarios de muchas áreas de gobierno abocados con esfuerzo a esos problemas; pero en esto también el gobierno aliancista continúa una larga tradición municipal: sostener una "mano izquierda" del estado, con discurso legítimo pero recursos más que insuficientes. Tampoco a la sociedad le gusta reconocerse en una ciudad que pierde día a día sus antiguas ventajas, y por eso no se contradicen las representaciones triunfalistas que sirven de espejo a la siempre renovada ilusión de la excepcionalidad porteña. Como dijimos, esta ciudad sigue siendo excepcional en el contexto nacional y regional, pero eso no impide que en esta última década ya se haya convertido en una ciudad con un diagnóstico típico del tercer mundo: bolsones de riqueza privada y una extendida pobreza e incapacidad públicas. Aceptar la pobreza significaría ser mucho más eficaces y mucho más cuidadosos con el patrimonio público (urbano, social y cultural), incluso para reaprovechar las potencialidades que anidan en la (relativa) excepcionalidad. Un cambio de actitud del cual el principal responsable es el gobierno, para producir las metas y los proyectos capaces de comprometer a sectores importantes de la ciudadanía en una empresa común que tienda, a muy largo plazo, a revertir esta situación.

Infraestructura y modernización

La cuestión de la infraestructura permite enunciar un segundo principio que podemos ver funcionando en todas las otras dimensiones de la vida urbana: el principio de la *modernización de superficie*. Lévi-Strauss señaló en *Tristes trópicos* que las ciudades americanas pasan directamente de la lozanía a la decrepitud sin haber sido nunca antiguas. Como la juventud y la novedad son su único valor, deben renovarse a perpetuidad con la misma ligereza con que se levantaron; pero por eso mismo es siempre una renovación superficial, que agrega capas y capas de lo último apresuradamente (ya que lo último tarda muy poco en dejar de serlo), sin tiempo (sin dinero, sin energías sociales o políticas) para reparar lo que no se ve, para fundar bases más sólidas, para prepararse para el paso del tiempo. Creo que esa cualidad de la modernidad americana permite hoy entender buena parte de los problemas de infraestructura de Buenos Aires, aunque en algunos momentos de su historia pareció que esta ciudad había optado por otros caminos; al menos si se piensa que el trazado sanitario que se inició después de la epidemia de fiebre amarilla de 1871 fue pionero en todo el mundo (y esa era la otra cara posible de la modernidad americana: la ausencia de obstáculos para emprender lo radicalmente nuevo). Una cualidad a la que se le podría dar la forma de una ecuación. Buenos Aires, en la última mitad del siglo, ha venido teniendo oleadas de modernización de superficie (edificios de propiedad horizontal y avenidas en los sesenta; torres y autopistas en los setenta; shoppings y lofts en los ochenta; Puerto Madero, "torres country" y autopistas en los noventa), mientras usufructuaba irresponsablemente hasta el agotamiento la infraestructura instalada en profundidad entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, ampliada y actualizada en la década de 1930. Las ciudades europeas, en cambio, se han venido modernizando en profundidad (desde ya, en el subsuelo, pero más en general en todo lo que hace a infraestructuras: transporte, provisión de servicios y nuevas tecnologías), mientras que en la superficie han comenzado a capitalizar, especialmente en las dos últimas décadas, el valor de antigüedad mediante la recuperación y, más todavía, la reinvención, de aspectos de la ciudad tradicional.

No es solamente un efecto escenográfico para contentar (e incrementar) el turismo, aunque ese objetivo existe. Es, sobre todo, que *en la superficie* se libran las luchas por humanizar la ciudad, por conquistar sus espacios públicos para la vida social y cultural (pero también económica), mientras que *en la profundidad* es donde las ciudades se juegan su inserción en los mercados globalizados; también en lo que hace a los servicios destinados a su población, ya que no se puede competir en esos mercados sin habitantes plenamente integrados (es decir, sin ciudadanos). Por supuesto, modernizando en la superficie se invierte poco y se gana mucho: es un tipo de modernización ideal para el modo en que operan los intereses privados en la ciudad (aunque también el poder público encuentra rédito en las imágenes de superficie). En cambio, modernizar en profundidad supone una alta inversión de muy lenta recuperación: por ello es una tarea emprendida en general por el estado, una institución que podría definirse, entre muchas maneras, como la única que posibilita una estimación social de la necesidad de las inversiones y de su tiempo de recuperación. La existencia solitaria del modelo de modernización de superficie es una muestra más, hoy, en Buenos Aires, de la retirada del estado —y, a diferencia de otras ciudades americanas, que se haya retirado quiere decir que alguna vez estuvo.

La situación de la red de infraestructura sanitaria es un buen ejemplo. Hasta ahora, el gobierno aliancista ha continuado con la proverbial tarea de sus predecesores: prometer transformaciones radicales mientras se dedica a emparchar una red que está, desde hace años, en situación de colapso, como se hace evidente en las inundaciones cada vez más frecuentes y de cada vez mayores consecuencias. Se trata de una verdadera situación de emergencia a la que nadie quiere darle ese nombre, y aquí vuelve a aparecer el principio de la negación: si las inundaciones no son una catástrofe natural y tienden a agravarse con cada lluvia, ¿cómo puede ser que nunca se haya decretado una emergencia sanitaria para invertir todos los recursos en fun-

ción de un plan de urgencia coherente, consensuado y responsable, que se haga cargo —y le haga tomar conciencia a la sociedad— de la fragilidad sobre la cual está montado todo el funcionamiento metropolitano? Las inundaciones tienen que ver con la desactualización de la infraestrutura proyectada hace décadas para una población y una superficie urbanizada mucho menores. Pero no se trata sólo de inundaciones y del agotamiento de la red de tuberías: es también el sistema cloacal que sigue contaminando el río y encareciendo hasta el absurdo (y amenazando de agotamiento) los sistemas de potabilización del agua que proviene de la misma fuente; es el incremento de los desagües tóxicos por las industrias y los basurales; es la estabilización de la situación siempre provisoria de que más del 60 % de la población del Gran Buenos Aires carezca de cloacas o de servicios de agua adecuados. Esta ciudad sigue funcionando como si no existiese el futuro: nos acordamos de algunos de estos problemas con cada lluvia, pero nadie parece dispuesto a aceptar (menos aún a demandar) las transformaciones drásticas que se requerirían para una emergencia (en términos de inversión y de trastornos). Las siempre crecientes inundaciones del barrio de Belgrano deben ser, en este sentido, el mejor ejemplo de las consecuencias de una modernización de superficie: la sobredensificación irresponsable que se viene produciendo allí desde la aparición de las torres en los años setenta. Y no creo que sea exagerado afirmar que cualquier nueva modernización sobre esta base exhausta sólo puede agudizar su crisis.

En este marco, un dato auspicioso en las políticas del gobierno de la Alianza es la ampliación del trazado de subterráneos, aunque también deben hacerse aquí importantes reparos que el triunfalismo oficial impide abordar. En lo que hace a la prolongación de las líneas existentes, el principal reparo es que viene a cumplir el mismo principio de la modernización de superficie: se está sobreocupando una infraestructura instalada en la primera mitad del siglo sin plantearse su modernización efectiva. Como ya saben todos los usuarios de la línea D, prolongar el recorrido sin una transformación del tamaño de las estaciones (que permita mayor cantidad de gente en los andenes y, sobre todo, la utilización de trenes con más cantidad de vagones), o de la cantidad de vías (que permita la alternancia de trenes rápidos, como en todo sistema metropolitano complejo), le pone un techo muy bajo a la capacidad del subte en términos de frecuencia y cantidad de gente transportada y, por lo tanto, de resolución efectiva de los problemas de tránsito y transporte. En lo que hace a la puesta en marcha de la construcción de la línea H (Pompeya-Retiro), en cambio, debe señalarse un avance importante. Sobre todo si se tiene en cuenta que es la primera línea que se inicia desde la década de 1930, en una metrópoli que entre esa fecha y ahora creció cuatro veces. Pero, también en este caso, es fundamental notar que el problema del transporte es un problema sistémico, que abarca el conjunto metropolitano y que, más aún que inversiones en nuevos medios, requiere de la decisión política para una reorganización radical de los existentes, principalmente los colectivos y los automóviles. Nadie duda de que el subte es un medio de transporte ideal, pero nadie duda tampoco de que, por su elevadísimo costo, no puede ser el eje de una política de transporte, sino apenas un aspecto menor pero muy coordinado en un sistema global, en el que quizás deban incorporarse propuestas mucho más accesibles que comparten algunas de las ventajas del subte, como los tranvías o los carriles exclusivos para un transporte colectivo de avenidas.

Contra el doble obstáculo de la ausencia de una coordinación metropolitana y la ausencia de voluntad política para reorganizar lo existente se han estrellado todos los planes anteriores; y conviene señalar que el último estudio oficial para un Plan de transporte metropolitano sigue siendo el que se realizó a fines de los años sesenta y se publicó en 1973.[1]

El sur como posibilidad

El énfasis en el sur, como objetivo social, político y urbano de la ciudad, es sin duda el principal logro reformista del gobierno. Debe quedar claro que no se trata de un objetivo puramente filantrópico: el sur no sólo es la región más carenciada de la ciudad, sino su gran reserva potencial, en términos de la ciudad autónoma pero también de cualquier estrategia para el área metropolitana. En efecto, el sur de la ciudad debe ser pensado, por su ubicación geográfica y por la subutilización de su infraestructura y su planta edilicia, como el corazón productivo y social para un desarrollo sostenido de la metrópoli: nuevas industrias, nuevas tecnologías, nuevos conjuntos habitacionales, nuevas vías de comunicación y parques que articulen las zonas más populosas de la metrópoli con una excelente posición de llegada a su propio centro. Como se ve, una clave para que la cuestión del sur no sea tratada en términos filantrópicos es que se asuma no como la Cenicienta de Buenos Aires, sino como la vanguardia para una transformación general de su dinámica urbana. Asi fue durante mucho tiempo: frente a la tradicional denuncia por la desatención del sur, es fácil notar en la historia de la ciudad que el poder público buscó hasta los años sesenta preservar una idea de ciudad homogénea para lo que se asignó una tarea de desarrollo en el sur capaz de complementar el mayor desarrollo privado del norte. Esa es una explicación de que el sur tenga la misma base de infraestructura que el resto de la ciudad y de que sea allí donde están la mayor parte de las iniciativas de vivienda pública moderna y la mayor superficie de parques realizados en el siglo XX: el sur funcionó para el poder público como un in-

1. Para analizar las limitaciones actuales en la elaboración de una propuesta de transporte, ver los debates realizados en 1996 y 1997 en el *Foro permanente de transporte*, Centro para la Gestión Urbana, Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires (*Apuntes*: Serie Transportes Nº 1 y Nº 2), y el exhaustivo análisis coordinado por Juan Manuel Borthagaray en *Apuntes para un diagnóstico del transporte en el Área Metropolitana de Buenos Aires*, Instituo Superior de Urbanismo, UBA, Buenos Aires, 2000, que realiza una serie de entrevistas a buena parte de los especialistas y los actores intervinientes en la gestión de los diferentes modos de transporte de la región.

menso territorio de experimentación social y urbana.

También por esa idea de potencial urbano hubiese sido tanto mejor el desarrollo de un Proyecto Constitución en lugar del Proyecto Retiro. Sobre todo si se piensa que, por una parte, Constitución tiene mayor movimiento de pasajeros que Retiro, es decir, es un foco del sistema de transporte mucho más conflictivo y que necesita una solución estructural más urgente; al mismo tiempo que esa zona tiene mucha más necesidad de ser dinamizada. Y, por otra parte, si se piensa la estratégica colocación de Constitución en relación a las salidas de la ciudad, en un nudo existente de autopistas que permitirían una organización del transporte automotor de media y larga distancia mucho más racional que Retiro. Por esta misma capacidad del sur es que fue también mucho mejor la propuesta alternativa "Des-límites" para el Proyecto Olímpico en el corredor del Riachuelo-Matanzas, presentada por un equipo germano-argentino dirigido por el arquitecto berlinés Mathias Sauerbruch, que proponía invertir el rol histórico del río como tapón de toda la zona para capitalizar sus posibilidades de conexión y sus cualidades como cuña verde-recreativa metropolitana, frente al proyecto oficial a todo lo largo de la costa norte, cuyo principal mérito era aprovechar (y reproducir) el circuito de riqueza ya existente en la ciudad. Por eso también, finalmente, es importante que el Aeroparque se traslade a Ezeiza, porque implicaría dinamizar la zona sur, modernizando el acceso ferroviario en todo el eje sur-suroeste (el tendido proyectado de un ramal eléctrico Constitución-Ezeiza prologando la línea Belgrano).

A pesar de que estas estrategias generales para la ciudad no están operando con coherencia, el gobierno aliancista buscó revertir la tendencia de las últimas décadas tomando una decisión de gran impacto: la formación de la Corporación del Sur. Como se sabe, el nombre lo tomó de la experiencia de Puerto Madero, y en eso también fue un acierto, ya que la formación de una Corporación fue la principal virtud de la iniciativa del Puerto: la aplicación de una forma institucional público-privada que permitió destrabar la maraña de jurisdicciones que habían impedido en el Puerto toda reforma durante décadas, constituyendo una autoridad con amplia capacidad de maniobra para imponer políticas y capitalizar sus resultados. ¿Pero funciona de ese modo la Corporación del Sur? En principio, no tiene ninguna ingerencia sobre cuestiones fundamentales: la política de transportes, y no sólo para encarar decisiones de la escala de un "Proyecto Retiro" en Constitución, sino también porque uno de los grandes males de una vasta área sureña es la colonización por terminales de empresas de transporte de carga que operan con el puerto pero llenan las calles del barrio sur de camiones; y las políticas sobre el Riachuelo-Matanzas, el corredor que, como vimos, reúne características que le permitirían convertirse en una bisagra para sacar a la zona del estancamiento, y que sigue dependiendo en cambio de una miríada de jurisdicciones en competencia.[2]

Lo que queda en manos de la Corporación son entonces, básicamente, iniciativas de promoción inmobiliaria, por las cuales se va librando a la inversión privada el patrimonio que el poder público reunió históricamente en la zona. Nuevamente, el riesgo de la modernización de superficie: el aprovechamiento como incentivo a los capitales privados de una inversión pública de larga duración, sin que sea clara la contraparte que quedará para la ciudad. Sobre todo si se piensa que, como ha señalado Jordi Borja, el problema originario de la Corporación del Sur es que se creó como una acción propagandística sin estrategia urbana: sin mecanismos para recuperar plusvalías, sin políticas de revalúos o de compras que le permitieran al estado capitalizar las propias expectativas inmobiliarias que iba a activar.[3] Y, desde este punto de vista, la puesta en paralelo con la experiencia de Puerto Madero adquiere otro sentido, ya que es fácil constatar hoy que toda la enorme inversión pública realizada allí sólo ha revertido en las siderales ganancias que han logrado los inversores privados, sin que se produjera ninguna irradiación virtuosa hacia el resto de la ciudad. Con esas políticas, la Corporación Puerto Madero ya ha venido funcionando como la vanguardia pública de los negocios privados (esa fórmula de éxito que legó el gobierno de Carlos Grosso a la posteridad de Buenos Aires), y nada hace suponer que, más allá de los deseos de sus autoridades, en el sur pase algo diferente, con el agregado del menor valor relativo que la zona presenta para potenciales inversores.

El riesgo de una política así en el sur, sin contar las expectativas de desarrollo perdidas, es que la Corporación se convierta en un programa exclusivamente publicitario, como ya ocurre con el Programa Buenos Aires y el Río, que con gran pompa se presenta como la coordinación de varias áreas de gobierno (las secretarías de Medio Ambiente, Planeamiento, Obras Públicas y Hacienda) pero cuya obra se reduce a algunos pequeños parques y tramos de bicisenda en Costanera Norte y Puerto Madero, inermes, por supuesto, frente a la reactivación de los planes de traslado del Aeroparque sobre el río.[4] Pero como el sur no es el norte, en ese caso lo más probable

2. El Plan Estratégico Zona Sur de Buenos Aires, realizado por la Secretaría de Medio Ambiente del anterior gobierno y dirigido por Alejandro Rofman, establecía cinco líneas de acción necesaria en el sur, de las cuales tres tenían que ver con: el programa de saneamiento del Riachuelo, la política de infraestructura y la articulación de políticas en educación, salud, vivienda y empleo. Es evidente que el modo en que se implementó la Corporación del Sur le pone límites notables para avanzar en esas cuestiones. Ver *Plan Estratégico Zona Sur de Buenos Aires*. Documento para la discusión, Secretaría de Medio Ambiente y Desarrollo Regional, Gobierno de la Ciudad, Buenos Aires, 1999.

3. Me refiero a los argumentos planteados por Jordi Borja en la Mesa Redonda "Glóries i miséries dels grans projectes urbans. Els casos de Buenos Aires i Barcelona", organizada por el Collegi d'Arquitectes de Catalunya y Les Heures, Universitat de Barcelona, en Barcelona, 9 de febrero de 2001.

4. Ver la publicación sobre el *Programa Buenos Aires y el Río* en la *Revista de Arquitectura* Nº 201, Sociedad Central de Arquitectos, Buenos Aires, junio de 2001, pp. 72-79. Sobre el accidentado proceso de gestión de los parques de Costanera Norte, por otra parte ver los artículos de Graciela Silvestri: "Memoria y monumento" y "El arte en los límites de la representación", en *Punto de Vista* Nº 64, agosto de 1999, y 68, diciembre de 2000, respectivamente.

es que la obra de la Corporación del Sur termine reproduciendo escenas como la de Caminito, primer foco turístico típicamente latinoamericano en Buenos Aires, con su recreación pintoresca de las casillas pintadas, escenario puntual para visitantes que van a consumir tranquilos esa combinación exquisita de arte de vanguardia y color local, aunque para hacerlo deban llegar en taxis con las puertas trancadas, modo altamente recomendado por los propios taxistas para atravesar sin temor la amenaza de la miseria circundante.

La dimensión metropolitana

En los puntos anteriores se mencionó varias veces como limitación de este gobierno la imposibilidad de coordinar acciones de escala metropolitana. Es importante señalar, por supuesto, que esta es una de las limitaciones estructurales que marcan toda la historia de Buenos Aires. Pero también es importante señalar el peligro de la costumbre de la repetición ritual de una doble afirmación: la necesidad de la coordinación en términos "técnicos" y su imposibilidad en términos "políticos". Porque esa repetición nos hace olvidar la verdadera urgencia que tiene Buenos Aires de asumir su dimensión metropolitana. Si se quisiera organizar eficientemente los recursos de la ciudad para mejorar la vida de sus habitantes y construir un proyecto urbano de futuro (también en términos de la inserción de la ciudad en el país y en la región), ¿cómo pueden pensarse sus políticas productivas, portuarias, ambientales, de infraestructura sin una proyección metropolitana consensuada? ¿Cómo esa necesidad no ocupa un primerísimo lugar de la agenda política, ya no técnica?

Debemos celebrar, sin duda, que el municipio de Luján tome la decisión de realizar un Plan Regulador que, en vistas de los efectos producidos por el Acceso Oeste, busca preservar la zona como "paisaje campestre", estableciendo normativas para los loteos de chacras y clubes de campo.[5] Pero, ¿cómo no estremecerse ante la evidencia de que es resorte de cada municipio realizar (o no) su propio Plan Regulador? Y de que, por lo tanto, con la misma legitimidad que Luján, el resto de los municipios puede seguir en la alegre competencia por dar mayores facilidades a los emprendimientos de barrios cerrados o, como en el caso del Tigre, aprobar la instalación de una ciudad completa cerrada (Nordelta). ¿Se debe asumir como fatalidad la imposibilidad de concertar lineamientos generales para políticas racionales de uso del suelo en toda la metrópoli? Para la metrópoli es un recurso único para lograr un proyecto ambiental-regional de futuro —y los atisbos de federaciones de muncipios que han comenzado a formarse en el Gran Buenos Aires son una esperanza en esa dirección. Para la Ciudad Autónoma es, además, una necesidad y una responsabilidad. Necesidad porque, de lo contrario, el proceso de fuga de sectores medios a la periferia puede llevarla a la típica situación de las ciudades europeas y norteamericanas en los años setenta, cuando se desfinanciaron y tugurizaron sus distritos centrales; y cuando un proceso así se acelera es muy difícil detenerlo, ya que muchas de las mejoras que se realizan en la ciudad comienzan a funcionar circularmente favoreciendo el desplazamiento que se busca detener: por ejemplo, una eficiente red de transporte público. Responsabilidad, porque Buenos Aires sigue siendo el corazón económico y cultural de los suburbios que produjo en su expansión, y por lo tanto debe esperarse de ella la iniciativa para su coordinación o, al menos, para que la coordinación se convierta en una deuda política cada vez más inexcusable ¿Qué es una política reformista sino la producción de nuevos temas y de escenarios para su discusión pública? De lo contrario, esa conquista política que debía ser la autonomía puede convertirse fácilmente en un reflejo "autonomizador" —siempre presente en amplios sectores de la sociedad porteña que discuten, por ejemplo, si los hospitales capitalinos tienen que seguir atendiendo "provincianos"—, que aliente la (falsa y no sólo reaccionaria) expectativa de la segregación: la idea de que los problemas de la Ciudad Autónoma podrían resolverse con un repliegue sobre su mayor riqueza.

Estrategias urbanísticas

Finalmente, ¿qué estrategias urbanísticas podrían plantear un programa de reforma capaz de traducirse políticamente? En los principales procesos de recuperación urbana de las últimas décadas en Europa, los planes urbanísticos tuvieron un papel político y cultural muy importante, organizando lo que ha sido llamado el "planeamiento estratégico", por contraposición a la planificación urbana tecnocrática tradicional. Esos planes se caracterizaron por asumir los límites de la gestión pública y aceptar la dimensión mecantil del territorio metropolitano, incorporando francamente los capitales privados a la reforma urbana. Y propusieron una concepción de la ciudad "por partes", que flexibilizara la visión "totalitaria" de la planificación tradicional, poniendo el énfasis en la capacidad de la arquitectura para producir *forma*, tanto en el plano de las necesidades identitarias de la ciudadanía como en el del valor de *commodities* de los edificios y sitios urbanos.

Como se sabe, esos discursos renovadores entraron en los años ochenta en Buenos Aires y dieron origen, ya en los noventa, a iniciativas como Puerto Madero y los posteriores "megaemprendimientos" (Retiro, Tren de la Costa, Warnes, Abasto), pero rápidamente se vio que, más allá de cuáles hubiesen sido las intenciones, esos fragmentos urbanos no funcionaban como dinamizadores del espacio público y como avanzadas de un nuevo proyecto flexible de ciudad, sino como enclaves recortados contra un fondo de decadencia, espejos de los procesos de concentración económica que les dieron origen; como recurso para la puesta en el mercado de aquellos sectores de la ciudad que suponían ventajas diferenciales para el desarrollo de negocios privados, y poco más que eso. Un nuevo ciclo de moderni-

5. Ver "En Luján hay una revolución", Suplemento "m2", *Página/12*, sábado 7 de julio de 2001.

zación de superficie con otros moldes y otros discursos, que ahora, cuando los niveles de inversión ya no son los de la década pasada, muestran todos sus límites en el paisaje del Abasto, esa mezcla caótica de "torres country" y conventillos, hoteles internacionales y bailantas, shopping y kioscos polirrubro.

En un número anterior de esta revista se publicó un artículo muy agudo de Otília Arantes en el que criticaba las propuestas del "planeamiento estratégico" en su propio origen europeo: "Todo comenzó en Barcelona", escribió.[6] A pesar de que coincido con muchos de sus argumentos, me parece importante plantear un debate sobre la necesidad de diferenciar entre los modelos originales y su aplicación. Así como hoy es posible ver con claridad muchas de las limitaciones de esos modelos, también se puede ver que sus propuestas de flexibilización de la planificación e incorporación de los capitales privados con las correspondientes estrategias de "city-marketing" se entendieron, en la ciudad europea, como recorte sobre el fondo muy sólido de un estado que, en el marco de una larga tradición, no ha cedido las riendas de sus propias estrategias urbanas. Es muy fácil comprobar, por caso, que aun con un gobierno de derecha, el uso del suelo en los alrededores de Madrid sigue con las férreas reglamentaciones que pusieron los gobiernos socialistas (algunas de las cuales venían desde los tiempos de Franco), y ningún emprendimiento privado de envergadura se realiza —en Madrid o en Berlín— sin un importante aporte de infraestructura por parte de los inversores (en el sitio del emprendimiento o en cualquier otro lugar de la ciudad que el poder público considere necesario). Cosas que aquí parecen utopías revolucionarias, no propuestas reformistas. Por ejemplo, a Puerto Madero se lo suele filiar en la renovación que se hizo en el puerto de Barcelona en ocasión de los Juegos Olímpicos. Pero pocos dicen que tras la operación olímpica hubo en Barcelona un plan general de la ciudad gracias al cual, entre otras cosas, se pudieron realizar las largamente postergadas rondas (avenidas de circunvalación), que es como si Puerto Madero hubiera generado recursos para que Buenos Aires construya una nueva General Paz y un nuevo Camino de Cintura.

Es importante esta discusión porque sosteniendo desde la crítica que Barcelona y Buenos Aires (o Río, o cualquiera de las ciudades latinoamericanas que aplicaron, a su modo, los mismos discursos urbanísticos) son iguales, en realidad se realimenta la cultura triunfalista de los funcionarios locales que también dicen que Barcelona (y París, por qué no) es igual a Buenos Aires. Y no es cierto. Es muy necesario entender el proceso por el cual esos discursos (de indudable origen progresista) resultaron funcionales a los contextos de neoliberalismo salvaje de nuestras ciudades, pero no es cierto que hayan tenido estos efectos en sus lugares de origen, donde las recuperaciones urbanas tienen repercusión sensible en el mejoramiento de la vida de sus ciudadanos.

También es importante la discusión porque permite entender mejor, a mi juicio, el Plan Urbano Ambiental que ha realizado el gobierno aliancista, ya que es posible reconocer en su interior un debate análogo. La operación que define el Plan Urbano Ambiental es, en realidad, la del "todos ponen": en un mismo plano de proyectos deseables para la ciudad se pusieron los megaemprendimientos que se venían proponiendo o realizando, junto con el catálogo completo de las buenas intenciones de la tradición urbanística local, en lo que cabe entender como una solución de compromiso. Esto significa que todavía son potentes los reflejos reformistas en un sector del campo profesional, que se enfrenta al pragmatismo del equipo oficial de Planeamiento; pero, también, que de este modo anulan su potencialidad, ya que al poner todas las iniciativas en un mismo plano resuelven en una negociación técnica interna a la propuesta lo que debería ser parte de un intenso debate político externo a ella. Y es una resolución, por cierto, sólo aparente, porque los planes no son la suma de los deseos y las imposiciones: desde ya que a la ciudad no le es indiferente que convivan en un Plan el Proyecto Retiro con el saneamiento del Riachuelo, porque si el Plan empieza a ejecutarse por Retiro, todo el desarrollo de la ciudad se va a orientar de un modo definitorio (en princpio, porque esta ciudad no tiene recursos ni inversores para más que *un* Proyecto Retiro; en verdad, ya muchos dudan de que después de Puerto Madero queden recursos para Retiro). En realidad, un Plan en estas condiciones significa una carta blanca al pragmatismo, que define las prioridades —y, por lo tanto, la estrategia general—, con lo cual lejos de marcar las direcciones del desarrollo, se convierte en un salto al vacío.

Un debate urbanístico debería ser capaz de proponer a la agenda política, por el contrario, el cuestionamiento de los discursos triunfalistas y de la apuesta a la modernización de superficie. El cuestionamiento a la extendida idea de que la suerte de la ciudad radica en aprovechar las ocasiones de una incorporación exitosa al mercado global de ciudades (eso es lo que estaba detrás del proyecto olímpico oficial o de la iniciativa de traer una sucursal del Guggenheim a Buenos Aires). Si se analizan algunos ejemplos de buenas políticas urbanas adoptadas por ciudades medianas en la región, como el reordenamiento de la Cañada en Córdoba, la recuperación de la ribera en Rosario, la reorganización del transporte y el mejoramiento de la calidad ambiental y de los espacios públicos en Montevideo y Porto Alegre, quizás pueda pensarse que la "ocasión" que debería ser aprovechada es la que ofrece la relación tan marginal con los principales circuitos internacionales: la "ocasión" del (pequeño) margen de maniobra que esta ubicación periférica permite, con la perspectiva más ambiciosa, quizás, de que pueda componerse una red de ciudades que sea algo más que la conexión financiera y turística de los centros terciarios globalizados.

6. Otília Beatriz Fiori Arantes, "Pasen y vean... Imagen y city-marketing en las nuevas estrategias urbanas", *Punto de Vista* Nº 66, Buenos Aires, abril 2000. La autora ha desarrollado estos temas en el libro *A cidade do pensamento único. Desmanchando consensos*, Editora Vozes, Petrópolis, 2000, en colaboración con Carlos Vainer y Ermínia Maricato.

El experto, el político, el profeta y el moralista

Jean-Pierre Dupuy

Expertos y políticos son los protagonistas de tres breves casos, construidos como problemas que tocan la cuestión central de las relaciones entre saber técnico, responsabilidad política e intervención intelectual. Los ejemplos parecen alejados de la realidad argentina y, sin duda, lo están. Sin embargo, los términos del conflicto entre saber técnico, ética y política responden perfectamente a dilemas conocidos: ¿quién dice a quién lo que deber ser hecho? ¿quién indica las direcciones de la acción política y sus límites? ¿quién pone en su lugar a quién? El poder del experto (de los economistas se dirá en la Argentina de estos años) es considerado por Jean-Pierre Dupuy desde las perspectivas éticas que los expertos dejan en suspenso.

Primer estudio de caso.[1] Es el otoño de 1998. La ministra francesa del medio ambiente se prepara para conducir una delegación a la conferencia sobre el clima, que tendrá lugar en Buenos Aires. Antes de la partida, la ministra concede una entrevista a un diario de la mañana y declara:

> Un informe reciente del Comisariado general del Plan muestra que existen caminos que permiten conciliar la diversificación energética, el abandono de la energía nuclear y el respeto de nuestros compromisos en materia de lucha contra el efecto invernadero.

Poco antes, el gobierno alemán había difundido su intención de prescindir por completo de la energía nuclear para usos civiles (intención que hoy se ha convertido en una decisión firme). En el curso del animado debate francés, nuestra ministra, al utilizar la expresión "el respeto de nuestros compromisos en materia de lucha contra el efecto invernadero", quería decir la estabilización pura y simple de las emisiones de gas, que produjeran efecto invernadero y se originaran en territorio francés, en un nivel inferior al ocho por ciento de las registradas en 1990. Se había tomado este compromiso en Kyoto, en diciembre de 1997, junto con la posibilidad, concedida a un grupo de países, del "derecho a polucionar". Sin embargo, clara y repetidamente la ministra había condenado esta posibilidad en nombre de la moral internacional.

Ahora bien, "conciliar la diversificación energética y el respeto de nuestros compromisos en materia de lucha contra el efecto invernadero" es precisamente la cuestión que el Comisariado general del Plan, que la ministra mencionó, había juzgado imposible, en la medida en que se descartaran con-

1. Tomo este estudio de caso, y también el siguiente, del excelente informe de Olivier Godard, "Scènes et épisodes de l'expertise économique du changement climatique planétaire", Laboratoire d'économétrie de l'École Polytechnique, abril de 2000.

diciones muy improbables como el recurso rápido y masivo a la energía renovable, o situaciones poco deseables, como el establecimiento de una dictadura ecológica. Las conclusiones del grupo de trabajo establecían que, incluso si se seguía dependiendo de la energía nuclear para producir electricidad, sería muy difícil alcanzar la estabilización de las emisiones de gas. Por su parte, el abandono de la energía nuclear implicaba reemplazar el parque de centrales existentes por turbinas de gas de ciclo combinado, que emiten por lo menos 30 millones de toneladas de carbón suplementario por año, es decir que en el 2020 estarían emitiendo casi el 30 por ciento de las emisiones de 1990. Para ajustarse a la cuota otorgada a Francia, sería necesario compensar el aumento en las emisiones con una fuerte baja en otros sectores: el de los transportes, por ejemplo, pero la disminución necesaria sería superior a la totalidad de las emisiones de todos los autos particulares, de todos los utilitarios y de todos los ómnibus previstos en el 2020; si se exigía la disminución a la industria, la baja necesaria sería superior a la totalidad de las emisiones del sector industrial en esa misma fecha.

Cuando el político manipula los cálculos de los límites e imposiciones de la realidad, ¿es responsabilidad del experto dirigirse, por sobre la cabeza del político, a lo político, es decir a la opinión pública? En todo caso, esto es lo que pensaba el informante del grupo de trabajo en cuestión, que consideró como su obligación publicar en el mismo diario, pocos días después de la declaración de la ministra, una corrección a ella.

Segundo estudio de caso. Estamos en 1995. El grupo de expertos intergubernamentales sobre la evolución del clima presenta su informe sobre la evaluación de los daños provocados por el efecto invernadero en diferentes escenarios de evolución de la concentración atmosférica del gas que lo produce. Este grupo, fundado en 1988 bajo la égida de las Naciones Unidas, es una instancia mundial de *expertise* científica sobre el cambio climático. Entre los daños enumerados, figuran la morbilidad y la mortalidad humanas. El informe utiliza un procedimiento común en el cálculo económico, que consiste en la atribución de un valor monetario a "la vida humana estadística". Los economistas justifican esta práctica argumentando que ninguna sociedad consagra la totalidad de sus recursos a la preservación de vidas humanas y que, por lo tanto, hay vidas (estadísticas) que renuncia a salvar. El costo que una sociedad no está dispuesta a afrontar para salvar la primera vida que abandona a la muerte (estadística) —a esta vida se la llama "marginal"— representa el valor que acuerda implícitamente a la vida humana.

El problema es que los expertos, orgullosos de este método, atribuyen a la vida de un habitante de un país industrial un valor de tres millones y medio de dólares, y de doscientos mil a los de un país en desarrollo. ¿No es evidente que Bangladesh no está dispuesto a gastar la misma suma que los Estados Unidos para salvar una vida? Muchos se escandalizan por el carácter "inmoral y absurdo" de esta posición que "reconoce que la vida de un chino tiene un valor diez veces menor que la de un europeo". El gobierno de la India declara que "le resulta imposible aceptar una perspectiva de este tipo, que no puede sustentarse en un plano ético". El clima de la reunión de evaluación del informe es tal que se considera la posibilidad de retirar pura y simplemente la evaluación expresada en cifras. Pero el director del grupo intergubernamental de expertos, David Pearce, lo sostiene y, finalmente, se impone en nombre de la "protección del carácter científico del trabajo y de su posición contraria a las interferencias morales y políticas". Considera que su mandato es el de sintetizar los resultados científicos y no expresar juicios morales. Y la valorización monetaria de la vida humana es un concepto científico y los datos empíricos muestran que no se le da el mismo valor en todas partes.

Digamos que el señor Pearce no sabe de qué está hablando. Ciertamente, el valor (implícito) de la vida humana es un indicador precioso, pero sólo un indicador. En una sociedad dada, el hecho de que diferentes sectores de prevención o de seguridad acuerden valores muy diferentes a la vida humana estadística, es un signo revelador de una posible irracionalidad. Si, con los mismos recursos, se quiere maximizar el número de vidas humanas salvadas, entonces convendría transferir los recursos de los sectores que acuerdan el valor más alto a la vida a favor de los sectores que le otorgan el valor más bajo. Pero este valor es sólo un indicador en el mismo sentido en que una temperatura es un indicador. El cálculo del grupo de expertos no tiene más sentido que el que consistiría en sumar la temperatura media de San Francisco en verano con la media de París en invierno. Si dentro de una sociedad dada, donde los valores de la vida humana difieren según los sectores, se hiciera el mismo tipo de cálculo se estaría cometiendo una evidente irracionalidad. Y entonces, ¿por qué no decir que lo mismo sucede en el caso de sociedades diferentes? Sin duda, se dirá que no se lo hace por respeto a la autonomía que se les reconoce. ¡Qué hipocresía! ¿Bangladesh podría, si lo deseara, acordar el mismo valor a la vida que los Estados Unidos? El cálculo pretendidamente científico acarrea toneladas de presupuestos éticos.

No sólo el señor Pearce razona mal, sino que mistifica cuando afirma razonar en nombre de la ciencia. Su razonamiento (falso, por lo demás) es de naturaleza normativa.[2] También mistifica cuando implica que sería posible separar, en los problemas de evaluación, un núcleo científico, más allá de toda discusión, y un resto, que sería el espacio de las "interferencias" (la palabra es significativa, ya que evoca el ruido parásito de un flujo de informaciones en una línea de comunicación) de naturaleza moral y política.

Hace algunos años tuve que tomar partido contra el campo de los cientí-

2. Es verdad que la naturaleza de la distinción entre razonamiento científico y razonamiento normativo escapa a muchos científicos. Traigo como prueba esta magnífica perla, encontrada en el muy oficial informe Kourilsky sobre el "principio de precaución": "Los científicos, en primer lugar, deberían cuidarse de conferir al principio de precaución el mismo valor normativo que se atribuye a los principios de la física, como el principio de Arquímedes" (París, Odile Jacob, 2000, p.22, n.10).

ficos antirracistas. Combate arriesgado, puesto que siempre uno puede ser tomado por racista. Creo que no es más legítimo invocar las leyes de la naturaleza para condenar el racismo que invocarlas para justificarlo. La ciencia es constitutivamente incapaz de ver las jerarquías de valor del cosmos. Por lo tanto no es lícito que se pronuncie sobre la cuestión de las leyes en la ciudad humana.

Compete a la responsabilidad del político recordar al experto los límites de su campo de competencia, más allá de los cuales la invocación de una objetividad científica constituye un abuso de poder y de influencia. Esta es, sin duda, la interpretación más satisfactoria del "principio de precaución". Es demasiado fácil la respuesta del experto cuando dice que no fue él quien comenzó sino el político. A menudo el político solicita la caución científica y técnica del experto para justificar decisiones que ya ha tomado. Es posible. Pero la escucha complaciente del experto hacia el político está muy en el espíritu de una sociedad habituada a creer que sus problemas morales y políticos se reducen a la técnica.

Esta conclusión nos lleva nuevamente al primer estudio de caso. Sin duda, la ministra se equivocó al atribuir a un grupo de expertos conclusiones que no eran de ellos. Pero el político debe, a veces, en situación de crisis, encarnar el rol del profeta, en el sentido de Max Weber. Y la ministra estaba quizás en su rol cuando proclamaba, como en mayo de 1968: "Seamos realistas, pidamos lo imposible".

En mi tercer estudio de caso, quisiera clavar una cuña entre dos dominios de la actitud normativa que hasta aquí no he separado para oponerlos mejor a la *expertise*: la ética y la política. Nos internamos en un espacio exótico, alejado de nuestras preocupaciones. Un equipo de antropólogos de escuela lévi-straussiana relata un curioso procedimiento ritual de la Costa de Marfil:

> Los Guro por lo general arreglan ciertas disputas organizando una competencia decisiva entre dos campos. Por ejemplo, hacia 1928, muchas aldeas guro y bwavere estaban partidas por una discusión. Como nunca se cazaba una hiena hembra, algunos sostenían que la hiena hembra no existía; otros sostenían que sí; esta controversia era fuente de discusiones repetidas entre aldeas que se dividían en dos partidos. Entonces se organizó una gran cacería con red. Quienes sostenían la existencia de la hiena hembra cazarían por una parte, y sus oponentes, por la otra. El bando que trajera más presas tendría razón en la discusión. Así se hizo. Los que afirmaban la existencia de la hiena hembra capturaron seis antílopes, los otros, nada. Los dos campos comieron la carne juntos y la *zavogi* (discusión, diferendo) se cerró. Desde entonces se sabe que la hiena hembra existe y está prohibido afirmar lo contrario.[3]

La investigación antropológica autoriza a conjeturar que este ritual es como un ensayo de ritual democrático.[4] Contamos las voces y no las presas para determinar el sexo de las hienas. Uno no es más racional que el otro; lo esencial en ambos casos es la participación en el rito. Todos admitimos que sería absurdo someter al ritual del voto las leyes de Newton que fundan la mecánica. Y, sin embargo, con demasiada frecuencia, la democracia es la coartada para una ausencia de reflexión moral. Las cuestiones normativas, cuya objetividad no es menor que la de saber si existe una hiena hembra, son abandonadas a los azares de los procedimientos electorales o impuestas desde la cima de una tecnocracia no necesariamente ilustrada. Piénsese en el debate, o más bien en la ausencia de debate en Francia, sobre la respuesta a la agresión nuclear y la disuasión armada... La ética está de moda, tan de moda que olvidamos que existe una disciplina filosófica, la filosofía moral, que ha acumulado un saber y un tipo de argumentación sobre las cuestiones normativas, al punto en que no sería abusivo hablar de una *expertise* ética.[5]

Este artículo fue publicado por la revista *Esprit*, en su número de noviembre de 2000. Es una intervención de Jean-Pierre Dupuy en el panel sobre *expertise* y sociedad, del coloquio "Environnement: expertise, science et société", realizado en junio de 2000. (Trad. B.S.)

3. A. Deluz, "Un dualisme africain", *Échanges et communications. Mélanges offerts à Claude Lévi-Strauss*, Mouton, 1970, t. 2, p. 783.
4. Véase Lucien Scubla, "Sur l'impossibilité de la volonté générale chez Rousseau", *Cahiers du Crea*, número 1, octubre 1982.
5. Remito acá al artículo de Monique Canto-Sperber, "Les ambitions de la réflexion éthique", *Esprit*, mayo 2000, p. 114-136.

)ENTREPASADOS(
REVISTA DE HISTORIA

Año IX - Número 18/19 - Fines de 2000

Cine y fotografía - Entrevista a Laura Mulvey y Luis Príamo / Arte y política / Raphael Samuel y el ojo de la historia

Suscripciones: en Argentina, u$s 24.- (dos números).

ESTUDIOS SOCIALES
Revista Universitaria Semestral
Consejo de Redacción: Darío Macor (Director), Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade, Enrique Mases, Ofelia Pianetto, Hugo Quiroga

Nº 19 - Primer semestre 2001

Escriben: Asensio • Buchbinder • Susana García • Ignacio García • Agustina Prieto • Follari • Alonso • Gonçalves Couto

Estudios Sociales, Universidad Nacional del Litoral, 9 de julio 3563, Santa Fe, Argentina; telefax directo: (042) 571194
Dirigir correspondencia a: Casilla de Correo 353, Santa Fe, Argentina

Borges: la ética y la forma del ensayo

Alberto Giordano

I. Más allá (o más acá) de las batallas literarias

Borges nos enseñó a leer la totalidad desde el detalle. *Desde* y no *en*: el detalle que atrae la atención del lector y le hace olvidar por un momento la totalidad de la obra vale por ésta, no porque la represente, sino porque instaura un nuevo punto de vista para pensarla. La adición de un recuerdo patético en el final de una sextina del *Martín Fierro* vale por todo el poema de Hernández, no porque represente el conjunto de sus técnicas compositivas, sino porque desde su "postulación de la realidad" se puede leer el poema de un modo inédito, como una novela. De la misma forma, los versos del *Paraíso* que contienen la sonrisa equívoca de Beatriz antes de desaparecer definitivamente valen por toda la *Divina Comedia*, no porque en ellos se condensen sus sentidos alegóricos, sino porque desde el patetismo que los recorre, y que suspende la intencionalidad doctrinaria y edificante, se puede, inesperadamente, leer el poema de Dante como una conmovedora historia de amor.[1] En los dos casos, el detalle suplementario se convierte en una perspectiva capaz de reformular el sentido de la totalidad gracias a la convicción y la emoción (el placer que despierta el encuentro con un rasgo patético) que Borges experimenta en su lectura.

Quise recordar esta enseñanza del Borges ensayista, para poner bajo su invocación una propuesta de releer la totalidad virtual de su obra crítica desde un texto absolutamente marginal y anecdótico. Se trata de un texto con el que me encontré mientras realizaba una pequeña investigación por encargo sobre las funciones de la literatura en el discurso de las revistas argentinas de izquierda durante los años 20 y 30. Lo que se dice, un encuentro inesperado. No sólo porque no pensaba encontrar un texto de Borges dentro de ese corpus, sino porque, una vez encontrado el texto, nada me hacía suponer, antes de leerlo, que desde él iba a poder repensar uno de los problemas más interesantes de las intervenciones ensayísticas borgianas: cómo se articulan en la escritura de un mismo texto dos registros heterogéneos (y a veces suplementarios), uno ligado a la *política* de la literatura y el otro interesado por sus *resultados*.[2]

El texto en cuestión es menos que

1. *Cf.* "La poesía gauchesca", en *Discusión* (Buenos Aires, Emecé, 4ª ed., 1966, pp. 36-37) y "La última sonrisa de Beatriz", en *Nueve ensayos dantescos* (Madrid, Espasa Calpe, 1982, pp. 155 y ss.).
2. Los términos son de Borges. Los tomo de una digresión sobre los hábitos culturales franceses que aparece al comienzo de "El otro Whitman": "A París le interesa menos el arte que la política del arte: mírese la tradición pandillera de su literatura y de su pintura, siempre dirigidas por comités y con sus dialectos políticos: uno parlamentario, que habla de izquierdas y derechas; otro militar, que habla de vanguardias y retaguardias. Dicho con mejor precisión: les interesa la economía del arte, no sus resultados" (en *Discusión*, ed. cit., p. 51).

una nota o una reseña, más circunstancial por su género y más anecdótico por su tono que las habituales colaboraciones de Borges en las revistas culturales de la época. Se trata de la respuesta, escrita para irritar antes que para satisfacer la demanda, a una encuesta organizada por la revista *Contra* a mediados de 1933. *Contra* representa en los años 30 una de las más interesantes tentativas de formular una política cultural de izquierda que desborde los límites ideológicos y estéticos de las publicaciones identificadas con el realismo social.[3] Su director, Raúl González Tuñón, y uno de sus colaboradores habituales, Córdova Iturburu, habían coincidido con Borges en algunos de los emprendimientos de vanguardia de la década anterior (*Martín Fierro* y *Proa*). A ese pasado vanguardista se debe, seguramente, la militancia de *Contra* por un arte que contribuya a la formación de una conciencia colectiva revolucionaria pero en el que los contenidos de izquierda se articulen con una problematización de las formas de representación. Para instalar dentro del campo literario argentino la discusión sobre la función social del arte en sus propios términos, *Contra* convocó a algunos de los jóvenes escritores del momento para que respondiesen a una pregunta: "¿El arte debe estar al servicio del programa social?". En una sección del número 3 titulada "Arte, arte puro, arte propaganda" se publicaron las tres primeras respuestas: las de Nidia Lamarque y Luis Waisman, dos colaboradores de la revista, y la de Borges.

Vale la pena recordar los argumentos y el tono de las respuestas de Lamarque y Waisman, ya que en buena medida representaban la posición de *Contra* en ese debate, para apreciar, por contraste, el carácter intempestivo de la intervención de Borges. Los dos rechazan la exigencia propuesta por la pregunta de plantear el problema en los términos morales del deber, pero eso no quita que sus respuestas estén dominadas por una imperiosa voluntad de enjuiciamiento moral: para los dos hay una forma de arte buena ("el arte [que] refleja la realidad social", el arte "al servicio del proletariado") y otra mala (el arte por el arte, "que expresa la decadencia mental de la burguesía", que es una "fórmula de cretinos") y a partir de ese paradigma inflexible, formulan juicios tan contundentes como cuestionables (el valor de la obra artística es directamente proporcional a la claridad con que refleja los fenómenos sociales: "Por la boca del Dante habla todo el mundo feudal, de ahí su prodigiosa grandeza"). Recordemos ahora la respuesta de Borges, que sacude violentamente el substrato moral de la oposición arte puro/arte propaganda:

> Es una insípida y notoria verdad que el arte no debe estar al servicio de la política. Hablar de arte social es como hablar de geometría vegetariana o de repostería endecasílaba. Tampoco el Arte por el Arte es la solución. Para eludir las fauces de ese aforismo, conviene distinguir los fines del arte de las excitaciones que lo producen. Hay excitaciones formales, id est artísticas. Es muy sabido que la palabra AZUL en punta de verso produce al rato la palabra ABEDUL y que ésta engendra la palabra ESTAMBUL que luego exige reverberaciones de TUL. Hay otros menos evidentes estímulos. Parece fabuloso, pero la política es uno de ellos. Hay constructores de odas que beben su mejor inspiración en el Impuesto Único y acreditados sonetistas que no segregan ni un primer hemistiquio sin el Voto Secreto y Obligatorio. Todos ya saben que este es un misterioso universo, pero muy pocos de esos todos lo sienten.

Como bien lo señala Beatriz Sarlo, la ironía y la burla son los recursos de los que se vale Borges para desprenderse, inmediatamente, casi sin argumentaciones, de la exigencia implícita en la pregunta de ser respondida en sus propios términos. "Borges sabe que el solo planteo de un interrogante de esta especie ['¿El arte debe estar al servicio del programa social?'] tiene inscripta una respuesta afirmativa: someterse a la pregunta implica aceptar el objeto-problema de la relación arte-sociedad: precisamente lo que Borges no acepta."[4] De una sola vez, mediante un certero golpe de irrisión, Borges se pone más allá de la alternativa arte puro/arte al servicio de lo social, juega al "desubicado" para ridiculizar los términos de la encuesta. No busca la polémica, sino la disminución instantánea del interlocutor. La réplica indignada de Córdova Iturburu en el número siguiente de *Contra*[5] es una prueba inequívoca de que Borges logró con su intervención el efecto de incomodidad y provocación que buscaba y, lo que seguramente era más importante para él, el desplazamiento del eje del debate desde lo que *Contra* quería discutir (y él no) hacia su persona. La respuesta de Iturburu es respuesta a Borges antes que a la encuesta.[6]

Una primera posibilidad de lectura de la intervención borgiana es en clave de autofiguración. Exhibiendo su destreza para la ironía, la reducción al absurdo y el arte de injuriar, Borges aprovecha la encuesta para construirse una imagen de intelectual ingenioso e irreverente. Pero esta primera lectura debe complementarse con una inscripción de la autofiguración borgiana en su contexto de época, si no queremos correr el riesgo de volver equivalentes esta "colaboración" del joven Borges en una revista de sus pares de izquierda con las humoradas del Borges inapelablemente consagrado, años después, en cualquier entrevista pública. La ironía es aquí algo más que un atributo seductor o irritante de una sensibilidad singular, es un arma para intervenir en las luchas por la legitimidad cultural.

Como se sabe, durante las décadas del 30 y el 40 Borges colaboró asi-

3. Para una caracterización detallada de la política cultural de *Contra*, ver Beatriz Sarlo: *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, pp. 138 y ss.; y Sylvia Saítta: "*Contra.* La revista de los franco tiradores de Raúl González Tuñón: un debate sobre la función política y revolucionaria de la literatura en la década del treinta", en Saúl Sosnowski (ed.): *La cultura de un siglo: América Latina en sus revistas*, Buenos Aires, Alianza, 1999.
4. Beatriz Sarlo, op. cit., p. 146.
5. "¿Debe estar el arte al servicio del problema social? quiso decírsele —y él no pudo dejar de entenderlo—. ¡No cree usted que esa ideología y ese sentimiento revolucionarios tienen bastante dignidad humana para engendrar un arte! (...) Claro está que un arte al servicio del Voto Secreto y Obligatorio o del Impuesto Único sería, esencialmente, ridículo. (...) Pero no se trata de eso. Borges no puede dejar de saberlo" (*Contra* Nº 4, agosto de 1933).
6. Según Sarlo, la respuesta de Oliverio Girondo, publicada en el mismo número que la de Iturburu, se puede leer también como una réplica a la intervención de Borges

duamente en varias publicaciones culturales de muy diverso signo (*Sur* y *El Hogar*, *Los Anales de Buenos Aires* y la *Revista Multicolor de los Sábados* del diario *Crítica*, entre otras).[7] Una de las causas de tan numerosa y heterogénea producción hay que buscarla seguramente en la necesidad del joven Borges de conseguirse un sustento económico a través de su profesión de escritor. Otra, más interesante, en su deseo de reconocimiento, en su voluntad de disputar con otros jóvenes del campo literario, y con algunas figuras de prestigio, una posición central en su interior. Borges pudo abstenerse de responder la encuesta de *Contra*, como hicieron la mayoría de sus colegas,[8] ya que los términos en los que estaba planteada le eran ajenos. Pero su constante disponibilidad para las batallas literarias hizo que encontrase allí una ocasión más para impugnar las pretensiones de sus adversarios en la conquista de la legitimidad institucional. Borges usa su respuesta para deslizar uno de los principios fundamentales de su estética (no hay que confundir los fines del arte, su "eficacia", con las motivaciones que lo producen; dicho en otros términos: "en el arte nada es tan secundario como los propósitos del autor")[9] y, fundamentalmente, para ridiculizar dos estéticas antagónicas, con las que ya tenía y seguiría teniendo planteada una disputa.

Por una parte, Borges descarga su insidia contra la estética materialista que identifica a los jóvenes escritores de izquierda, una franja numerosa, y muy visible desde la década anterior, del grupo de pares con los que tiene que confrontar sus pretensiones de ocupar dentro del campo literario el lugar de los "nuevos". Si en otras intervenciones también críticas de las estéticas de izquierda se toma aunque sea un momento para argumentar su impugnación, como cuando reseña en *El Hogar* el manifiesto *Por un arte revolucionario* de André Breton y Diego Rivera,[10] en este caso aprovecha la incursión en el terreno enemigo para hacer estallar un pequeño pero muy potente artefacto retórico. La forma en que reduce al absurdo el sentido de la consigna "arte social" ("es como hablar de geometría vegetariana o de repostería endecasílaba") recuerda "la buena humorada de Macaulay" que él mismo cita en uno de sus ensayos sobre Chesterton.[11] Lo demás, es puro arte de injuriar: *constructores* de odas, sonetistas que *segregan* hemistiquios. Por otra parte, Borges usa su respuesta para cargar una vez más contra Leopoldo Lugones, uno de los escritores faro dentro del campo literario de la época. La ripiosa rima en *ul*, que toma como ejemplo de arte por el arte para ridiculizar su voluntad de sofisticación y belleza, es una rima lugoniana de la que se viene burlando desde la década anterior. En un comentario sobre el *Romancero* recogido en 1926 en *El tamaño de mi esperanza*, Borges argumenta la fatalidad de los ripios en "el sistema de Lugones" recurriendo precisamente al uso de esa rima extravagante: "si [un poeta] rima en ul como Lugones, tiene que azular algo en seguida para disponer de un azul o armar un viaje para que le dejen llevar baúl u otras indignidades. (...) ...si alguna vez [los clásicos] rimaron *baúl* y *azul* (...), fue en composiciones en broma, donde estas rimas irrisorias caen bien. Lugones lo hace en serio".[12] Esta insistente ridiculización de Lugones muestra que el joven Borges no estaba dispuesto a dejar su prestigio en manos de algunas de las autoridades estéticas de turno, sino que más bien apostaba a conseguirlo, en estos medios, a golpes de desautorización.

Llama la atención el abrumador provecho que sacó Borges de una ocasión que muchos de sus pares, seguramente por considerarla poco importante, prefirieron dejar pasar. Su respuesta a *Contra* habla claramente de una calculada y siempre alerta voluntad de agitación como estrategia para intervenir en los debates del campo literario. Esta, tal vez, podría ser la conclusión a la que llegásemos después del —excesivamente pormenorizado— comentario que acabo de ensayar: el horizonte retórico de las intervenciones críticas del joven Borges (pero también, aunque con menos virulencia, del Borges de las décadas siguientes) suele no ser el de la persuasión sino el del combate. Sin embargo no puedo concluir aquí porque un detalle todavía me reclama, un resto del comentario en el que tal vez se realice lo que Juan B. Ritvo llamó "la utopía del detalle absoluto". Desde la primera vez que la leí, la última frase de la respuesta de Borges jugó a desprenderse del texto y del contexto, a desbordar (o retraerse más acá de) la intencionalidad irónica y a suspender el alcance institucional e histórico de la intervención. En esa frase se nos habla de algo que tiene que ver con los *resultados* de la literatura y ya no con la *política* literaria que practicaba el joven Borges en sus textos críticos.

"Todos ya saben que este es un misterioso universo, pero muy pocos de esos todos lo sienten." La significación de esta frase final no afecta directamente la del conjunto de la respuesta, por eso podríamos obviarla sin atentar en absoluto contra la verosimilitud o la verdad de lo que reconstruí en clave de sociología literaria. Lo que esta frase entredice, más acá de la persistencia del gesto irónico y descalificador, atrae el pensamiento

7. Para una nómina exhaustiva de las publicaciones de Borges durante este período y un análisis de esa producción en términos de estrategias de posicionamiento y lucha dentro del campo literario, ver Annick Louis: *Jorge Luis Borges: oeuvre et manoeuvres*, París, L'Harmattan, 1997.

8. En una nota que acompaña la publicación de las respuestas de Iturburu y Girondo en el Nº 4, *Contra* explica las razones del final repentino de la encuesta: "Quisimos dar a la encuesta un tono polémico, vivo, y no fue posible porque tanto elementos de izquierda como de la derecha y del centro, se han guardado sus opiniones".

9. "Edward Shanks: Rudyard Kipling. *A Study in Literature and Political Ideas*", en *Borges en Sur 1931-1980*, Buenos Aires, Emecé, 1999, p. 142. Se trata de una referencia casual, la primera que encuentro entre tantas otras que se podrían dar: la afirmación de la insignificancia estética de los propósitos del autor es un lugar común de la ensayística borgiana.

10. "Un caudaloso manifiesto de Breton", en *Textos cautivos*, Buenos Aires, Tusquets, 1986, pp. 287-8. En esta reseña no faltan —como lo prueba su título— las ironías, pero el tono general de la escritura es más reflexivo.

11. "Hablar de gobiernos esencialmente protestantes o fundamentalmente cristianos es como hablar de un modo de hacer compotas esencialmente protestante o de una equitación fundamentalmente católica." ("Modos de G.K. Chesterton", en *Borges en Sur 1931-1980*, ed. cit., p. 18).

12. *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, Seix Barral, 1993, p. 96.

hacia una realidad extraña a la lógica de las batallas por la legitimidad y el prestigio. Desde el punto de vista de la política de la literatura, el misterio de los resultados literarios está de más, y de eso, precisamente, habla la última frase de la respuesta de Borges. Tal vez sea excesivo decir que la frase habla de *eso*, tal vez sea mejor decir que en esta frase hay un eco de la más insistente afirmación que recorre los ensayos borgianos: la del misterio de la eficacia estética. Se la puede encontrar, manifestándose de distintas formas, en todos los géneros críticos que practicó Borges: la reseña, la nota, el ensayo y el prólogo (incluso en los géneros orales, la conferencia y la entrevista periodística).

A Borges lo asombra el misterio de que un verso, el gesto de un personaje en un relato, la postulación de la realidad en una novela o el tono de una conjetura en un ensayo puedan *tocarlo*, conmoverlo, sin que él sepa —y no siempre esté interesado en saber— por qué. Lo asombra que la eficacia literaria sea inmediata, que un texto pueda depararle un "goce físico",[13] que pueda afectar su cuerpo de lector "como la cercanía del mar o de la mañana".[14] Y la fuerza que este asombro ejerce en su escritura crítica es siempre mayor que la de los juicios fundados en algún criterio de valor establecido, incluso de los establecidos por él. Por eso puede decir que "realmente no hay otro canon" más que "sentir físicamente la presencia [de un texto]",[15] ningún otro fundamento del valor literario más que la emocionada convicción del lector. Borges sabe que el campo de las instituciones estéticas está tramado por juicios morales, los que se confrontan en las luchas por la legitimidad para las que siempre está dispuesto, pero sabe también, porque piensa todos los problemas del campo desde la posición del lector, que "un hecho estético (...) no puede autorizar un juicio moral"[16] y que conviene actuar sobre el anudamiento inevitable de la moral y la estética para liberar a ésta de la servidumbre a valores que, en última instancia, la niegan. La afirmación del misterio contamina de ambigüedad e incertidumbre la trama moral con la que se teje la política de la literatura. La última frase de la respuesta de Borges nos lleva a pensar que hay algo más potente, en términos de eficacia literaria, que la devaluación irónica que ejerce una política sobre otra: la presencia misteriosa del goce estético, que suspende el conflicto. El *goce físico de la lectura* no puede autorizar ningún juicio moral, pero puede hacernos sentir —sin padecer— lo que la moral teme y olvida: que este es un universo misterioso, "que nos destruye, nos exalta y nos mata, y no sabemos nunca qué es".[17]

El misterio no es la evidencia (la revelación) de lo inefable, sino una invitación a buscar explicaciones toda-

vía imposibles. La fórmula borgiana —otro lugar común de sus ensayos—[18] según la cual la eficacia literaria "*es anterior a toda interpretación y no depende de ella*" no niega la posibilidad de una reflexión fundada en el misterio, sino que invalida las pretensiones de cualquier hermenéutica trascendental. El goce de la lectura no sólo no necesita de interpretaciones para existir, prefiere evitarlas para que ninguna paráfrasis borre de la superficie textual la presencia extraña que lo suscita. Los ensayos de Borges se escriben desde y hacia la proximidad con lo inexplicable. La invención de razones que amplifican la inquietud y el encanto del misterio sustituye en ellos la referencia a algún código simbólico preestablecido.

Dije, al comenzar, que un detalle suplementario puede convertirse en una perspectiva capaz de reformular el sentido de la totalidad gracias a la convicción y la emoción que se experimentan en su lectura. Dije después que Borges piensa todos los problemas del campo literario desde la posición del lector. Estas dos afirmaciones, decisivas en mi argumentación, remiten a otra intervención borgiana de la década del 30, esta vez a uno de sus ensayos más conocidos, "La supersticiosa ética del lector".[19] En este ensayo ineludible para quienes creemos que la crítica literaria es esencialmente un relato de nuestras experiencias de lectura (un relato en el que la generalidad de los conceptos y el modo afirmativo de los argumentos no niegan, sino que intentan transmitir lo intransferible e incierto de esas experiencias, hasta el punto de dejarse conmover por su presencia evanescente), Borges sostiene que el crítico no se

13. "Swinburne", en *Borges en Sur 1931-1980*, ed. cit., p. 148.
14. "The Unvanquished, de William Faulkner", en *Textos Cautivos*, ed. cit., p. 246. La misma imagen surge en su lectura del poema *Lepanto* de Chesterton: "Es una página que conmueve físicamente, como la cercanía del mar" ("Modos de G.K. Chesterton", ed. cit., p. 23)
15. "*The Oxford Book of Modern Verse*, de W.B.Yeats", en *Textos Cautivos*, ed. cit., p. 136.
16. "Un libro sobre Paul Valéry", en *Textos Cautivos*, ed. cit., p. 147.
17. "Eugene G. O'Neill, premio Nobel de Literatura", en *Textos cautivos*, ed. cit., p. 50.
18. Borges la enuncia a propósito de un dístico de Quevedo ("Quevedo", en *Otras Inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé, 6ª ed., 1971, p. 61), los dramas de O'Neill y las novelas de Faulkner ("Eugene G. O'Neill, premio Nobel de Literatura", en *Textos cautivos*, ed. cit., p. 50), la belleza de un poema de Eliot ("T. S. Eliot", ibid., p. 143), la prosa de Cervantes ("Miguel De Cervantes: *Novelas Ejemplares*", en *Prólogos*, Buenos Aires, Torres Agüero, 1975, p. 45), la obra de Kafka ("Franz Kafka: *La metamorfosis*", ibid., p. 105) y las operaciones estéticas de Shakespeare ("Página sobre Shakespeare", en *Borges en Sur 1931-1980*, ed. cit., p. 71).
19. En *Discusión*, ed. cit., pp. 45-50.

debe dejar inhibir por supersticiones profesionales, si quiere experimentar "la eficacia o la ineficacia de una página", sino que debe perseverar en su posición de lector, "en el sentido ingenuo de la palabra". La *ética del ensayista*, la que se afirma incluso en los márgenes más inesperados de las intervenciones críticas, es la del *lector ingenuo o inocente*,[20] la del que sólo escribe, aun cuando responde a las demandas culturales, sobre lo que aumenta su potencia de pensar, imaginar e interrogarse, de experimentar en la escritura su legítima rareza.

II. Algo más sobre el prólogo a *La invención de Morel*

En la nota anterior argumenté la necesidad, o mejor, la *conveniencia* de no limitar las intervenciones ensayísticas de Borges a la efectuación de una política literaria o cultural determinada. Se trata de un problema que intento formular desde un punto de vista ético, sin descuidar la trama de exigencias institucionales que rodean y condicionan la escritura de un ensayo, pero valiéndome de esas referencias contextuales para hacer aparecer todavía con más fuerza, con mayor fuerza de desprendimiento, la intransferible posición de lector que el ensayista ocupa irrenunciable y a veces imperceptiblemente cuando interviene en las disputas del campo cultural, la posición en "vaivén" (Molloy) de una sensibilidad inquietada por la literatura de un modo pre-institucional. Mi hipótesis, cuya validez acaso deba restringirse a Borges, a algunos ensayos de Borges, es que el ensayista siempre dice o entredice lo que conviene al modo singular en que la literatura afecta su cuerpo de lector aunque esa afirmación perturbe la eficacia de su intervención pública.

Para construir las condiciones retóricas que me permitan experimentar y ceñir los alcances de esta hipótesis, voy a proponer —en rigor, a recordar— una relectura del célebre prólogo de Borges a *La invención de Morel* en términos de efectuación de políticas literarias, es decir, una relectura en la que se hace evidente el carácter eminentemente estratégico de este texto.

Sin duda, hay que leer este prólogo como una intervención múltiple, animada en principio por la voluntad de apoyar la incorporación de Bioy Casares al campo literario argentino y, lo que es más importante, de legitimar la existencia de una nueva modalidad narrativa, la que supuestamente practicaban a comienzos de los 40 el propio Borges y su joven amigo, identificada con el rigor constructivo y la conciencia del carácter artificioso del hecho literario. Después de dos reseñas lo suficientemente excesivas como para resultar contraproducentes, una a *La estatua casera*, la otra a *Luis Greve, muerto*,[21] Borges parece haber encontrado al fin una narración de Bioy que no propicie la transmutación de los elogios críticos en involuntarias ironías. Como la distancia entre el texto y el comentario favorable no es en esta ocasión exorbitante, el gesto legitimador se cumple. El "ditirambo final"[22] del prólogo borgiano, que eleva el rigor de su trama a las cumbres de la perfección, acompañará para siempre la circulación de la primera novela de Bioy como una suerte de sello que garantiza su valor.

Pero más importante que esta pequeña estrategia de promoción personal es la otra, la que tiene por objeto un modo de escribir ficciones en frontal y declarado antagonismo con dos poéticas de la narración dominantes en la época, las del realismo y la novela psicológica. En un trabajo insoslayable, María Teresa Gramuglio desplegó las posibilidades de una lectura del prólogo a *La invención*... "en términos de estrategias de escritor, esto es, de construcción de espacios y alianzas para la propia escritura, cuando ella cuestiona la norma y propone un nuevo valor".[23] En el interior de *Sur*, Borges y Bioy traman una alianza contra la estética humanista de Mallea y las supersticiones realistas de la novela psicológica a favor de los artificios policiales y fantásticos y de la razonada imaginación de la novela de aventuras. Por cautela, o —lo que acaso sea lo mismo— por mala fe, Borges no menciona a Mallea en el prólogo y elige polemizar con otra autoridad intelectual dentro de la revista, con Ortega y Gasset y sus ideas sobre la novela. A propósito de lo nuevo que *La invención*... y sus propias ficciones traen a nuestra indigente literatura nacional, para abrirle camino, Borges discute —a su modo, ironizando— la legitimidad de los juicios de Ortega que cimentan entre algunos escritores de la élite cultural argentina el prestigio de la novela psicológica. La suya puede parecer, en una primera aproximación, una típica estrategia de desplazamiento del otro y tentativa de ocupar su lugar.

En este punto conviene abrir un paréntesis en el desarrollo de la lectura del prólogo a *La invención*... para recordar que las poéticas que Borges propone en sus ensayos suelen ser, esencialmente, *poéticas de combate*, que el interés mayor que guía la formulación de estas poéticas es menos establecer unívoca y taxativamente qué deben ser la literatura o un género, que impugnar criterios de valoración que, favorecidos por las ideologías culturales de la época, se impusieron como dominantes. No se puede dudar del rechazo borgiano frente a la moral realista y el humanismo como fundamento estético, pero tampoco se puede identificar simplemente su poética del relato con los valores que defiende en el prólogo a *La invención*... para argumentar ese rechazo. El rigor en la construcción de tramas novedosas no es para él un valor en sí mismo, vale por la fuerza con que descompone lo que el discurso de Ortega "estatuye". Las poéticas borgianas se enuncian por lo general en el contexto de una discusión con alguna voz autorizada y suelen pedir que se las lea por la fuerza con que sacuden y desestabilizan lo estatuido antes que por la coherencia y la consistencia (siempre

20. Cf. Alberto Giordano: "Borges y la ética del lector inocente. Sobre los *Nueve ensayos dantescos*", en *Razones de la crítica*, Buenos Aires, Colihue, 1999, pp. 107-124.
21. En *Sur* Nº 18, marzo de 1936 y *Sur* Nº 39, diciembre de 1937, respectivamente.
22. Michel Lafon, "Poética del prólogo", en *Boletín/7* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, U.N.R., octubre de 1999, p. 11.
23. María Teresa Gramuglio, "Bioy, Borges y Sur, diálogos y duelos", en *Punto de Vista* Nº 34, julio-setiembre de 1989, p. 12.

discutibles, siempre al borde de la exageración o lo arbitrario) de lo que proponen.

Vuelvo a la lectura del prólogo. En la frase final, el ditirambo que consuma el deseo borgiano de instalar a su joven colega y aliado en un lugar de prestigio dentro del campo literario nacional, se dice algo, algo parece haber sido dicho o está por decirse que enrarece la jugada política. El punto de consumación es al mismo tiempo punto de exceso. Allí donde se cierra sobre sí mismo, en un enunciado memorable, difícil de olvidar por su tono y su sintaxis espléndidos, el prólogo se resquebraja y deja abierta, entredicha, la posibilidad de otra enunciación.

> He discutido con su autor los pormenores de su trama, la he releído; no me parece una imprecisión o una hipérbole calificarla de perfecta.

Para una moral de la construcción narrativa, como la que Borges contrapone a las interpretaciones humanistas del arte de novelar, la perfección es el más alto grado de rigor que se puede alcanzar en la invención de una trama. Para esta clase de moral formalista, que celebra la escenificación de lo obvio —la especificidad verbal de toda narración— como si se tratase de un milagro, *La invención de Morel* es una novela ejemplar. Así se entendió lo que Borges dice en el prólogo, así quiso Borges que se entendiera. Pero, como se sabe, "en el arte nada es tan secundario como los propósitos del autor", y esta exitosa jugada se contamina de literatura gracias a un fracaso o, para ser más justo, a una inesperada reaparición que proyecta sobre los argumentos una sutil e indespejable ambigüedad: la reaparición de la figura del lector haciendo prevalecer sus fueros sobre los del estratega de las batallas literarias.

Decir, cuando es casi lo único que se dice de una novela, que su trama es "perfecta", es decir mucho y demasiado poco. Mucho, para quienes confunden estética y moral y creen que la perfección es, en cualquier campo, un valor superior. Demasiado poco para quienes, como Borges, en otro lugar pero por la misma época, creen que se trata de un atributo que quizá sirva para consolarse de la falta de otros más "encantadores", pero que en sí mismo es "poco estimulante". "El concepto de perfección —escribió Borges en diciembre de 1938, acaso en el contexto de otra disputa literaria— es negativo: la omisión de errores explícitos lo define, no la presencia de virtudes."[24] ¿De la ausencia de qué otros atributos novelescos se consuela Borges en el prólogo a *La invención de Morel* elogiando la perfección de su trama? ¿De la falta de qué virtudes narrativas lo consuela a Bioy reconociéndolo como un inteligente y reflexivo constructor de argumentos?

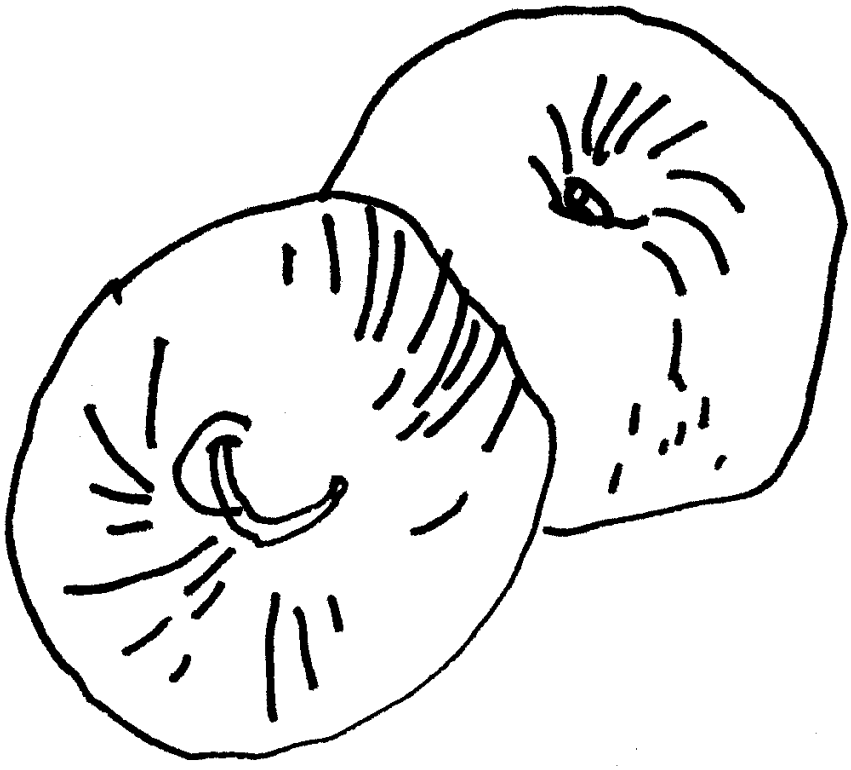
Se pueden encontrar respuestas a estas preguntas en "El primer Wells",[25] otro ensayo de Borges sobre un ingenioso inventor de tramas técnicamente irreprochables. La eficacia de los primeros ejercicios fantásticos de Wells, entre los que se cuenta un precursor evidente de la primera novela de Bioy, *La isla del Dr. Moreau*, no depende, no podría depender según Borges, de la "felicidad de sus argumentos", sino de la presencia de otros atributos que exceden las astucias técnicas y remiten, conjeturalmente, al influjo sobre la narración de fuerzas más potentes que las de una voluntad constructora. En las ficciones de Wells Borges admira la "infinita y plástica ambigüedad" de sus simbolismos, la forma en que esas ficciones refieren, de un modo claro pero evanescente, los procesos "inherentes a todos los destinos humanos". Para este Borges, el Borges que ensaya un juicio sobre una obra que lo conmueve sin apartarse de su ética de lector, el Borges que figura una perspectiva literaria que desborda el formalismo desde más acá de las interpretaciones humanistas, no importa la perfección sino la *eficacia* de una historia, algo que ocurre "casi a despecho de su autor" y que despierta en el que lee la certidumbre, difícil de nombrar pero indubitable, de que se está hablando de algo desconocido de sí mismo. Este Borges no desdeña los placeres que depara un artificio calculado, la ingeniosa y diestra ejecución de un argumento sorprendente, pero afirma —dice y entredice— que más intensos que esos placeres de literato son los inocentes "goces de la lectura", los estremecimientos que provoca en la sensibilidad del que lee, modestos descubrimientos de su secreta impersonalidad, la "lúcida inocencia" del que escribe.[26] Esa inocencia que Borges seguramente echó de menos en las discusiones sobre exitosos procedimientos narrativos con el autor de *La invención de Morel*.

¿Habría que concluir después de seguir este desvío de la lectura, este desvío en la estrategia legitimadora, que Borges se burló de Bioy y de sus lectores, que voluntariamente entredijo lo contrario de lo que declaró con énfasis para sorprendernos a todos en nuestra buena fe? La generosidad de la escritura borgiana me impone conjeturar una explicación menos insidiosa, más afín con los misterios que a veces también inquietan el disciplinado ejercicio de la crítica. Borges quiso darle un espaldarazo definitivo a su joven colega, presentarlo ante sus virtuales lectores, contra algunas expectativas ya legitimadas, como un narrador ejemplar. Por eso escribió un prólogo brillante, capaz de seguir ejerciendo su poder de persuasión medio siglo después de haber sido escrito, por eso puso una vez más sus incomparables dotes de polemista al servicio de la causa de los libros y la amistad. Pero algo en su ética de lector lo llevó inadvertidamente a traicionar —sin conspirar contra el éxito de su ejecución— ese proyecto, a entredecir su renovada decepción por la falta de ambigüedad y plasticidad en la escritura de Bioy. Fiel, sin posibilidad de renuncias, a los goces de la literatura, tuvo que serle infiel a la amistad. Por eso, en lugar de las esperables referencias al encanto o a la eficacia de algunos episodios, de algunos pormenores, estatuyó la perfección sin matices, inhospitalaria, masiva, de *La invención de Morel*.

24. Jorge Luis Borges: "*Stories, Essays and Poems*, de Hilaire Belloc", en *Textos cautivos. Ensayos y reseñas en "El Hogar" (1936-1939)*, Buenos Aires, Tusquets, 1986, p. 291.
25. En *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé, 6ta. ed., 1971. Todas las citas de este ensayo corresponden a las páginas 126 y 127.
26. "En libros no muy breves, el argumento no puede ser más que un pretexto, o un punto de partida. Es importante para la ejecución de la obra, no para los goces de la lectura" ("El primer Wells", ed. cit., p. 126).

Del intelectual al intérprete: las transformaciones de la sociología

Alejandro Blanco



Hace unos años, Immanuel Wallerstein, una de las figuras más representativas de la sociología contemporánea, ensayaba una evaluación del estado de la disciplina en los siguientes términos: "La disciplina está fraccionada y no tiene centro ni dirección colectiva".[1] Por la misma época, Anthony Giddens, otra figura no menos relevante, publicaba en una revista inglesa un pequeño opúsculo titulado "En defensa de la sociología"[2] con el que pretendía salir al cruce del panorama extremadamente desolador que acababa de presentar esta vez un destacado sociólogo norteamericano, Irving Horowitz, en su libro *La descomposición de la sociología*. Como signos de esta última Horowitz refería el cierre de algunos departamentos universitarios importantes, la reducción drástica de presupuesto para el financiamiento de la investigación, la caída del número de matriculados, la conversión de la disciplina en un espacio de grupos con sus agendas especiales y la emigración de muchos científicos sociales hacia áreas más estrictamente definidas. Frente a ese diagnóstico, Giddens procuraba mostrar que el mal trance que experimentaba la disciplina en el país en el que, paradójicamente, mejor se había implantado, no podía ser generalizable. En principio, porque, según estimaba, en Inglaterra las cosas habían mejorado sensiblemente durante las últimas décadas: la popularidad de la sociología había ido en aumento, el número de matriculados se había mantenido estable en comparación con otras disciplinas y, por lo demás, la sociología británica contaba actualmente con unos cuantos nombres de reputación internacional. Con todo, y a pesar de su optimismo, el mismo Giddens reconocía como preocupantes el distanciamiento de la disciplina respecto de las cuestiones públicas y de los asuntos prácticos así como una excesiva especialización que ha conducido a una falta de interés por las grandes cuestiones.

¿Qué son todas estas intervenciones? ¿El signo de una crisis en la sociología? Ciertamente, la sóla aparición de estos autoexámenes no debiera constituir motivo suficiente para inclinarse por una respuesta afirmativa, entre otras cosas porque una ojeada retrospectiva alcanza para comprobar que, en sus cien años de historia (pocos más, pocos menos), no ha sido muy extenso el período en el que la sociología experimentó una situación realmente estable. Por lo demás, y a nivel institucional, la sociología con-

1. Immanuel Wallerstein, *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social*, Nueva Sociedad, Venezuela, 1999.

2. El texto apareció en *New Statement and Society*, en 1995 y más tarde fue incluido en un libro de ensayos del autor, *En defensa de la sociología*, traducido al español por la editorial Alianza, Madrid, 2000.

temporánea está, quizá como nunca antes, relativamente bien integrada: ha logrado consolidar una compleja estructura organizacional, se ha institucionalizado a nivel nacional, regional e internacional, ha experimentado un proceso de ampliación y diversificación institucional y el número de especializaciones y de publicaciones se ha incrementado notoriamente. No menos notoria es, podría decirse, su presencia en la esfera pública, especialmente en los medios de comunicación y en el Estado. He ahí, entonces, los signos de una disciplina institucional y socialmente integrada. Pero no es ése, intuyo, el terreno de la discusión. Más bien, lo que estas intervenciones revelan es la reapertura de un debate relativo a la *identidad* y al *sentido* de la sociología como actividad de conocimiento y a lo que podemos esperar todavía de ella a la luz de las transformaciones operadas en la cultura intelectual durante los últimos treinta años.

La construcción de la ortodoxia

Es indudable que la sociología ya no está, como en el período comprendido entre 1945 y 1970, en el centro de la escena. Fue ese su período de máximo esplendor. El número de estudiantes y de profesores así como de investigadores aumentaba rápidamente. La reputación de la disciplina estaba en alza. El predominio de la cuantificación y el consiguiente rechazo a las generalizaciones especulativas, la prioridad asignada a la recolección de datos, el desarrollo y perfeccionamiento de numerosas técnicas y metodologías de investigación así como el compromiso cada vez más pronunciado con las técnicas cuantitativas e incluso con los modelos matemáticos de análisis daban la sensación de que las tradicionales disputas entre enfoques nomotéticos e ideográficos habían, por fin, concluido. Talladas sobre el modelo de las ciencias naturales, la sociología, y las ciencias sociales en general se fijaron como objetivos de la actividad científica, al igual que aquellas, la recolección y refinamiento de los datos, el establecimiento de correlaciones, la formulación de generalizaciones empíricas y la construcción de modelos, todo ello con la esperanza de construir teorías verificables que estuvieran en condiciones de reducir la explicación de los fenómenos sociales a la formulación relativamente sencilla de unas cuantas leyes o enunciados nomológicos. Una común expectativa de predicción y de administración, fundadas éstas en una expectativa de exactitud cuantificable definió así la promesa con que quedó identificada la sociología como nueva disciplina del mundo académico. Fue esa promesa la que, a su vez, colocó a la sociología "en el primer plano de la atención y las esperanzas públicas".[3]

En lo que respecta a la teoría, y gracias a la extraordinaria obra de síntesis de Talcott Parsons, *La estructura de la acción social*, la sociología se dotó de una tradición (la representada por los nombres de Durkheim, Weber y Pareto, aunque este último, por razones todavía desconocidas, no fue plenamente aceptado y su lugar fue poco tiempo después ocupado por Marx) y de un vocabulario, el del análisis funcional, que su discípulo Robert Merton se encargaría de codificar, y Paul Lazarsfeld de afinar, disponiéndolo para un uso instrumentalmente efectivo. Esa unificación de lenguaje se vio acompañada, asimismo, de una unificación temática y programática: la modernización y la edificación de una ciencia del desarrollo y el *cambio planificado*. La preocupación por clarificar los nexos causales o las correlaciones funcionales entre las diferentes variables agregadas (industrialización, urbanización, diferenciación social, racionalización, ampliación de la participación social, etc.) así como por establecer los factores favorables o desfavorables al cambio y la modernización definieron un lenguaje (el de los grandes indicadores) y una problemática (la de la modernización) que habría de regir la actividad sociológica durante ese cuarto de siglo. El pronóstico, como era de esperar, estuvo al orden del día. La teoría de la modernización infundió un conjunto de *expectativas*, la más importante de las cuales era aquella según la cual, del mismo modo a como las cosas habían ocurrido en los países centrales, aunque posiblemente con ritmos diferentes, en la nuevas naciones el desarrollo y la modernización económica y social traerían aparejados una modernización del sistema político en términos de una ampliación de la participación y la definitiva consolidación de la democracia representativa. En el contexto de este lenguaje y de esta problemática, la sociología volvía a recuperar aquella vocación que había tenido desde sus inicios: la de convertirse en un medio, una "sociotécnica", para reorganizar científicamente una sociedad que había sido sacudida por los trastornos de la "era de la revoluciones".

En fin, y por todas estas razones, la sociología, por un buen tiempo, pudo lucir los rasgos de una disciplina consolidada: parecía haber alcanzado lo que en el lenguaje de la filosofía y sociología de la ciencia suele denominarse como el "cierre cognitivo" (un grado relativamente bajo de incertidumbre en la definición de sus tareas) y el "cierre social" (alto grado de interdependencia entre sus practicantes, incremento de la orientación esotérica y consiguientemente mayor autonomía del campo).

La crisis del consenso ortodoxo

Hacia fines de los años sesenta, sin embargo, y por razones tanto políticas como intelectuales, aquella promesa, y con ella, aquel consenso sobre la naturaleza y las tareas de la sociología comenzaron a verse erosionadas. Muchos de los vaticinios fueron desmentidos. El desarrollo y la modernización adoptaron fórmulas políticas diferentes a la democracia representativa, y el conflicto de clases se agudizó. La normalidad de dichos desvíos, que el trabajo de la nueva historiografía y de la emergente sociología histórica se encargaría de ilustrar a través de una casuística, terminó por socavar las certezas y con ello, las esperanzas que esa sociología había despertado en cuanto a su capacidad para predecir la

3. Daniel Bell, *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*, Alianza, Madrid, 1984.

orientación que adoptaría el cambio. Se puso en evidencia que en la nuevas naciones los nexos causales o las correlaciones funcionales entre las diferentes variables agregadas (industrialización, urbanización, diferenciación social y democratización de la sociedad) no habían seguido la secuencia esperada. Todo ello, claro está, puso en crisis la confianza en la "sociedad" como una esfera organizadora y determinante de la política. Pero también quedó demostrado que muchos de los supuestos acerca de la Europa precapitalista y capitalista estaban errados: las sociedades del Antiguo Régimen no eran tan tradicionales como se suponía, ni Inglaterra, el país que se había tomado como modelo ejemplar de sociedad industrial o burguesa, lucía tan económicamente industrial ni socialmente burgués como se había creído. En suma, quedó al descubierto el carácter eurocéntrico de la "norma" misma que había originado esas expectativas así como el hecho de que esa norma no era más que un cuadro idealizado de lo que efectivamente había ocurrido en occidente. La "teoría de la dependencia", en un comienzo, y la teoría de los "sistemas-mundo", más tarde, terminaron, a su vez, por revelar el error de imputar los procesos de desarrollo a los estados nacionales concebidos como entidades o estructuras autónomas, puesto que en realidad la evidencia recogida mostraba que dichas estructuras (aunque no en todos los casos) eran el resultado de procesos ocurridos a escala mundial y moldeadas por ellos. Este cambio de escala implicó no solamente un cuestionamiento a las interpretaciones sobre el "problema del desarrollo" sino, y más fundamentalmente, una crítica al "marco de referencia" que hasta ese momento había regido el análisis sociológico de esta problemática: el que identificaba los límites de una sociedad con los de un Estado.

Asimismo, las ambiciones de construir una "ciencia de la sociedad" se vieron sacudidas una vez que se demostró, entre otras cosas, que el modelo de ciencia natural que la sociología y con ella las ciencias sociales habían decidido emular era, en realidad, un modelo filosóficamente errado. En efecto, la representación de una ciencia que progresa a fuerza de observaciones, deducciones y verificaciones fue profundamente alterada por los trabajos de Kuhn y de quienes los siguieron, al poner de manifiesto que el acceso a los datos a la luz de los cuales se verifican luego las afirmaciones son inseparables de los "paradigmas" o marcos de significado a partir de los cuales trabaja una comunidad científica. Consecuentemente, se volvió difícil seguir manteniendo la creencia en la existencia de unos hechos independientes de las teorías así como la idea de que existe una determinada manera de ver, clasificar y explicar el mundo que todos los seres racionales estarían obligados a aceptar. La autocomprensión racionalista de la ciencia se vio sensiblemente dañada, en fin, desde el momento en que se demostró que el significado de las teorías y de los conceptos no está directamente vinculado a las observaciones empíricas sino que depende de sistemas interpretativos en los que las cuestiones de comunicación y traducción desempeñan un papel central.

En el contexto de estos debates, la sociología (y la ciencia social en general) comenzó a experimentar un significativo proceso de reestructuración. Una de sus consecuencias más importantes fue la reacción generalizada contra la presunción de que las ciencias naturales podían ofrecen un modelo adecuado para las ciencias sociales y la convicción de que la explicación de los fenómenos naturales y la explicación de la conducta humana debían ser vistas como dos empresas lógicamente diferenciadas.

A partir de entonces, las perspectivas fenomenológicas y hermenéuticas pasaron a primer plano y con ellas comenzó a ganar adeptos la idea según la cual la explicación de la acción humana debía adoptar la forma de una recuperación de los *significados* de los actos desde el punto de vista de los actores que los realizan y no como una deduccción de una ley natural o por lo menos estadística. Esta nueva idea no implicó, solamente, un cuestionamiento en el nivel del método (de la explicación a la comprensión) sino, y más fundamentalmente, en el nivel de la ontología, es decir, en el modo en que nos representamos la vida social. En la concepción "naturalista" de la sociología, la realidad social era concebida sobre la base de una distinción que colocaba de un lado las acciones, las estructuras y las instituciones considerados como los "hechos brutos" y, del otro, las creencias y los valores tematizados como versiones de la realidad más o menos ajustadas a ella. El dualismo establecido permitía así salvar la idea de un mundo objetivo que era independiente de las creencias que lo tomaban por objeto. Pero desde el momento en que quedó demostrado que no podemos concebir ni conocer la realidad (natural o social) independientemente de los conceptos y/o del vocabulario con que nos referimos a ella, la consistencia de aquel dualismo (y con él, de todas las dicotomías que le son subsidiarias, como hecho y valor, descripción y evaluación, objetivo y subjetivo) comenzó a debilitarse. El retorno del problema del significado al centro de la reflexión sociológica supuso un cambio en el *estatuto* del significado: el mismo ya no fue entendido como el lado subjetivo de una realidad social que es independiente de él sino como constitutivo de la misma. La realidad a la que el sociólogo debía ahora enfrentarse se había modificado sensiblemente: de un mundo constituido por "hechos" similares a fuerzas externas, a uno en el que un conjunto de personas se relaciona entre sí a través de una serie de prácticas y/o actividades que reciben su significado del lenguaje y/o del vocabulario que utilizan para describirlas y llevarlas a cabo. Todo ello entrañó un cambio en el idioma de la explicación social: de las leyes, las causas, las variables, los indicadores y las generalizaciones empíricas se pasó a las reglas, los significados, los símbolos y las representaciones. Pero se modificó también la concepción misma de lo que es una explicación social: en adelante el sentido o significado de las prácticas o formas culturales era remitido no a alguna estructura o sintaxis universal generadora sino a los "marcos locales" en los

que esas prácticas o formas estaban enraizadas.[4]

Con todo, el resultado de esta reestructuración que siguió a la crisis del estructural-funcionalismo no fue la instalación de un "nuevo consenso" sino la emergencia de una variedad de orientaciones y teorías —algunas de ellas incluso rivales— (fenomenología, estructuralismo, interaccionismo simbólico, etnometodología, teoría de la acción racional, individualismo metodológico, sociología histórica, neofuncionalismo, entre otras), en cada una de las cuales prevalece un determinado lenguaje así como representaciones bien diferenciadas respecto de lo que significa conocer la vida social y cómo hay que proceder para ello. Ninguna de ellas, por lo demás, tuvo —ni ha logrado tener hasta el momento— la capacidad de adquirir la preminencia y el dominio de que había sido capaz el estructural-funcionalismo norteamericano. La nueva situación fue claramente formulada hace unos años por Anthony Giddens en la introducción a *La teoría social hoy*, un libro colectivo que pretendía reunir los trabajos más representativos de las distintas tradiciones y tendencias de la ciencia social contemporánea. Giddens escribía: "El lector que busque un consenso acerca de las metas de la teoría social se sentirá decepcionado".[5] Un poco más adelante añadía: "Existen desacuerdos acerca de algunas de sus *cuestiones más básicas*: acerca de qué tipo de ciencia social es posible, acerca de cuál debería ser su objeto, y acerca de qué metodos debe sancionar".[6] Los términos en que, pocos años después, Raymond Boudon habría de referirse a la situación no eran muy diferentes: incremento de la diversidad, pronunciada heterogeneidad y una cierta anarquía eran, a su juicio, las notas más características de la producción sociológica europea de las últimas décadas.[7]

La emergencia de esa diversidad, asimismo, fue desdibujando los contornos de la sociología en tanto disciplina unificada paradigmáticamente y diferenciada de otras disciplinas del mundo social, provista de un objeto y de un lenguaje específicos. Por un lado, cada orientación se constituyó sobre la base de una apertura a universos conceptuales y tradiciones de pensamiento que habían permanecido silenciadas durante los años de vigencia del "consenso ortodoxo": hacia la teoría crítica (Habermas), hacia la filosofía del lenguaje ordinario (especialmente Wittgenstein), hacia la fenomenología (Husserl/Schutz) y hacia la hermenéutica (Gadamer). Una importante consecuencia de ello ha sido un declive del tradicional énfasis en el método de análisis en favor de una renovada insistencia en la base filosófica de la investigación social. Por el otro, los emprendimientos cada vez más frecuentes de trabajos interdisciplinarios e incluso intradisciplinarios así como la apertura de la sociología hacia campos disciplinarios vecinos han provocado un extenso solapamiento de los temas de discusión y de las metodologías de análisis.

Frente a ello, la certeza de que la sociología constituye una disciplina distintiva y diferenciada de otras empresas intelectuales como la historia, la antropología o la ciencia política se ha debilitado (aunque, en rigor de verdad, lo mismo puede predicarse para el resto de las ciencias sociales). Quizás esto explica la inclinación, entre los propios sociólogos, a describir su trabajo acudiendo al vocablo, más indeterminado semánticamente, de "teoría social" antes que al de sociología o teoría sociológica, y a concebir esta última, en todo caso, como, según el propio Giddens, "una rama de la teoría social en sentido lato, pero [que] no puede sustentar una identidad plena por sí sola".[8] Aunque referidas a las ciencias sociales en general, las afirmaciones vertidas por Wallerstein van en la misma dirección cuando escribe: "No hay afirmaciones sensatas que se puedan hacer en los llamados

2 frutas

4. Véase Clifford Geertz, *Conocimiento local*, Paidós, Barcelona, 1994.
5. Anthony Giddens, Jonathan Turner y otros, *La teoría social hoy*, Alianza, México, 1990 (ed. orig. 1987), pág. 9.
6. *Op. cit.*, pág. 21.
7. Raymond Boudon, "European Sociology: The Identity Lost" en Birgitta Nedelmann y Piotr Sztompka (eds.), *Sociology in Europe. In Search of Identity*, De Gruyter, Berlín-New York, 1993, págs. 27-44.
8. Anthony Giddens, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu, Buenos Aires, 1995, pág 18.

ámbitos de la sociología, la economía o la ciencia política que no sean históricas, y no hay análisis históricos sensatos que uno pueda emprender que no hagan uso de las llamadas generalizaciones que se emplean en las otras ciencias sociales. ¿Por qué entonces continuamos la pretensión de que estamos comprometidos en tareas diferentes?"[9] En suma, aunque lo siga siendo en términos organizacionales, la sociología, en opinión de Wallerstein, ya no constituye una disciplina en el sentido intelectual de la palabra. Por cierto, esta última afirmación es discutible. Nadie dudaría, claro, de que las relaciones entre la sociología y la historia, por ejemplo, son más complejas de lo que deja entrever la clásica, didáctica, aunque simplificadora fórmula que considera la primera como una ciencia de lo general (nomotética) y la segunda como una ciencia de lo singular (ideográfica). De muchos trabajos, incluso, es difícil discernir a cuál de las disciplinas pertenecen. Con todo, la imposibilidad de establecer distinciones tajantes no impide reconocer que cada una de ellas presenta una serie de caracteres distintivos tanto en lo que respecta a sus objetivos, a sus intereses cognoscitivos como a sus métodos. Pero independientemente de todo ello, lo cierto es que un sociólogo dedicado, pongamos por caso, a la cultura, suele encontrar más afinidad con el historiador que trabaja en el mismo campo que con el colega consagrado a la sociología del trabajo.

Ahora bien, ¿cuán diversa es esa diversidad?, ¿ha devenido la sociología una babel de voces o es posible advertir, luego de un examen más detenido, una coherencia mucho mayor de lo que es perceptible a primera vista? A la luz de los desarrollos de la teoría social contemporánea, una respuesta afirmativa al segundo de los interrogantes parece en principio plausible. En efecto, y a un nivel muy general, pueden detectarse desarrollos convergentes como consecuencia de una serie de transformaciones de carácter intelectual que han afectado profundamente la naturaleza de los *paradigmas* con que se analiza el orden social. El cambio más significativo ha sido el desplazamiento de la familia de los paradigmas deterministas por la familia de los paradigmas no deterministas. Ello ha entrañado fundamentalmente una transformación decisiva *en la representación de la acción* por la teoría sociológica: la imagen del *homo sociologicus* como un ser movido por fuerzas sociales que le son exteriores ha sido paulatinamente reemplazada por la de un *homo sociologicus* intencional. Una clara manifestación de esto último es la emergencia y expansión de las teorías que privilegian las explicaciones intencionales por sobre las funcionalistas o estructurales y que colocan la intencionalidad y la acción dotada de sentido en el primer plano de la reflexión sociológica. La teoría de la "elección racional" (John Elster), el individualismo metodológico (R. Boudon), las diversas variantes de interaccionismo simbólico, la teoría de la estructuración de Giddens, e incluso los esfuerzos titánicos de Pierre Bourdieu para que su teoría luzca menos estructuralista de lo que realmente es, son, aunque muy distintos entre sí, ilustraciones de un desplazamiento en esta dirección. Cada una de ellas, a su manera, colocaron la problemática del *sentido* y la de la racionalidad y sus límites en el centro de la interrogación sociológica. Paralelamente a esta suerte de giro pragmático, la teoría social ha experimentado lo que se ha dado en llamar un *giro interpretativo o hermenéutico*, que, originado en las tradiciones de la hermenéutica y la fenomenología, ha consistido fundamentalmente en una puesta en relieve de la dimensión simbólica de la acción humana así como en el privilegio asignado al lenguaje en la comprensión de la vida social.

En un nivel más específico, la convergencia es visible en el hecho de que ya nadie se atreve a definir la "explicación" de un "hecho" (como todavía es frecuente encontrar en los manuales consagrados a la historia de la disciplina) como una operación consistente en deducirlo de una ley o sistema de leyes relacionadas. Por lo demás, la insistencia de la mayoría de las escuelas en el carácter activo y reflexivo de la acción social, el reconocimiento del carácter *contextual* del conocimiento así como el abandono de la vieja división entre explicación y comprensión, o entre métodos naturalistas y comprensivistas (hasta no hace mucho fuente de innumerables controversias) en provecho de una articulación entre ambos, constituye, sin duda, otros de los puntos de convergencia de las distintas orientaciones.

La promesa renovada

Y bien, ¿qué podemos esperar, todavía, de la sociología? Ciertamente, y en virtud de los cambios señalados, la sociología se ha vuelto una disciplina más trivial, modesta en sus ambiciones y considerablemente más cauta en sus pronósticos. Ha renunciado a las pretensiones —que se revelaron quiméricas— de controlar y regular el movimiento de la sociedad. Las transformaciones de la cultura intelectual operadas durante los últimos treinta años han modificado sensiblemente los estilos y las expectativas de la reflexión sobre el mundo social. Lo que ha entrado en crisis es la aspiración a construir representaciones globales de la sociedad tanto como la posibilidad de aportar soluciones sociotécnicas a los problemas del mundo político.

La sociología ha debido renunciar también a un monopolio: desde el momento en que ha asumido que los actores legos son teóricos sociales cuyas teorías concurren a formar las actividades e instituciones que constituyen, la línea que separa la reflexión sociológica de actores legos y la de los especialistas se ha tornado difusa. Esto último, al mismo tiempo, plantea un conjunto de nuevos problemas, en especial el problema de la relación (o traducción) entre los conceptos legos y los conceptos científicos, pues suponer que la solución consistiría en dar con un equivalente exacto sería suponer que el lenguaje y/o los conceptos de los científicos sociales están libre de problemas, suposición que toda la filosofía del lenguaje contemporánea no ha hecho más que socavar.

9. Immanuel Wallerstein, *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social*, op. cit., pág. 54.

Pero al mismo tiempo la sociología ha ensanchado el universo de sus problemas y preocupaciones. Se ha vuelto más sensible a aquellas dimensiones de la vida social (como la cultura, el lenguaje y la historicidad) cuyo desconocimiento afectó de manera severa precisamente la posibilidad de cumplir con la promesa que había hecho suya. Esa mayor sensibilidad se revela igualmente en una mayor atención a la naturaleza social e histórica del conocimiento mismo. En ese sentido, y tal como ocurre en las ciencias naturales, la sociología como actividad de conocimiento también pone en juego cuestiones de significado e interpretación que se han revelado irreductibles al ideal de un "lenguaje de observación teóricamente neutral, ontológicamente primario". Pero, y a diferencia de aquellas, la sociología debe enfrentar también, y eternamente, el problema de la doble hermenéutica, es decir las dificultades planteadas por el hecho de que su materia tiene también una voz, lo que quiere decir que la realidad que enfrenta el sociólogo es, también, una realidad ya interpretada. Nuevamente, esto último plantea una serie de interrogantes íntimamente conectados con el problema del relativismo y el de la autoridad intelectual. En efecto, si el conocimiento científico, al igual que el de los actores, está socialmente contextualizado, sujeto a marcos de significado que son propios de esferas específicas y diferenciadas de actividad, ¿hasta qué punto podemos dar por sentado que las visiones del científico tienen un privilegio por sobre las del lego? O, dicho de otra manera, ¿de qué normas disponemos para decidir cuál de las dos versiones es la versión *correcta*? De las dificultades para dar una respuesta a estos interrogantes algunos han extraído como conclusión la necesidad de elaborar una versión *dialógica* de la ciencia social, aunque no es, en rigor de verdad, la única respuesta.

¿Y su vocación de pronóstico? La asunción de que los actores son criaturas que se definen en sí mismas ha venido a poner en aprietos la posibilidad de hacerla efectiva desde el momento en que los cambios en la autodefinición modifican lo que los seres humanos son y obligan, por consiguiente, a interpretarlos en términos diferentes. En la medida en que las innovaciones conceptuales (las autodefiniciones) modifican la realidad social, el pronóstico, la predicción de cómo las cosas habrán de ocurrir, se torna una cuestión problemática. En tal sentido, se diría, la predicción, en tanto norma de una buena explicación, ha caído en descrédito.

¿Significa todo ello que la sociología ha renunciado a su voluntad de producir "medios de orientación"? De ninguna manera, entre otras razones porque el que la teoría sociológica haya asumido que el conocimiento de los actores no es contingente sino constitutivo de la sociedad que estudia y, por consiguiente, que la comprensión y explicación de la vida social dependen muy estrechamente de un conocimiento de las razones que han tenido los actores para hacer lo que hacen, no significa que la vida social se reduzca a las intenciones de los actores. Más bien, ocurre que en muchas ocasiones el alcance y las consecuencias de lo que hacen desbordan sus intenciones y/o propósitos e ingresan como parte de la condiciones de su acción. Con todo, afirmar que ciertos aspectos de la vida social en general y de las instituciones en particular no fueron deseados por quienes participan en ellas sigue siendo muy distinto a suponer, como era habitual en la autocomprensión positivista de la ciencia social, que las acciones de los individuos son causadas por fuerzas que los trascienden.

Pero lo que se ha modificado es el modo en que la sociología puede orientarnos. De acuerdo con los argumentos vertidos hasta aquí, esa orientación ya no puede asumir una forma *tecnológica*, aquella según la cual la sociología tendría como misión corregir las creencias erradas que los actores tienen sobre las instituciones en las que participan, pues para ello, nuevamente, deberíamos suponer la existencia de un mundo exterior, objetivo, que es independiente de lo que los actores (incluido el propio hombre de ciencia) piensan o creen que es. Pero desde el momento en que esas creencias son constitutivas del mundo en que viven, la comprensión y explicación de ese mundo supone una comprensión del modo en que los actores comprenden lo que experimentan. El sociólogo ya no está en condiciones de legislar acerca de lo que éstos deben creer y hacer (para ello debería contar con un conocimiento objetivo del mundo, lo cual, por todas las razones antes reseñadas, se ha vuelto extremadamente problemático) sino, a lo sumo, de colocar sus acciones en un contexto más amplio de inteligibilidad y ofrecer indicaciones acerca de cómo nuestras acciones, al estar insertas en una red de interdependencias y conexiones más amplia que la medida de nuestros planes y aspiraciones, producen consecuencias no deseadas que conspiran precisamente contra ellos.

Zygmunt Bauman ha escrito que haríamos mal en esperar de la sociología otra cosa que "un comentario, una serie de notas al pie de página para nuestra experiencia de todos los días".[10] No es tarea de la sociología "descubrir" el significado de lo que hacemos por la sencilla razón de que nuestras actividades son actividades significativamente orientadas. Lo que puede hacer es inscribirlas en un contexto más amplio de interpretación y a partir de allí establecer distinciones y conexiones que trascienden el horizonte de nuestra experiencia cotidiana. Al proceder de esa manera, la sociología nos ayuda a comprender el carácter "indexical" de nuestras descripciones y a admitir que ellas no son el mundo sino sólo un índice de lo que éste significa o puede significar para nosotros. En tal sentido, el conocimiento sociológico es una forma refinada de ese conocimiento, el sentido común, que todos poseemos como actores competentes. Multiplica los contextos de lectura y de esta manera aumenta el número de mediaciones que experimentamos como actores participantes en diferentes juegos de lenguaje. Y al hacerlo nos ofrece la posibilidad de interpretar nuestra experiencia y la de nuestros semejantes de manera menos parroquial. Lo cual, claro está, no es poco.

10. Zygmunt Bauman, *Pensando sociológicamente*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1994.

La historia en fragmentos: fragmentos para una historia

Hilda Sabato

"[L'historien] ne fait pas l'histoire, il ne peut que faire de l'histoire", Michel de Certeau, *L'écriture de l´histoire*, París, Gallimard, 1975, p. 15.

I

En los años 80 un diagnóstico fue ganando espacios en los debates intelectuales y académicos de América y Europa: la historia estaba en crisis. Una agitación teórica y epistemológica sacudía a la disciplina. Se ponían en cuestión los fundamentos de una manera de concebir y escribir la historia que había mantenido su hegemonía durante varias décadas. Y se abría un período de controversias, ensayos y experimentaciones que todavía no se ha cerrado, aunque cada vez las innovaciones resulten menos disruptivas y más previsibles. Por los mismos años, en la Argentina se iniciaba una transformación de otra índole que afectaría de manera decisiva las condiciones de la producción historiográfica (y la vida de los historiadores): la formación de un campo académico apoyado en instituciones públicas y privadas de investigación y enseñanza. Desde entonces hasta hoy, buena parte de la historia escrita en el país se ha originado en ese campo académico. Finalmente, por entonces también se inauguró una nueva era política que generó un clima de expectativas de un futuro mejor compartidas por vastos sectores de la población al cual no fueron ajenos los historiadores.

Todo esto no es nuevo. Tampoco lo es el señalar que estos cambios afectaron la producción historiográfica argentina y reflexionar sobre la doble influencia de la crisis de la historia y los vaivenes institucionales y políticos en esa producción.[1] Menos se ha dicho, en cambio, sobre los efectos de esas transformaciones en cuanto al lugar que ocupa el "hacer la historia" en nuestra sociedad. Se trata de una pregunta que muchos de nosotros nos hacemos cada día, en nuestro trabajo como historiadores, pero que pocas veces, quizá por inseguridad o por pudor, nos respondemos en público. La lectura del artículo de Roy Hora en el último número de *Punto de Vista* me ha llevado, sin embargo, a poner por escrito algunas reflexiones y dudas motivadas por aquella pregunta. Aunque Hora no aborda ese problema sino lateralmente, muchas de sus afirmaciones tienen como premisa que la historia tiene ciertas funciones que

1. Ver, por ejemplo, Tulio Halperin Donghi, "Un cuarto de siglo de historiografía argentina, 1960-1985" en *Desarrollo Económico*, No. 100, 1986 e Hilda Sabato, "Historia política, historia intelectual: viejos temas, nuevas ópticas" en Marco Palacios (comp.), *Siete ensayos de historiografía*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional, 1995. Roy Hora retoma argumentos incluidos en estos dos ensayos en las primeras páginas de su artículo publicado en el último número de *Punto de Vista*.

cumplir en la sociedad, funciones que nunca explicita pero que de hecho usa como vara de medida para juzgar si la historiografía de los últimos años sirve o no sirve. Como creo que parte importante de los cambios habidos en ella, acá y en todas partes, se relacionan, precisamente, con el hecho de que el lugar que la historia ocupaba en las sociedades contemporáneas se ha transformado de manera radical, quisiera pensar nuestra práctica teniendo en cuenta también ese hecho y, más que dar por sentada una función para el "hacer la historia", interrogarme sobre la misma.

La historia se ha desgajado del papel legitimante y forjador de identidades tanto nacionales como de clase que tenía en el pasado, así como de su pretensión de explicar globalmente el mundo. En consecuencia, muchos de los mejores historiadores de hoy ya no buscan dar cuenta de la totalidad sino interpretar fragmentos; deconstruir mitos, más que construirlos, y formular preguntas sobre el pasado desde el presente sin pretender encadenar ambos términos causalmente de manera unívoca. No quiero sugerir con esto que no haya otras maneras de concebir a la historia como saber y a la historiografía como práctica, sino llamar la atención sobre el interrogante que pende sobre la función misma del "hacer la historia" en nuestro tiempo. Y desde allí, reflexionar sobre nuestra propia práctica como historiadores de la Argentina de hoy.

II

Fui parte, como otros de mi generación, de los movimientos de renovación política, institucional y de la disciplina que se iniciaron en los 80. Apostábamos entonces a la democracia, a la refundación de la universidad pública y al fin de las ortodoxias historiográficas. Casi veinte años más tarde, el optimismo que alimentaba el compromiso con que nos embarcamos en esas empresas se ha extinguido, aunque ello no impide que muchos sigamos obstinadamente apegados a ese compromiso. En los tres planos hoy nos encontramos en otro lugar que el que esperábamos alcanzar entonces. En lo que respecta al primero de ellos, no hace falta recordar aquí cuánto ha cambiado el clima político de la Argentina, cuán generalizados son el desconcierto y la decepción frente a esta democracia realmente existente.

En cuanto a la profesionalización de la historia, proceso que estuvo asociado al de la refundación de la universidad pública, el balance es más complejo. Luis Alberto Romero ha trazado un cuadro preciso de las transformaciones experimentadas por el campo académico en estos años.[2] Hubo, efectivamente, una renovación en escuelas y departamentos de historia donde nuevos profesores y nuevos programas pusieron la investigación y la enseñanza que se realizaba en esos ámbitos a la altura de los tiempos. Hay nuevas generaciones formadas y en formación. Se establecieron criterios de calidad compartidos. Se incrementó la cantidad de trabajos que responden a esos estándares y de alguna manera reflejan una producción sostenida relativamente buena. Y se editan revistas especializadas, libros y colecciones a través de los cuales esa producción circula y se difunde. Tenemos una profesión, dice Romero. Pero junto con ella ha llegado cierto conformismo, hay peligro de que se establezca un "sistema de patrones", se evidencia una pobreza de debates. Lamenta, finalmente, la ausencia de "una imagen general de nuestra historia" argentina.

No hay nada sorprendente en este cuadro que se parece al de cualquier campo académico en cualquier ciudad del mundo donde funcione un sistema universitario relativamente desarrollado. Sin embargo, como sabemos, en la Argentina ese funcionamiento mismo es precario y por lo tanto, los mecanismos a través de los cuales se produce la alimentación y reproducción del campo no son ni tan aceitados, ni tan dinámicos como pareciera a primera vista. Si esto contribuye por un lado a que las jerarquías sean menos estables y los liderazgos más débiles que en otras latitudes, por otro refuerza ciertas características corporativas y tendencias conservadoras en la profesión, tanto por parte de los más viejos como de los más jóvenes, pues todos se aferran a las posiciones adquiridas.

En tercer lugar, los límites de la experimentación historiográfica desatada por la crisis que eclosionó en los años 80 también están a la vista, acá y en todas partes. Son conocidas las características de esa crisis que renovó las preguntas en torno a viejos temas: la naturaleza de la producción historiográfica, el estatuto del texto histórico, la posibilidad misma del conocimiento del pasado. Y que llevó al derrumbe de la posición hegemónica que la historia social ocupaba en los años 60, así como del lugar privilegiado que tenían las ciencias sociales (especialmente la sociología y la economía) en la provisión de modelos de causalidad fuertes y métodos positivos para la historia.

Pero mientras en Estados Unidos, Francia, Inglaterra y algo más tarde Alemania ese proceso desató discusiones fuertes y hasta polémicas feroces, en la Argentina prácticamente no hubo debate. Tal vez porque aquí no había combate posible en el plano institucional: a diferencia de lo que ocurrió en otros países, donde la historia social había logrado un cierto predominio a partir de los años 60, en el nuestro esa historia nunca alcanzó un lugar de poder equivalente. Por el contrario, la tradición de la historia social era, todavía en los 80, bandera de renovación frente al anquilosamiento de la historia que se escribía y enseñaba en las instituciones académicas oficiales. Pero aún más tarde, cuando esa renovación se hizo posible, ésta adoptó perfiles que ya respondían más a los cambios inducidos por la crisis historiográfica que a la tradición que le había provisto sus banderas. Me refiero, en particular, a uno de los primeros resultados visibles del cuestionamiento: la emergencia, en palabras de Carlos Altamirano, de "una nueva coyuntura en la práctica historiográfica, sin polos hegemónicos en cuanto a las vías, los instrumentos y los objetos que permiten lecturas, de resultados signi-

2. Luis Alberto Romero, "La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional" en *Entrepasados*, No. 10, 1996.

ficativos, de nuestro pasado".[3] También, a la vigencia de las miradas parciales, sin pretensión globalizadora, destinadas a inquirir sobre zonas particulares de ese pasado. No se trata, sin embargo, de una coexistencia de diferentes concepciones historiográficas fuertes, sino de cierta heterodoxia teórica y metodológica que caracteriza a buena parte de la producción historiográfica argentina actual. No han aparecido entre nosotros cultores de las versiones más duras del giro lingüístico, aunque la influencia de sus planteamientos es visible en la producción de muchos. Tampoco se ha librado batalla alguna en torno a varios de los núcleos más persistentes de la historia social, como las concepciones de totalidad y determinación social, por ejemplo, o las nociones de actor social y de experiencia.

El campo historiográfico argentino no ha sido, entonces, centro de ninguna de esas confrontaciones que agitaron a los historiadores del norte, pero de alguna manera (derivativa,seguramente) procesó sus consecuencias. Tanto aquí como allá —ahora que los debates se han ido domesticando— no hay ortodoxias ni recetas historiográficas dominantes, aunque existan polos de aglutinación que reconozcan preferencias en cuanto a "las vías, los instrumentos y los objetos" del quehacer del historiador.

La multiplicación de ámbitos institucionales de producción y circulación que mencionamos arriba ha favorecido esa diversidad. Si la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA pareció al principio concentrar buena parte de la renovación, hoy existen varios núcleos que reúnen tanto a historiadores de la generación que encabezó el movimiento después de la dictadura como a investigadores de las generaciones siguientes que se han integrado plenamente a la producción. En ese marco, los intentos por establecer monopolios, definir patronazgos o demarcar por donde pasa "la verdadera historia" —que no faltan— han tenido hasta el momento éxitos muy limitados.

Este panorama reserva sin duda un lugar menos virtuoso para quienes nos inclinamos por la historia que el que ocupaban quienes en los años 60 libraban un combate por modificar una disciplina y un ámbito académico hegemonizados por otros. Y mucho menos heroico que el que creíamos tener en los 70 cuando hacíamos de nuestra vocación intelectual un arma de la lucha política que poníamos al servicio de la revolución. También deja menos espacio para las figuras excepcionales o para los grupos privilegiados que por una razón u otra, dentro o fuera del país, lograron mantener su profesión y su producción intelectual aún en los años más negros de la dictadura. Entonces, algunos entendíamos el trabajo de historiador como una forma de resistencia. Hoy somos, en cambio, universitarios, profesores, investigadores. Ni héroes ni resistentes. Tampoco somos adelantados. Algo parecido a la normalidad, por llamarlo de alguna manera en un país en que es difícil dar contenido preciso a ese término, se ha instalado entre nosotros. ¿Con qué resultados?

III

Una producción vasta y necesariamente heterogénea se genera hoy en institutos de investigación, centros de estudios, programas de doctorado. No estamos, como ocurrió durante largos años, frente a los resultados del trabajo de algún intelectual sobresaliente, de libros brillantes pero aislados, casi únicos, de doctorados solo posibles (paradójicamente) por el exilio o el acceso a becas externas. Lo que tenemos es un conjunto mucho más abultado, diverso, y cuya calidad no resulta nada fácil de ponderar. En primer lugar, porque nuestra nueva normalidad ha implicado la ampliación de quienes se dedican a la historia y ello incluye a muchos que no lo hacen para producir grandes obras sino para ejercer una profesión, un oficio. La proliferación de monografías puntuales de mayor o menor originalidad tiene mucho que ver con eso, así como la multiplicación de artículos sobre temas muy específicos y con ambiciones muy limitidas. En segundo lugar, porque uno de los fenómenos característicos de este campo académico que se ha formado es el de la acumulación productiva alimentada por el intercambio intelectual. En la medida en que existen ámbitos institucionales (revistas, seminarios, grupos) que funcionan con regularidad, se han ido construyendo problemáticas en diferentes tiempos y niveles, alrededor de las cuales la producción se desenvuelve nutrida no solo por la investigación de individuos o núcleos aislados sino también por el diálogo, la confrontación y el debate más amplios. En algunos casos, esa dinámica ha resultado en revoluciones interpretativas que no reconocen un solo autor sino que resultan de la interacción intelectual dentro del campo. En tercer lugar, porque en la medida en que no se reconoce una "última instancia" de determinación social y que por lo tanto no hay temas ni enfoques privilegiados, hay una fragmentación de las miradas y de las preguntas que obliga a ampliar el foco para no caer en la búsqueda de aquéllo que sabemos no vamos a encontrar (ya que partimos reconociendo que una revolución historiográfica planetaria desplazó algunas preguntas y perspectivas del horizonte de los historiadores del fin de siglo). Finalmente, porque este nuevo campo profesional incluye no sólo a quienes se formaron inicialmente como historiadores sino también a muchos estudiosos que, provenientes de otras disciplinas, se han dedicado a la historia.

La complejidad del panorama no anula, sin embargo, la pregunta acerca de los resultados de tanto esfuerzo de producción. En este punto voy a renunciar a cualquier aspiración de dar cuenta del estado de la historiografía argentina en general o de intentar un balance crítico, para detenerme en cambio sobre algunas zonas de su producción que la han revolucionado en las últimas dos décadas. Se trata de zonas que han crecido y se han transformado al calor de la crisis y renovación de la historiografía; que se han abierto, además, como espacios de indagación de cuestiones centrales en el debate público contemporáneo, y que

3. Carlos Altamirano, "Breve apología de la historia intelectual" en *Espacios*, No. 8/9, 1990/91, p.4.

muestran, a la vez, los límites que la historia se ha impuesto para ofrecer explicaciones globales sobre la marcha del mundo. Dejo deliberadamente de lado otras áreas de la disciplina donde ese cruce de dimensiones es menos visible o ha sido menos productivo, pues me interesa, precisamente, trabajar sobre ese cruce. Y lo voy a hacer recortando la producción reciente de diferentes maneras para atender a un campo disciplinario (la historia intelectual), una problemática (la ciudadanía) y un período (la entreguerra).

IV

Un campo

No tengo dudas acerca de que las innovaciones más impactantes de estos años han sido introducidas de la mano de la historia intelectual y cultural. Bajo esta denominación hago referencia a un campo heterogéneo en cuanto a sus enfoques, métodos, objetos específicos pero que remite siempre a la esfera de las significaciones. Por cierto que el estudio de esta instancia no es nuevo, pero cuando en las perspectivas hegemónicas ella aparecía subordinada a otras más determinantes, su tratamiento quedaba relegado y asociado a las prácticas más conservadoras de la historiografía. Hoy la situación ha cambiado. La historia que atiende a esas dimensiones del pasado humano ocupa un lugar central en la disciplina y por allí ha pasado buena parte de la innovación y la controversia. La producción historiográfica argentina no ha sido ajena a este movimiento más general, no sólo porque ha habido un desarrollo sostenido de la historia intelectual y cultural sino porque el interrogante acerca de la esfera de las significaciones se ha incorporado al repertorio de historiadores dedicados centralmente a otras cuestiones.

Dos figuras paradigmáticas pero a la vez excepcionales de la historia social de los años 60, José Luis Romero y Tulio Halperin Donghi, propusieron ya entonces lecturas originales de la historia de las ideas y de los intelectuales. El primero, en la advertencia a El *desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, observaba que la historia de las ideas tenía "escasa tradición y muy imprecisos contornos". Buscaba entonces eludir "la exposición del pensamiento sistemático, porque … la historia de las ideas no puede ser una mera yuxtaposición de historias parciales de innumerables campos de la reflexión" y se proponía en cambio explorar "las relaciones entre la realidad social y las corrientes de ideas y opiniones".[4] En suma, Romero intentaba una historia social de las ideas. Halperin Donghi, por su parte, hacía "una historia política de los intelectuales".[5] Iniciaba entonces su recorrido de las élites letradas del siglo XIX, aspecto que ha sido central en una obra siempre compleja y pionera en tantos sentidos. A estos nombres se podrían agregar los de quienes, como Adolfo Prieto, David Viñas y Noe Jitrik, imprimían una flexión histórica a su interés por la crítica literaria, o los de estudiosos que, como José Carlos Chiaramonte o Gregorio Weinberg, incluían la dimensión de las ideas entre sus preocupaciones historiográficas.[6] Sin embargo, ese interés por las ideas, los letrados y las prácticas intelectuales se encontraba en general subordinado a otras instancias de lo social y ocupaba un lugar relativamente marginal en el conjunto de la producción argentina.

Treinta años más tarde, la situación se ha revertido, no solamente por el atractivo que esos temas comenzaron a ejercer a partir de los tardíos setenta, sino porque además el campo se ha renovado y complejizado, tanto en sus objetos como en sus abordajes. Ideas sistemáticas, pensamiento no formalizado, discursos de distinta índole, ideologías, visiones del mundo, prácticas culturales: la variedad de interrogantes ha ampliado los alcances de la historia intelectual y cultural, cuyos límites se mantienen difusos y cambiantes. La construcción de una trama institucional ha fortalecido el lugar que ocupa en el campo académico y ha favorecido los intercambios entre sus cultores y el diálogo con quienes transitan áreas afines, como la crítica literaria, la historia del arte, la filosofía política, entre otras. Se publica una "revista de historia intelectual" (*Prismas*) pero además otras revistas, como *Punto de Vista*, *Entrepasados*, *Estudios Sociales*, y varias de las publicaciones universitarias dedican espacios significativos a la producción en este campo. Existen grupos de investigación y docencia universitarios, que encaran proyectos y realizan reuniones y seminarios. Ciertos emprendimientos editoriales, como la colección Biblioteca del Pensamiento Argentino y las series Historia y Cultura y Cultura y Sociedad ahora discontinuadas, han puesto títulos importantes en circulación.

En ésta, como en otras áreas de la indagación intelectual, las preguntas que se han formulado no solamente resultan de los aires de renovación que han afectado a la historiografía en general, sino también de la particular situación argentina. Así, a pesar de la diversidad de objetos y esquemas interpretativos que se despliegan en ese campo, una preocupación atraviesa buena parte de la producción de estos últimos años: la preocupación por las formas que asumieron la modernización y la modernidad en la Argentina. Esa cuestión está presente en la mayor parte de las indagaciones recientes sobre los proyectos de las dirigencias políticas, las ideas desplegadas por las élites letradas y los intelectuales, las empresas culturales, la cultura de los sectores populares y alta cultura, los lenguajes políticos, los discursos y programas estéticos, los imaginarios

4. José Luis Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, México, FCE, 1965.

5. La observación es de Carlos Altamirano en "Hipótesis de lectura (sobre el tema de los intelectuales en la obra de Tulio Halperin Donghi)", *Punto de Vista*, No. 44, 1992. Allí dice: "Aun cuando toma por objeto las ideas de 'los hombres de ideas', más que el movimiento intrínseco de éstas o su coherencia doctrinaria, lo que Halperin Donghi busca dilucidar por medio del análisis histórico es el trabajo de elaboración de experiencias y situaciones —que por lo general son las del orden sociopolítico— a través de diferentes géneros discursivos (entre ellos el discurso histórico)".

6. Tulio Halperin Donghi llamó la atención sobre los aportes de Gregorio Weinberg y José Carlos Chiaramonte a la historia de las ideas de los años 60, pero marcaba también que ellos "veían sobre todo en la marcha de las ideas un aspecto parcial de un desarrollo más general" ("Un cuarto de siglo de historiografía argentina, 1960-1985", p. 517).

sociales, los artefactos culturales. No se trata, en la mayor parte de los casos, de contrastar, como era frecuente en las décadas anteriores, modernización y atraso, ideas progresistas y visiones conservadoras del mundo, para buscar las razones de algún camino hacia el progreso interrumpido por la presencia de rasgos arcaicos o tradiciones retrógadas en nuestra sociedad. Ni tampoco de rescatar las ideas autóctonas, genuinas, resistentes a la penetración de unas ideologías foráneas que habrían impedido algún deseable desarrollo autónomo. La nueva historiografía de la cultura, las ideas, los intelectuales, ha partido en general del postulado (en general implícito) de la Argentina como sociedad inmersa en los procesos complejos de modernización que atravesaron al mundo occidental en los siglos XIX y parte del XX, para indagar acerca de la dinámica que ellos mostraron en las esferas que cada trabajo elige explorar de manera singular. En ese marco general, se despliegan miradas específicas.

No voy recorrer ahora el catálogo de libros y artículos que se han producido en esta área ni pretender calificar a los buenos, los malos y los regulares. Prefiero, en cambio, referirme a qué aportes interpretativos han traído los principales trabajos, a las problemáticas que han construido y a cómo ha variado nuestra visión del pasado a partir de ellos y de las polémicas que han contribuido a desatar.

Empiezo por la historia urbana. Durante los años 60 y 70, la historia de las ciudades argentinas y de Buenos Aires en particular, se escribió mayormente en clave de la sociología y la planificación urbanas. Fue, nuevamente, José Luis Romero quien rompió con esa tendencia para proponer una flexión cultural en su magistral *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, libro que tuvo escasa repercusión local en el momento de su publicación (1976).[7] En la última década, en cambio, la historia cultural urbana se ha construido como problemática a partir de un conjunto de intervenciones de diverso tipo (artículos, libros, tesis doctorales) que exploran e interpretan de manera muy creativa el proceso de modernización de la ciudad. Esta producción ha generado visiones complejas y originales de varios períodos de la historia de Buenos Aires y ha contribuido a pensar la ciudad de otra manera.[8]

Buenos Aires aparece también como el espacio privilegiado de indagación de la constitución de lo que Beatriz Sarlo ha llamado una "cultura de mezcla".[9] Sarlo enfocó con esa lente el mundo intelectual de las décadas del 20 y del 30, analizó figuras literarias, discursos estéticos, instituciones de la cultura y también exploró algunas de las construcciones imaginarias que arraigaron en capas medias y populares de una ciudad en rápida transformación. Estos trabajos y los de otros investigadores formados en la crítica literaria se alejan de las clásicas historias de la literatura y combinan algunas de las herramientas de su métier con otras vertientes del análisis cultural en una convergencia heterodoxa pero a la vez muy propia de la historia intelectual de nuestro tiempo.

En su interés por las formas de circulación de la cultura letrada entre los sectores populares, varios de estos trabajos se entroncan con una problemática más amplia que ha encontrado un espacio importante de desarrollo en la Argentina, la de la cultura de esos sectores en perspectiva histórica. Esta línea de indagación significó un cambio de perspectiva en los estudios sobre las clases subalternas iniciados en la década de 1960. Ya a fines de los años 70, la introducción de los debates de la historiografía inglesa y de los aportes de Eric Hobsbawm y sobre todo de E.P. Thompson y Raymond Williams, abrieron el terreno para la crítica a las concepciones vigentes hasta entonces y para la variación de interrogantes y enfoques. Algo más tarde, esos cuestionamientos resultaron en propuestas alternativas de indagación, que colocaron la dimensión de la cultura en el centro mismo del estudio sobre los sectores populares. En palabras de Romero y Gutiérrez, se trataba de analizar "la relación entre las prácticas sociales de un determinado sujeto y el sistema de representaciones que elabora, en el marco de una sociedad y de una cultura que lo presiona y lo limita".[10] Esta propuesta tuvo una alta productividad en la historiografía reciente, y ha resultado tanto en un conjunto de trabajos sobre las clases populares urbanas en la Argentina de la modernización que han incorporado como aspecto decisivo la pregunta acerca de las dimensiones simbólicas de los procesos sociales, como en variadas polémicas sobre formas de abordaje y de interpretación de la historia en ese plano.[11]

En el terreno más clásico de la historia de las ideas políticas también ha habido cambios importantes. Nuevas aproximaciones inspiradas en la categoría de "lenguaje político" acuñada por Pocock o en otras formas de conceptualización del discurso y la retórica, han permitido vincular de manera original el mundo de las ideas con el de la vida pública, y establecer conexiones entre proyectos formulados por políticos e intelectuales y las vicisitudes de la acción, marcada por la contingencia y la imprevisibilidad. En este registro —en que la figura de Tulio Halperin Donghi se recorta, de nuevo, como pionera— se han escrito textos sobre diferentes momentos de la historia intelectual rioplatense y argentina, que han instituido tópicos nuevos. Tal el caso de los trabajos sobre tradición y discursos republicanos en el siglo XIX, sobre el discurso peronista y la cultura de izquierda en el XX o los que se ordenan en torno a la cuestión social y el reformismo del fin

7. Ver Adrián Gorelik, "Miradas sobre Buenos Aires: itinerarios", *Punto de Vista*, No. 41, 1991.
8. Cabe mencionar aquí, entre otros, los trabajos de Pancho Liernur, Adrián Gorelik, Graciela Silvestri, Anahi Ballent, Fernando Aliata, entre otros. En un intento por identificar esta perspectiva, Adrián Gorelik ha sugerido que "el estudio cultural de la ciudad podría definirse… como un estudio atento al modo en que la ciudad y sus representaciones se producen mutuamente".
9. Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
10. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1955, p. 16.
11. En este rubro cabe mencionar, por ejemplo, los trabajos de Gutiérrez y Romero, Ricardo Falcón, Dora Barrancos, Ofelia Pianetto, Mirta Lobato, Agustina Prieto, Juan Suriano, Diego Armus, entre otros. En un registro algo diferente, los textos de Juan Carlos Torre.

de siglo, temas que no aparecían sino marginalmente en el horizonte historiográfico de hace veinte años y cuya introducción ha permitido identificar, explorar y discutir aspectos muy importantes de nuestro pasado.[12]

Entre esas novedades, se destaca el denso espacio de interrogación que se ha abierto en torno a la construcción de la nación, un problema que ha obligado a sus historiadores a cruzar ideas con prácticas, dimensiones simbólicas con realizaciones materiales, proyectos con resultados.[13] Influidos por un clima de época que ha llevado a mirar críticamente los procesos de conformación de los estados-nación modernos, a desnaturalizar las identidades nacionales, y a cuestionar los esencialismos nacionalistas, esos historiadores han alimentado a su vez esos cuestionamientos y los debates en torno a ellos. El trabajo sobre la formación de la nación ha llevado, además, a explorar el papel de la historia como saber y de los historiadores como intelectuales en la constitución de la identidad nacional y a reflexionar críticamente sobre la conciencia histórica.

Un problema

Asociado a la formación de la nación se plantea otro tema de cruce en que la historia intelectual y cultural se encuentra con la historia política y que —al igual que la cuestión nacional— no puede sino vincularse con los problemas políticos de nuestro fin de siglo, el de la ciudadanía. Su irrupción en los años 80 se relaciona con los procesos políticos de transición a la democracia y de afirmación de sus valores e instituciones, tanto en América Latina como en Europa oriental. Ya en los 90 las dificultades por las que atravesaron esos procesos, así como problemas que aparecieron en países de más larga trayectoria democrática, llevaron a una reflexión crítica acerca de las relaciones entre democracia y ciudadanía, que aún continúa. Los historiadores argentinos no hemos sido ajenos a ese clima de ideas y hemos vuelto la mirada sobre la conflictiva historia de las relaciones entre sociedad civil y sistema político, en particular en los procesos de formación de los estados nación iberoamericanos a lo largo del siglo XIX.

Hasta hace no muchos años, buena parte de la historiografía interpretaba el siglo XIX en términos de la transición de las sociedades de Antiguo Régimen a los estados-nación modernos. La caída del absolutismo y del mercantilismo habrían dado lugar al ascenso del capitalismo, la adopción de los principios del liberalismo y el desarrollo gradual de la democracia. Con frecuencia la historia se escribió como el relato de los avances realizados en el camino lineal y progresivo que habría llevado de unas formas a otras, y de los obstáculos encontrados en esa senda. La experiencia argentina no fue una excepción a esta tendencia, y sus transformaciones políticas y económicas fueron en general contrastados con ese curso ideal.

En las últimas décadas, sin embargo, esta tendencia ha sido criticada desde diferentes campos de la disciplina. Tanto el concepto de la evolución lineal como la noción de un camino universal hoy son fuertemente cuestionados. Al mismo tiempo, un interés creciente por la acción humana y la contingencia como dimensiones significativas de la interpretación histórica han llamado la atención sobre el papel de lo único y lo específico en todo proceso social, aspectos que ya no se descartan en función de las fuerzas más estructurales y presumiblemente determinantes. En este contexto, el siglo XIX ha adquirido una nueva densidad. Períodos que se consideraban sólo como meras etapas en el camino hacia el progreso, ahora se estudian por derecho propio, regiones marginales a los procesos centrales han ganado visibilidad y cada día, nuevas preguntas surgen para poner en duda las imágenes heredadas sobre ese largo siglo inaugurado por las revoluciones americana y francesa y clausurado por la Primera Guerra Mundial.

Este cambio de perspectiva ha sido especialmente productivo en el campo de la historia política. En los últimos veinte años, la investigación histórica ha alterado de manera sustantiva la visión del pasado político de Europa y las Américas. En el caso de América Latina, trabajos recientes responden de manera renovada a preguntas muy viejas referidas a la construcción de las nuevas comunidades políticas (las naciones) y la producción y reproducción del poder político luego de la ruptura del orden colonial español y portugués. En ese marco es que la problemática de la ciudadanía ha pasado a ocupar un lugar central en las indagaciones y se ha convertido en una lente —que no la única— a través de la cual los historiadores exploran el territorio de la política decimonónica.

Esta problemática se abre en una serie de interrogantes que han sido recorridos de manera original por la historiografía argentina reciente. Preguntas acerca de la soberanía popular y de la soberanía de los pueblos; de la representación, el sufragio y las prácticas electorales; de la esfera pública y sus instituciones; de la opinión pública y de otras facetas relativas a la constitución de nación política están en la base de un conjunto de trabajos que conjugan las novedades de la historiografía con cuestiones muy presentes en el debate público. Desde la cuestión de la organización política partidaria hasta el surgimiento y desarrollo de la prensa escrita, las formas de movilización popular, o la constitución de identidades nacionales, una variedad de temas —cada uno de los cuales a su vez forma parte de otros repertorios políticos y académicos— se han articulado de manera atractiva en torno de esta problemática.[14]

Estos desarrollos han tenido lugar en el marco de un espacio denso de producción e intercambios. Esto es, no

12. Me refiero aquí a los trabajos de Natalio Botana, Carlos Altamirano, Jorge Myers, Oscar Terán, Elías Palti, Eduardo Zimmermann, entre los más notorios.

13. Entre otros José Carlos Chiaramonte, Oscar Terán y Lilia Ana Bertoni, además de Tulio Halperin Donghi, han incursionado en esta temática.

14. Entre quienes han contribuido al desarrollo de esta problemática, aunque su producción en muchos casos la excede, se encuentran Marta Bonaudo, Noemí Goldman, José Carlos Chiaramonte, Jorge Myers, Marcela Ternavasio, Pilar González Bernaldo, Ricardo Salvatore, Carlos Cansanello, Alberto Lettieri, Ema Cibotti, entre otros. Mis trabajos recientes también giran alrededor de este tema.

se trata de obras aisladas de historiadores inspirados sino del resultado complejo de una conjunción de factores. En primer lugar, como marco general, la aparición en el horizonte historiográfico y el clima político de nuestro tiempo de preocupaciones relativas a la ciudadanía, la democracia y la formación de las naciones como comunidades políticas. Luego, la coincidencia en torno a los mismos temas, de investigadores de diferentes generaciones, con orientaciones disciplinarias diversas y distintos intereses específicos, lo que implicó un cruce de enfoques no siempre pacífico pero en general intelectualmente estimulante. Tal el caso, por ejemplo, de las controversias sobre las formas de la soberanía y de las identidades políticas en el Río de la Plata de la primera mitad del siglo XIX o sobre los alcances de una esfera pública en la Buenos Aires rosista. Un tercer punto ha sido la apertura hacia la producción de otros países de América Latina, donde también esta problemática ha concitado el interés intelectual y político de muchos estudiosos. Esa apertura ha resultado en la creación de un ámbito compartido de intercambios bastante más intensos que los que habían sido habituales en el estudio de la historia política argentina hasta hace muy poco. Finalmente, aunque se puede identificar a algunas de las figuras que primero incursionaron en estos temas, no existen "dueños" o "patrones" que controlen el campo. La renovación no ha sido monopolio de ningún historiador en particular y puede encontrarse en libros o en tesis, en artículos de publicaciones académicas o en notas de revistas culturales.

En conjunto, los desarrollos que han tenido lugar en el marco de este espacio de producción han complejizado la historia de la Argentina del siglo XIX. En los conflictivos procesos de conformación de nuevas comunidades políticas que siguieron a la caída del orden monárquico y colonial, la institución de la ciudadanía cumplió un papel importante en la construcción, legitimación y reproducción del poder político. Su estudio ha permitido explorar ciertas zonas de ese proceso hasta el momento descuidadas o descartadas y producir interpretaciones originales sobre la vida política. También ha abierto nuevas preguntas, algunas de las cuales seguramente no podrán responderse en los marcos de esa misma perspectiva . La historia del poder no se agota en la de la ciudadanía, aunque esta dimensión resulte ya un aspecto insoslayable de su análisis.

Un período

La entreguerra: he aquí un marco temporal que ha sido construido como relevante por la historiografía reciente. Las periodizaciones, con todo lo de arbitrario que conllevan, definen límites de discontinuidad a la vez que encierran intervalos en que se postula la persistencia de una relativa continuidad. Esas marcas pueden ser significativas en algunas dimensiones de lo social y no en otras, pero hay fechas de corte que pretenden reflejar a la vez que instituir verdaderas fisuras en el tiempo histórico. Tal era el caso de 1930 para la Argentina, que posiblemente como ningún otro año se constituyó como parteaguas de la historia nacional en todos sus planos.

En los últimos tiempos hemos visto cómo se ha desdibujado esa línea divisoria en trabajos de muy diversa índole y cómo se ha ido definiendo una especie de consenso implícito en torno de una nueva periodización. La Primera Guerra aparece ahora como brecha fundamental. En sintonía con un motivo presente hace tiempo en la historiografía europea, la argentina encuentra en la Guerra el hito que define un cambio epocal. En palabras de Eric Hobsbawm: "La Primera Guerra mundial… marcó el derrumbe de la civilización (occidental) del siglo diecinueve", ese "largo siglo" comenzado con la Revolución Francesa.[15] Como parte de esa civilización, la Argentina experimentó muchos de los cambios que llevaron a la crisis de las instituciones, los valores y las relaciones de dominación sobre las que se había construido el mundo del XIX. Los años que van de 1918 a 1922 aparecen ahora como decisivos en ese sentido y se encuentra en ellos el origen de muchas de las transformaciones y novedades que depararon las décadas del 20 y del 30 a la sociedad argentina. En este punto, el debate sigue abierto, alimentado tanto por las hipótesis que surgen de la exploración histórica como por las discusiones políticas, en la medida en que, por muchos años, 1930 constituyó también una fecha mítica de quiebre en el imaginario colectivo del progresismo argentino.

Líneas de continuidad se trazan ahora entre las dos décadas antes separadas por la brecha del año 30, líneas que se extienden hasta otro de los momentos claves del siglo XX, la Segunda Guerra. Hobsbawm define el período enmarcado entre los dos conflictos mundiales como la "era de catástrofes" para la sociedad occidental, durante la cual ésta sufrió calamidad tras calamidad. No es éste, el de la catástrofe, el registro dominante en la historiografía argentina que trabaja sobre la entreguerra. Una lectura compleja de los cambios experimentados en muy diversos planos (de la vida política, la cultura en distintos niveles, la economía incluso) ha llevado a fijar también el cierre del período inaugurado con la primera guerra en la segunda. Ese fin de una era para el mundo lo es también para la Argentina, donde el momento está marcado, además, por el hecho peronista, síntoma de los cambios habidos y señal de los por venir.

En suma, una nueva periodización se ha impuesto en la exploración de la historia argentina del siglo XX. No pretendo en esta breve nota discurrir acerca del porqué de este movimiento ni ponderar sus bondades, sino simplemente señalar que la "invención" de la entreguerra ha sido un producto de la historiografía reciente que ha logrado imponerse como visión compartida, aunque el debate sigue abierto tanto dentro como fuera del campo.[16]

15. Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes. A History of the World, 1914-1991*, New York, Pantheon Books, 1994, p.6.

16. Esa periodización apareció inicialmente en los trabajos Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez, Beatriz Sarlo, Waldo Ansaldi, pero luego ha sido adoptado en muchos otros. La colección Biblioteca del pensamiento argentino dirigida por Tulio Halperin Donghi, incluía inicialmente un tomo que cubría precisamente el período de entreguerra (volumen que luego fue subdividido por razones de extensión).

V

Hasta aquí esta entrada, fragmentaria, por tres vías diferentes a esa historiografía. Por cierto que ella no agota el catálogo de novedades en materia de enfoques, métodos e interpretaciones del campo ni tampoco refleja todos los resultados. Apenas da cuenta de algunos de aquellos que considero más interesantes y productivos, que han arriesgado preguntas y respuestas diferentes a las que circulaban hasta hace poco sobre nuestra historia no sólo en el circuito académico o profesional sino en el terreno más amplio del debate público. Esas producciones tienen, como vimos, la marca de una época argentina, la que recorre un arco que va desde el fin de la dictadura, con su dosis de expectativas de acción y transformación, a este principio de siglo, cargado de decepciones. También llevan la impronta del campo académico en que la mayor parte de ellas han sido gestadas. Ese campo, como vimos, por primera vez ha funcionado de manera relativamente "normal" por un período de casi veinte años. Tiene sus instituciones, sus reglas y su dinámica, lo que garantiza algunas pautas de calidad e impone ciertos formatos. Resulta, a la vez, en una producción historiográfica de gran heterogeneidad en cuanto a sus aspiraciones, envergadura y repercusión. Pero si, como lo ha señalado justamente Michel de Certeau, es imposible analizar el discurso histórico independientemente de la institución respecto a la cual "se organizan sus silencios", tampoco es posible explicarlo únicamente a partir de ella.

Hubo un tiempo en que la historia se planteaba interrogantes estructurales y proponía explicaciones globales. Un consenso implícito "que fundaba la unidad de lo social identificándolo con lo real" sustentaba las formulaciones totalizadoras.[17] Hoy ese consenso se ha quebrado aquí y en todo el mundo. La segmentación de las miradas, la multiplicidad de lenguajes y estrategias de investigación, la disolución de las hegemonías interpretativas y la falta de confianza en cualquier interrogación que se pretenda omnicomprensiva ha desembocado en una diversidad de preguntas, enfoques, métodos e interpretaciones. Esa situación no ha impedido, como vimos, la generación de climas de ideas y marcos de discusión compartidos entre franjas amplias de historiadores, o la construcción de imágenes generales de la historia argentina, aunque ellas ya no encuentren claves explicativas únicas ni se puedan ordenar en torno a modelos causales simples.[18] Pero sí ha impreso la marca de la fragmentación a la indagación histórica y al campo historiográfico, marca que, como vimos, ha sido una característica fuerte de la producción argentina.

Hubo también un tiempo en que la historia cumplió un papel central en la construcción de las identidades colectivas. Pero a partir del fin del mito nacional y del estallido de la temporalidad "moderna", la historia ha dejado de ocupar ese lugar. La articulación entre pasado, presente y futuro propia de la modernidad hoy ha quedado atrás. Vivimos un "recalentamiento del presente" mientras el futuro ha quedado despojado de cualquier connotación progresiva o utópica y lejos de inspirar confianza, despierta miedos. Con el fin de la novela nacional ha desaparecido ese movimiento histórico que aseguraba "el deslizamiento desde el pasado hacia el futuro por la mediación del presente", donde el futuro aparecía como novedad pero también como destino (nacional). Olivier Mongin señala que ese cambio no ha significado el fin de la historia como disciplina. Por el contrario, ella florece, dice, desprendida de sus imperativos teleológicos y de sus obligaciones identitarias (propias de la era de auge de los estados-nación); se ha autonomizado como saber.[19] Pero, se pregunta, "¿Cómo vivir el duelo de la representación histórica del tiempo, el fin de la conciencia histórica que se produce, paradojalmente, en el reino de la historia como disciplina?" Esta pregunta expone la profundidad de un cambio epocal que no puede sino tener consecuencias para la historiografía y los historiadores, así como para el lugar que aún ocupa el "hacer la historia" en la Argentina.

17. La frase es del editorial de la revista *Annales* titulado "Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?", No. 2, 1988.
18. Tal el caso del libro de Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, que propone una visión general a la vez que muy compleja de nuestro siglo XX.
19. Las citas son de Olivier Mongin: "¿Una memoria sin historia?" en *Punto de Vista*, N° 49, 1994.

REVISTA DE CRITICA CULTURAL

DIRECTORA:
NELLY RICHARD

SUSCRIPCIONES INTERNACIONALES
1 año, 3 números, vía aérea

Personal U$S 20 / Instituciones U$S 30
Adjuntar cheque a nombre de Nelly Richard. Revista de Crítica Cultural, Casilla 50736, Correo Central, Santiago de Chile

REVISTA IBEROAMERICANA
Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Suscripción anual:
Socios del IILI: U$S 45.00
Individual para estudiantes: U$S 25.00
Individual para profesores jubilados: U$S 25.00
Socios protectores: U$S 70.00
Instituciones suscriptoras: U$S 60.00
Instituciones protectoras: U$S 70.00

Países latinoamericanos:
Individual: U$S 25.00
Instituciones: U$S 30.00

Director: Keith Mc Duffie
Secretaria-Tesorera: Pamela Bacarisse

1312 CL, Universidad de Pittsburgh
Pittsburgh PA 15260 USA

PUNTO DE VISTA

Ahora usted puede obtener toda la información que necesite sobre *Punto de Vista* en nuestro sitio en Internet: BazarAmericano.com

También puede comunicarse con nosotros en: info@BazarAmericano.com. O llamando a nuestras oficinas al 4381-7229 o escribiéndonos a la Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, donde puede encargar el Índice general número 1 a 60, 1978-1998, o los números atrasados que desee.

La revista está en venta, como siempre, en los mejores kioscos de Buenos Aires y en las librerías Gandhi, Corrientes 1743, y Prometeo, Corrientes 1916, donde también encontrará nuestros números atrasados.

Gracias a nuestro acuerdo de distribución con la editorial Siglo XXI Argentina, usted puede adquirir ahora *Punto de Vista* en las siguientes librerías en todo el país, Montevideo, México y en Internet:

Ciudad de Buenos Aires:
Aldo Cangiani, Fac. Filo. y Letras.
Baldomero, La Plata 129.
Biblos, Puán 378.
Blatón, Florida 681, Loc. 10.
Cassasa y Lorenzo, Morán 3254.
Clásica y Moderna, Callao 892.
Cúspide, Florida 628.
Cúspide, Santa Fe 1818.
Cúspide, Village Recoleta.
De las Madres, H. Yrigoyen 1584.
Del Laberinto, Las Heras 3036.
Del Mármol, Uriarte 1795.
Del Virrey, Virrey Loreto 2407.
Distal, Corrientes 913.
Distal, Florida 528.
Distal, Florida 914.
Distal, Guido 1990.
Gambito de Alfil, Puán 511.
Hernández, Corrientes 1436.
Jungla, Maipú 849.
La Barca, Scalabrini Ortiz 3.
La Crujía, Tucumán 1990.
Letra Viva, Coronel Díaz 1837.
Losada, Corrientes 1551.
Losada, Corrientes 1736.
Martín Carvajal, Fac. Sociales - Marcelo T. de Alvear.
Martín Carvajal, Fac. Sociales - Ramos Mejía.
Mutual Estudiantil, Fac. Filosofía y Letras.
Nadir, Cabildo 1786.
Nadir, Corrientes 5268.
Nadir, Rivadavia 5260.
Nadir, Santa Fe 4571.
Norte, Las Heras 2225.
Ojos de Papel, Santa Fe 2928.
Paidós, Santa Fe 1685.
Peluffo, Corrientes 4276.
Penélope, Santa Fe 3673.
Santa Fe, Alto Palermo.
Santa Fe, Callao 335.
Santa Fe, Santa Fe 2582.
Santa Fe, Santa Fe 2376.
Tiempos Modernos, Cuba 1921.

Adrogué:
Vergotini, Adrogué 1180.
Martínez:
Boutique Libro, Arenales 2048.
San Isidro:
Boutique Libro, Chacabuco 459.
La Plata:
Capítulo II, Calle 6, 768.
Centro del Libro I, Calle 7, 815.
Centro del Libro I, Calle 49, 546.
Rayuela, Plaza Italia 10.

Santa Fe:
Raúl Beceyro, Salta 2785.
Venado Tuerto:
Mónica Muñoz, 25 de Mayo 1601.
Rosario:
Homo Sapiens, Sarmiento 969.
Ross, Córdoba 1347.
Córdoba:
Paideia, Deán Funes 75.
Tucumán:
El Griego Libros, Muñecas 287.
Ushuaia:
Boutique Libro, Yrigoyen 13298.

Montevideo:
América Latina, 18 de julio 2089.

México:
Siglo XXI, Cerro de Agua 248.

Internet:
Jungla Virtual, www.jungla.com

DIARIO DE

POESÍA

Nº 58 / Invierno 2001

Correspondencia Celan-Lestrange / Jacques Derrida sobre Celan / Entrevista al poeta chileno Armando Uribe Arce / Joaquín Torres García: Elogio de la razón (ensayo ilustrado) / Inéditos de Susana Thénon

SUSCRIPCIONES: (4 números, 1 año) U$S 40
CHEQUES A LA ORDEN DE DANIEL SAMOILOVICH
Corrientes 1312, 8º (1043) Buenos Aires

VARIACIONES BORGES

REVISTA DE FILOSOFÍA, SEMIÓTICA Y LITERATURA EDITADA POR EL CENTRO DE ESTUDIOS Y DOCUMENTACIÓN J. L. BORGES

Condiciones especiales de venta para Argentina a través de Punto de Vista: $10, 00 el número - Dirigirse a la redacción

Argentina 2001, ya nada será igual: Sarlo / A 25 años del golpe: Vezzetti / Política y reforma urbana en Buenos Aires: Gorelik / Intelectuales como expertos, profetas y moralistas: Dupuy / Borges, la ética y la forma del ensayo: Giordano / Las transformaciones de la sociología: Blanco / Debate sobre historia argentina: Sabato

Ilustra: Aizenberg

PUNTO DE VISTA

70
Revista de cultura
8 $
Agosto 2001